

Homenaje a
**Eduardo Francisco
Cote Lamus**

61 años de su
fallecimiento

— Flor Delia Pulido Castellanos —

Homenaje a

**Eduardo Francisco
Cote Lamus**

61 años de su
fallecimiento

Homenaje a Eduardo Francisco Cote Lamus 61 años de su fallecimiento / Flor Delia Pulido Castellanos -- Pamplona: Universidad de Pamplona. 2025.

198 p. 17 cm x 24 cm

ISBN (Digital): 978-628-7656-99-4

© Universidad de Pamplona
© Sello Editorial Unipamplona
Sede Principal Pamplona, Km 1 Vía Bucaramanga-
Ciudad Universitaria. Norte de Santander, Colombia.
www.unipamplona.edu.co
Teléfono: 6075685303

***Homenaje a Eduardo Francisco Cote Lamus
61 años de su fallecimiento***

Flor Delia Pulido Castellanos

ISBN (Digital): 978-628-7656-99-4
DOI: <https://doi.org/10.24054/4xgpnj68>
Primera edición diciembre de 2025
Segunda edición, revisada y ampliada
Colección Ciencias Sociales y Humanas
© Sello Editorial Unipamplona

Rector: Ivaldo Torres Chávez Ph.D
Vicerrector de Investigaciones: Aldo Pardo García Ph.D

Jefe Sello Editorial Unipamplona: Caterine Mojica Acevedo
Corrección de estilo: Andrea del Pilar Durán Jaimes
Diseño y diagramación: Laura Angelica Buitrago Quintero

Hecho el depósito que establece la ley. Todos los derechos reservados. Derechos reservados de la autora prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio escrito o audiovisual, etc., sin la autorización de la autora.



Homenaje a Eduardo Francisco Cote Lamus

61 años de su fallecimiento

Flor Delia Pulido Castellanos



Vicerrectoría de
INVESTIGACIONES
UNIPAMPLONA

“ Formando nuevas generaciones con
sello de excelencia comprometidos
con la transformación social de las
regiones y un país en paz ”

ÍNDICE

9	AGRADECIMIENTOS
13	PAMPLONA
15	RESUMEN
17	ABSTRACT
19	PRESENTACIÓN

23 CAPÍTULO I

EDUARDO FRANCISCO COTE LAMUS: UN PERFIL HUMANO

24	1.1 Primeros pasos por la vida
28	1.2 Hermanos
29	1.3 El camino por las aulas
32	1.4 Discurso del Doctor Eduardo Cote Lamus
35	1.5 Dios: Presencia viva en Cote Lamus
36	1.6 Influencias ideológicas
36	1.7 El camino hacia la universidad
37	1.8 Su periplo por Europa
45	1.9 Después de su periplo por Europa
50	1.10 Un retrato suyo
52	1.11 Su hogar
55	1.12 Anécdotas parte histórica de su vida
56	1.13 Cote Lamus, el político
60	1.14 Vivencias: Alto San Juan y Atrato
67	1.15 La muerte del poeta
78	1.15.1 <i>Itinerario fúnebre del poeta</i>

87 CAPÍTULO II

EDUARDO COTE LAMUS, POETA

90	2.1 Imagen, palabra y mano
124	2.2 Estoraques de Cote Lamus (1961 – 1963)
132	2.3 Poesía y sueño en Cote Lamus
142	2.3.1 <i>Lectura isotópica del poema “Pamplona”</i>

151	CONCLUSIONES
153	BIBLIOGRAFÍA
167	PERFIL
168	ANEXOS

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Eduardo Cote Lamus.	23
Figura 2. Padres y hermanos.	24
Figura 3. Casa donde nació Cote Lamus en Cúcuta.	25
Figura 4. Cote Lamus amigos y familiares.	26
Figura 5. Eduardo Cote, estudiante.	28
Figura 6. Colegio Provincial San José, Pamplona.	29
Figura 7. Banda de guerra.	30
Figura 8. Cote Lamus en la Academia.	30
Figura 9. Firma como presidente de la Academia.	30
Figura 10. Eduardo Cote, bachiller.	31
Figura 11. Cote Lamus, orador en 1962.	32
Figura 12. Eduardo Cote Lamus.	35
Figura 13. Dr. Eduardo Cote Lamus en Europa.	37
Figura 14. Llegada de Cote al Aeropuerto Barajas de Madrid (España).	37
Figura 15. Cote Lamus y Vicente Aleixandre.	38
Figura 16. Cote Lamus en tertulia.	39
Figura 17. Cote Lamus en tertulia hispanoamericana.	40
Figura 18. Portada del II número de la Revista “La Tertulia” 1953	40
Figura 19. Poema “Estancias”.	40
Figura 20. José García Nieto, Eduardo Cote Lamus y Rafael Montesinos.	41
Figura 21. Cote Lamus y otros escritores.	41
Figura 22. Antología publicada por la Diputación de Salamanca, 1953.	41
Figura 23. II Congreso de Poesía celebrado en Salamanca, 1953.	42
Figura 24. El Römerberg, plazoleta Ciudad Vieja de Frankfurt (Alemania).	43
Figura 25. Eduardo Cote Lamus en Alemania.	44
Figura 26. En evento socio-religioso.	46
Figura 27. Cote Lamus y personas iniciadoras de la Universidad de Pamplona.	49
Figura 28. Dr. Eduardo Francisco Cote Lamus.	50
Figura 29. Alejandro Obregón, pintor colombo-español.	51
Figura 30. Eduardo Cote Lamus en Madrid, España (1954).	52
Figura 31. Cote Lamus y su esposa.	52
Figura 32. Cote Lamus, esposa e hijos.	53
Figura 33. Alicia Baraibar de Cote.	53
Figura 34. Pedro Cote Baraibar.	53
Figura 35. Elena Cote Baraibar.	54
Figura 36. Ramón Eduardo Cote Baraibar.	54
Figura 37. Hijos y esposa de Cote Lamus.	54
Figura 38. Cote Lamus, departiendo en el Club de Comercio de Pamplona.	55

Figura 39. Cote en campaña política en Norte de Santander.	57
Figura 40. En campaña política.	57
Figura 41. Doctor Eduardo Cote Lamus, senador.	58
Figura 42. El Gobernador Dr. Cote Lamus y Leonor Duplat Sanjuán, Señorita Colombia.	60
Figura 43. Cote Lamus en el Chocó.	61
Figura 44. Eduardo Cote Lamus durante su viaje al Chocó.	61
Figura 45. “Diario del Alto San Juan y del Atrato” Eduardo Cote Lamus.	63
Figura 46. El poeta en el Chocó .	64
Figura 47. Tumba en el Cementerio Arquidiocesano de Pamplona.	68
Figura 48. Silvio Ramírez y su esposa Cecilia Ayala.	69
Figura 49. Sepelio Doctor Eduardo Francisco Cote Lamus.	78
Figura 50. Eduardo Cote Lamus, creando poemas.	87
Figura 51. Eduardo Cote Lamus en Europa.	89
Figura 52. Imagen representativa la mano como imagen en la obra de Cote Lamus	90
Figura 53. Imagen representativa del símbolo en la obra de Cote Lamus	91
Figura 54. Primera obra “Preparación para la muerte” del poeta Cote Lamus.	94
Figura 55. Imagen representativa del poema “Preparación para la muerte”	94
Figura 56. Imagen representativa del poema “Mayra en la voz”	102
Figura 57. Imagen representativa del poema “Te pido las manos”	104
Figura 58. Segunda obra “Salvación del recuerdo” del poeta Cote Lamus.	114
Figura 59. Cote con su señora madre.	115
Figura 60. Don Pablo Antonio Cote Bautista.	118
Figura 61. Imagen representativa del poema “Elegía a mi padre”.	118
Figura 62. Cuarta obra “La vida cotidiana” del poeta Cote Lamus.	121
Figura 63. Retrato de Cote Lamus; autor Oswaldo Guayasamín (pintor ecuatoriano).	122
Figura 64. Cote Lamus en La Playa de Belén.	124
Figura 65. Quinta obra “Estoraques” del poeta Cote Lamus.	124
Figura 66. Estoraques en La Playa de Belén municipio de Norte de Santander.	126
Figura 67. Viaje a los monumentos tallados Estoraques.	126
Figura 68. Experiencia vivida Estoraques.	126
Figura 69. La cueva de la gringa en los Estoraques.	131
Figura 70. El árbol hacia el cielo junto al estoraque.	131
Figura 71. Cote Lamus “Lalo”.	132
Figura 72. Tercera obra “Los sueños” del poeta Cote Lamus.	134
Figura 73. Palabras de Cote Lamus en el funeral de Jorge Gaitán Durán Cúcuta, 1962.	168

Agradecimientos

A Dios Todopoderoso que me imprime la fuerza espiritual e intelectual para la creatividad en la escritura.

A Doña Consuelo Navarro Cote de Villamizar (Q. E. P. D.), por su valiosa colaboración al contestar oralmente muchas preguntas sobre la vida de su primo-hermano Eduardo Francisco Cote Lamus.

A todos los colaboradores en el desarrollo de encuestas.

Al Dr. Ivaldo Torres Chávez, Rector de la Universidad de Pamplona y al Dr. Aldo Pardo García, Vicerrector de Investigaciones Universidad de Pamplona, por su respaldo para publicar esta obra y sumarse así a la conmemoración de los 61 años del fallecimiento del escritor **Eduardo Francisco Cote Lamus**.

*“He querido sacar a flote una palabra para
entregártela en el sitio
donde los robles, mensajeros de savia,
llevan latidos de tierra a las estrellas,
y para que las subas a tus labios”.*

Eduardo Cote Lamus

*“Hay que vivir atenazando con la mano las angustias
para poder decir: yo siento”.*

Eduardo Cote Lamus

*“Y yo no quiero irme.
No quiero irme nunca de la tierra
yo no quiero irme, aunque me muera.
Yo ansío que se recuerden mis palabras”.*

Eduardo Cote Lamus

*“Porque encontré hace mucho
es que las palabras sirven para todo.
Sirven incluso para decir sí, cuando es no...
nada existe si no se puede nombrar, no existe
mar sin la palabra mar, no existe flor
sin la palabra flor”*

Obregón



Dedicatoria

*A doña Consuelo Navarro
Cote de Villamizar,
por su cultura, civismo
y valores familiares.*

Pamplona

Al fondo la ciudad
como piel extendida frente al sol.
En cada punta un monte hace de estaca.
Las frescas venas muertas se resecan
y roturan al pueblo como en calles.
Y por el sitio donde entró el cuchillo
se taja el boquerón que deja abierto
paso al río y al tiempo
por donde sale el agua y entran días
con un ritmo de viento, cuyas alas
se llevan al instante
los últimos temblores del pellejo
tendido siempre al sol,
desollado, humillado, hollado, vuelto
hacia arriba, puro y sin protesta.
Al fondo la ciudad
como un tambor en el hondón del valle
donde redobla el tiempo. A latigazos
a la neblina
la gobierna el viento
y los crueles badajos
de las otras campanas
golpean el parche del tambor de tierra.
Al fondo la ciudad
que quiere huir de sí por los caminos,
por el de la Corcova que conduce al páramo,
por el de los Garabatos que lleva a otro páramo,
por el de Chíchira que significa
el lugar de salida de la luna.
Resuena el borbotón por la vaguada.
Al fondo la ciudad.
La miro desde mis primeros sueños
y desde los de ahora, en los que escribo.

Eduardo Cote Lamus

Resumen

Este trabajo de investigación explora la vida y obra literaria del escritor colombiano Eduardo Francisco Cote Lamus, las influencias recibidas, los viajes realizados, los roles desempeñados en su vida de escritor, de educador, de estadista, su labor cultural y el conocimiento de las condiciones sociales y económicas del Chocó

En forma general alude esta obra destaca, como no se ha hecho en ninguna indagación, el símbolo de la imagen de la mano y del sueño para destacar esa temática presente en sus poemas. Además, este texto está enriquecido con fotografías de su experiencia vital con su familia, con sus amigos y con intelectuales de varios países.

Uno de los poemas más importantes de su creatividad literaria, aparece en estas páginas: “Estoraques”, el cual nació del conocimiento que tuvo en ese lugar maravilloso ubicado en el municipio La Playa de Belén, en Norte de Santander.

Este libro fue escrito para rendir homenaje al poeta y escritor Eduardo Cote Lamus, en los sesenta y un años de su fallecimiento que se cumplen el 3 de agosto de 2025. En esta forma, la Universidad de Pamplona liderada por el Dr. Ivaldo Torres Chávez y su Sello Editorial se unen a esta importante fecha.

Palabras claves: Biografía, poesía, símbolos, Estoraques, mano, sueño.

Abstract

This research paper explores the life and literary work of Colombian writer Eduardo Francisco Cote Lamus, his influences, travels, roles played in his life as a writer, educator, and statesman, his cultural work, and his understanding of the social and economic conditions of Chocó.

This work alludes generally to the image of the hand and the dream, as previously unexplained, to highlight these themes present in his poems. Furthermore, this text is enriched with photographs of his life experiences with his family, friends, and intellectuals from various countries.

One of the most important poems of his literary work appears in these pages: “Estoraques”, which was born from the experience he had in that wonderful place located in the municipality of La Playa de Belén, in Norte de Santander.

This book was written to pay tribute to the poet and writer Eduardo Cote Lamus, on the sixty-first anniversary of his death, which will be celebrated on August 3, 2025. In this way, the University of Pamplona, led by Dr. Ivaldo Torres Chávez, and its publishing house join in this important date.

Keywords: Biography, poetry, symbols, Estoraques, hand, dream.

Presentación

La Ciudad Mitrada ha tenido, a lo largo de sus 475 años de devenir histórico muy dilectos hijos en diferentes campos de la cultura, las artes y las letras. Si recorremos la literatura pamplonesa desde los tiempos de la colonia hasta hoy, encontramos una pléyade de escritores y poetas de gran trascendencia para el parnaso colombiano y universal. La tradición literaria de la “Ciudad de las Neblinas”, registra nombres como los del padre jesuita Luis Rangel y del sacerdote Francisco Antonio de Vibar, dignos representantes de la poesía en el siglo XVII.

Durante a los siglos XIX y XX, la poesía se gesta al calor y huella de la cultura teocéntrica escolástica y humanística recibida por los futuros escritores, en los claustros del Seminario Mayor y en el Colegio Provincial San José; regentado por los Hermanos cristianos de La Salle. Pero ya la poesía está cercana a una cultura pagana, inscrita en la visión de un mundo más amplio, habida a través del encuentro con otros espacios de conocimiento más universales.

Entre los poetas pamploneses a finales del siglo XIX, surge la poesía de Pacho Valencia de corte hedónico, pagano y panteísta, tiene la huella clásica en sus temas y el ritmo cadencioso de sus versos. Estudiando su poesía se observa unos tímidos pasos en el adentramiento en la modernidad artística que posteriormente diera más sazonados frutos con Jorge Gaitán Durán. Por esto se le considera, a este poeta, su genitor en la poética de la modernidad colombiana.

De los poetas del siglo XX, sobresalen, entre muchos otros, el lírico Manuel Grillo Martínez, quien con su acendrado estro poético, exalta el amor a Dios y a María; y, su hermano José Alirio quien en sus momentos clásicos de inspiración dejó cantos al amor, al ensueño y a los jardines. Así mismo, Don Augusto Ramírez Villamizar, escribe sonetos y poemas de lírica quintaesenciada en los cuales afirma su ternura en la añoranza de vivencias familiares, desde una poesía decididamente clásica, humana y cresmológica.

A este entorno artístico literario de Pamplona se suman poetas de renombre: como Amparo Villamizar Corso, Ciro Bautista, Jorge Ávila, José Rafael Faría Bermúdez, Jorge Cadavid; sus dilectos hijos, Jorge Gaitán Durán y Eduardo Cote Lamus; fundador y colaborador del grupo Mito, respectivamente.

Ya vivos o ya muertos ellos siguen enriqueciendo, desde las diferentes visiones del mundo de críticos, muchas páginas de libros, folletos, periódicos y revistas

nacionales e internacionales. También sus poemas aparecen en antologías y son parte trascendental de la literatura colombiana, nacional e internacional. A Jorge Gaitán Durán, y a muchos de los demás poetas les hemos dedicado otros espacios para comentar sus obras. En esta oportunidad, destacamos el nombre y la obra poética del escritor Eduardo Cote Lamus, hombre de acendrada cultura, político y estadista convencido, filántropo y cristiano pamplonés emérito por autonomasia, pese a haber nacido en Cúcuta.

De su bien lograda obra poética y de su temática, hacemos un acercamiento fenomenológico-interpretativo, registrando en primer lugar su biografía y su sentido humano que, sin ser totalizado, nos acerca a una visión meridiana de su personalidad y sus ejecutorias personales, profesionales y artísticas. En el estudio de su poética que ha tenido críticos y estudiosos importantes, el tema más comentado es el de la muerte. En este libro se relievan las temáticas del sueño y de la mano que se reiteran con frecuencia en sus poemas, los cuales miraremos desde una perspectiva semiótica-estética.

¿Por qué el tema de la mano en este libro? Porque según Idiazábal (2008): El simbolismo de las manos ha tenido importancia en muchos países y culturas del mundo, porque ellas son:

Los instrumentos de los que se vale nuestra mente para poder tomar contacto con las cosas y para poder crear, de ellas se vale nuestra alma para expresarse. Son nuestras más fieles servidoras y cumplen todas aquellas órdenes que les damos, nuestras deladoras cuando nos expresamos y elementos indispensables en nuestro quehacer diario (párr. 2).

Cote Lamus precisamente demuestra en sus poemas estos aspectos.

En Egipto la mano simbolizaba el poder creador, el principio manifestado, la acción, la labor, la donación (...). En los monumentos cristianos de los primeros cuatro siglos, representaban a Dios con una mano, la derecha, saliendo de una nube. Esto mostraba que Dios sólo se manifiesta por sus obras. Era símbolo de intervención de la divinidad, de omnipotencia. Ser tocado por la mano de Dios era ser bendecido, santificado y dotado de la fuerza divina (párr. 3).

Y así mismo, en otras manifestaciones culturales, por ejemplo, en la poesía, en la pintura, en la escultura, etc.

Según Idiazábal (2008):

Existen multitud de representaciones que a lo largo de la Historia nos han dejado testimonio de la gran importancia que ha tenido la mano para el hombre, sin olvidar la diversidad de amuletos en forma de mano que también se han utilizado (...) (párr. 4).

La depuración artística de la obra de Cote Lamus, este burilador de la palabra, se fue concretando en el transcurrir del tiempo con sus viajes al exterior, con el enriquecimiento de su acervo cultural, con su amplia visión del mundo, con su madurez poética, con el equilibrio y la firmeza de su palabra plasmada en libros de poemas, discursos, ensayos y en artículos diversos, así como en su destacada oratoria en el estrado.

Por ende, su obra poética está impregnada de sus anhelos, de sus sentires, de sus vivencias, de las subjetividades e intersubjetividades que lo hicieron más vital, para lo cual su biografía coadyuvará a enriquecer el acercamiento a los fenómenos que rodearon su creación literaria.

La fortaleza, el empeño y la mística que Cote Lamus imprimía a su quehacer de poeta, de político, de educador y de auténtico ciudadano, se perennizaron en sus obras. Por lo tanto, es justo que, en la celebración de los 61 años de su muerte, cuyos restos reposan en la hidalga ciudad de Pamplona, se le rinda homenaje a su vida y a su obra, como uno de sus “hijos adoptivos” más trascendentales en el siglo XX y quien vivió para la poesía.

Cote Lamus ganador en vida por la poesía, por la que obtuvo premios; en la política con la que ejerció cargos importantes; y en la cultura, perenne en algunos de los centros culturales de Cúcuta y Pamplona que él fundó; ahora es ganador; en muerte, porque una vez más se eleva la trascendencia de su palabra y es, además, ganador por ser recordado “Íncrito hijo de Pamplona”.

La primera vez que se publicó esta obra fue en noviembre de 1999 e impresa en el Centro de Medios de la Universidad de Pamplona con el título de “Dimensión humana y poética Eduardo Cote Lamus”, siendo director el Doctor Ing. Holger Cáceres y se debió al irrestricto respaldo del Doctor Álvaro González Joves (Q. E. P. D.), Rector de la Universidad de Pamplona, quien tenía como horizonte de su vida una cosmovisión humanística.

Esta es una edición revisada, corregida y ampliada por la autora y publicada con la colaboración del Dr. Ivaldo Torres Chávez, Rector de la Universidad de Pamplona y el Dr. Aldo Pardo García, Vicerrector de Investigaciones Universidad de Pamplona, para sumarse a los 61 años de fallecimiento del poeta Eduardo Francisco Cote Lamus.

Amigo y lector tiene en sus manos este homenaje.

Flor Delia Pulido Castellanos

Eduardo Francisco Cote Lamus: Un perfil humano

Figura 1
Eduardo Cote Lamus.



Fuente: Casa de Poesía Silva (s. f.)

Eduardo Francisco Cote Lamus sintió profundamente la poesía que fue mediadora para la expresión de su talento estético; por ello, se constituyó en uno de los personajes sobresalientes del grupo Mito, creado por Jorge Gaitán Durán pamplonés de mirada pluralista y de amplia apertura al cosmos.

Eduardo Cote Lamus quien había pertenecido al grupo de escritores de “Piedra y Cielo”, caracterizado por un perfil poético neo-romántico y

neoclásico a la manera de los escritores españoles de la Generación del 98, como lo plantea Romero (1986) en su libro “Las palabras están en situación”, también formó parte del Grupo y de la revista “Mito” iniciada en abril de 1955 y contribuyó con lucidez y brillo en contadas publicaciones. El piedracielismo en su poesía lo superó, era el de la adjetivación, el de la palabra bella, el de la emotividad y el de la poesía popular que convirtió en la poesía reflexiva de sus últimos libros, de mayor esencia en cuanto a visión de mundo por la sustantivación usada y por la temática de corte existencial y universal.

La poesía de Cote Lamus, con su particular visión del mundo, su génesis y su sello característico, es de gran trascendencia para Colombia y, para Pamplona en particular. Sus poemas testimonian su vida, sus preocupaciones existenciales, sus realizaciones como escritor y como hombre, en un proceso de decantamiento poético, acorde con los marcos artístico-sociales que moldearon y que marcaron excelsamente cada momento de su creación literaria.

El artista y el hombre son microcosmos de la sociedad, a quienes se juzga y valora por la energía de la propia naturaleza y personalidad; por su genio, por la espontaneidad de sus sentimientos, por la fuerza mágica de su imaginación y por el manejo del lenguaje que trasciende universalmente.

En esta dimensión humana y poética, nos acercamos a la vida y a la obra del escritor Eduardo Francisco Cote Lamus para tener la plena certeza de su verdad existencial y humana desde el ámbito propiamente fenomenológico¹, pero también desde la mirada de la intertextualidad especialmente en su máxima obra poética: “Estoraques” que presentamos grosso modo con base en la estructura temática central y los subtemas habidos en ocho apartados repartidos a lo largo de 500 versos heterométricos.

1.1 Primeros pasos por la vida

Figura 2
Padres y hermanos.



Fuente: Villamizar (1999)

Eduardo Francisco Cote Lamus nació en Cúcuta, el 18 de agosto de 1928. Su padre, don Pablo Antonio Cote Bautista, rico hacendado, de familia de eminentes caudillos conservadores, y, su señora madre, doña Emma Lamus Hernández de ascendencia política de sobresalientes figuras del liberalismo, gustaba del arte: música, pintura, literatura, ellos fueron personajes determinantes en la vida política, literaria e integral de su hijo Eduardo.

Sus hermanos eran: José Guillermo a la izquierda en la foto, en el regazo de la madre Eduardo y a la derecha su hermana Elena (su hermano Pedro Pablo había muerto en la niñez).

Don Pablo Antonio Cote durante varias épocas estuvo dedicado a las faenas bucólicas, como dice su hijo Eduardo, “empujaba los días y el molino” y le despertaba el amor por la naturaleza que luego consolidará en su obra total. “Las raíces de la grandeza del mundo se unen en la infancia” (Bachelard, p. 156) de donde toma el poeta mucho material para su poesía.

Aunque el poeta nortesantandereano Eduardo Cote Lamus nació en Cúcuta, en 1928, creció en Pamplona, de donde era originaria su familia.

Pablo Antonio Cote Bautista, el padre de Eduardo Cote Lamus, era hermano de Víctor Julio Cote Bautista, primer Gobernador del Departamento Norte de Santander en 1910, y provenía de una familia de arraigada tradición política que se remonta a la época de la colonia, cuando la ciudad de Pamplona era la ciudad más importante del nororiente del país (Banrepcultural, 2020).

¹ Fenomenológico: Se refiere a la filosofía y a la psicología, y, busca comprender la naturaleza y la estructura de la experiencia; en este caso, el de la poesía. Permite describir la obra de cualquier disciplina y enfatiza la intención del autor.

Muchas veces de niño lo vio lanzar la semilla, yugar los bueyes y alcanzar los duraznos de los árboles que antaño sembrara. La firmeza de la “mano” paterna, lo condujo por el camino de la sensibilidad que creció en él al contacto con la tierra, aspecto que luego va aparecer en su literatura. Hombre fuerte como el hierro, don Pablo Antonio Cote enseñó a su hijo Eduardo a valorar el galope de los potros libres y a vivir los días... uno a uno a borbotones. De ahí se infiere que él viviera su vida tan intensamente como la vivió, tanto en Europa como en América, ya en el campo, ya en la ciudad.

Figura 3

Casa donde nació Cote Lamus en Cúcuta.



Fuente: Crónicas de Cúcuta (2012)

En el pie de la fotografía original dice

Portal historia.nortedesantander.com. La casa de la Calle 13 N° 3 - 25 de Cúcuta, situada exactamente al lado de la Torre del Reloj, es el lugar de nacimiento del poeta Eduardo Cote Lamus. En ella vivió Pablo Antonio Cote Bautista y Elena Lamus Hernández en la época que nació Cote Lamus, el 18 de agosto de 1928, el cual fue bautizado en la Parroquia de San José de Cúcuta el 27 de agosto de 1928, según partida de nacimiento que reposa en los archivos de la citada parroquia (Crónicas de Cúcuta, 2012)

Eduardo era un niño muy diligente y acompañaba a su padre a las reuniones políticas de donde la influencia recibida fue eficaz para su desempeño político.

Figura 4
Cote Lamus amigos y familiares.



Fuente: Álvarez (2024)

Nota. Izquierda a derecha: Helena (hermana de Eduardo Cote), Consuelo Navarro Cote de Villamizar; Gonzalo Villamizar, su esposo, Alicia Baraibar de Cote, el poeta y estadista Eduardo Cote Lamus y se desconoce la identidad de la otra persona.

Parafraseando algunos versos del libro “Vida cotidiana” del poeta Cote Lamus (1959) podemos decir que por haber vivido en el campo pudo incorporarse en los estribos, de los arreos de los caballos, y dejar la rienda y la mirada sueltas por entre los maizales y céspedes. Hombre de campo, su padre; viejo de a caballo, viejo macho, le animó a apreciar la tierra de Silos y de Bábega a cabalgar y a descabalar y beber en las límpidas fuentes de El Consejo, Agua Clara y El Güire.

De esos tiempos, la infancia se integra de nuevo a la vida del poeta en sus poemas de remembranzas queridas. Los nombres de

caballos de la finca La Chamba, que aprendió con su padre se immortalizan también en los poemas. Detalles de este acercamiento biográfico se deben a las informaciones orales de familiares y amigos.

De doña Emma aprendió “la ternura de las cosas”, el ritmo musical de la palabra, la facilidad del relato y el amor “de corazón y sueños”. En ella encontró el afecto, la correspondencia del diálogo y la conversación, y la capacidad para aceptar con naturalidad los hechos cotidianos. De ella recibió la inclinación estética para el arte literario; se dice que ella gustaba de la música, la pintura y la literatura. Doña Emma pintaba, como se acostumbraba en la época representativa de la casa de sus padres. Era alta y de “manos delicadas” imagen de manos que también marcarían sus poemas.

Eduardo quedó huérfano de madre a los doce años, Navarro Cote (comunicación personal, 17 de septiembre y 30 octubre de 1999), prima hermana de Cote Lamus, quien desde el 02 mayo del 2024 descansa en el espacio sideral, dejó un legado de cultura, civismo y grandes valores. Ella relataba que hay dos cosas que los unieron: su orfandad, su compañía en casa de los tíos y la otra su familia y el haber estado juntos en la niñez y adolescencia. La madre de ella murió cuando Consuelo tenía 4 años y fueron criados por tías y tíos solteros. Doña Emma murió de repente en 1940, Eduardo era su consentido, ella lo sentaba en su regazo y le daba de comer, porque desde párvulo era muy desganado, de constitución no muy fuerte, además de consentido por ser el más pequeño. Dijo el poeta Cote Lamus (1959): “Recuerdo mi madre florecida de armonía”, “me hizo intuir a Dios entre sus brazos”.

Ella le enseñó a orar; le enseñó los días, los montes y le relató cuentos con sus danzas pronunciadas. Su mamá supo mantener en él “esa otra palabra” que en el decir del psicólogo, etnólogo y pedagogo Georges Jean en su obra “Los senderos de la imaginación infantil” (1990), son “... los murmullos del cuerpo amante, las canciones de cuna, los poemas de las guarderías, los cuentos”. Y seguidamente las canciones que le hablaban de Dios y de María que lo conducían luego por el camino de una religiosidad cristiana, bien vivida y sentida, dimensiones de su existencia no olvidadas, recordadas y plasmadas en el poema al tenor de la revisitación que hace a su infancia.

La presencia y la importancia de la madre se incorpora a su arte y a sus preocupaciones temporales. Ella es el vehículo de la epifanía del poeta que quiere ir más allá de sí mismo en la palabra al encuentro con sus orígenes, más allá de su mano para llegar a todos con su arte.

En el poema “Nana en el tiempo”, el poeta presencializa algunas influencias maternas cuando le cuenta a la amada, acariciadas vivencias infantiles. El amor a la familia, al mundo y a los hombres, lo mismo que a la amada, tiene su pleno sentido cuando el alma se vierte intersubjetivamente. Es lo que hace el poeta en este poema que demuestra las imágenes queridas de su infancia, porque como adulto, no perdió la facultad de maravillarse en el recuerdo de esos momentos felices de su niñez. El amor filial es expresado en forma sublime que aparece en los siguientes versos (fragmento):

Las hojas vuelven mi oído hacia los árboles
porque me voy deslizando bajo el ala de un sueño
hasta los días de la infancia en mi pueblo,
donde vivir era casi como soñar contigo.

Te voy a contar algo de mi infancia, por ejemplo,
de cómo yo vivía comprendiendo el tiempo.
Entonces tenía un calendario distinto:
Junio se llamaba viento
y por el cielo retoñaban las cometas
como estrellas silvestres;
Mayo era las orquídeas porque Madre se volvía más tierna
cuando tomaba una flor de sus pétalos;
...
Y ahora,
qué me dices tristemente tu tristeza,
te regalo mi infancia
como antes te regalé un diciembre

para que vayas, soñando entre tus manos,
repitiendo:
“no hay meses:
hay trigo, hay frutas, hay lluvia,
hay río, orquídeas, alegría...
es una mentira el tiempo”.
Y te quedas dormida (Cote Lamus, 1976).

Este poema es reflejo de su experiencia humana infantil y, a la vez, es esa experiencia que brota de lo más profundo de su ser poético.

El poeta no mantiene reservas. Los recuerdos de la infancia: madre, vivencias familiares, naturaleza han dejado huellas de alegría perenne en su vida, y por ello es el mejor regalo que puede donar a la mujer que ama. El regalo de su infancia y del diciembre, se constituyen en símbolos de felicidad en la otredad. Se refiere a experiencias primordiales de su infancia que lo definen como hombre, porque su poesía lo narra como tal.

El poeta autoexpresa su afecto, como una autorrecompensa espiritual. Solo en la unión del alma y del espíritu, la imaginación y la memoria: “podemos decir que revivimos nuestro pasado, que nuestro ser pasado se imagina y se revive” (Bachelard, p. 158): Son las ensoñaciones que vienen de la infancia y hacen presencia en el hombre maduro. La memoria estética o plasmática según Lezama Lima (1970), es vivencia re-imaginada, re-inventada poéticamente, como lo hace Cote Lamus.

1.2 Hermanos

Figura 5
Eduardo Cote, estudiante.



Fuente: Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia

Tuvo tres hermanos Pedro Pablo (Cote Lamus, p. 219) su gemelo que murió de pulmonía en su niñez y a quien no alcanzó a conocer; José Guillermo arquitecto y Helena quien optó por la vida religiosa en la Comunidad de las Salesianas. Su hogar se destacaba por la unidad familiar, solo agrietada por la muerte, según los indicios que se desgranaban en sus poemas. Este ambiente fijó en términos concretos su destino de hombre importante y justo.

A Eduardo Cote Lamus de niño le gustaban las cometas, el trompo y los juegos del año. Era habilísimo para el origami doblaba papeles con una habilidad impresionante y hacía peces,

barcos, cisnes. Le gustaba jugar con los demás niños y conversar con los viejos. Como quedó huérfano (Pulido Castellanos, 1999) de madre, pasó a vivir en casa de sus tíos Ana Lucrecia y Eduardo Cote, Ana Mercedes, Miguel (quien fue más tarde general de caballería) Ana Belén, Víctor Julio (quien fue en años posteriores consiliario del colegio Provincial en Pamplona, agregado del Consulado de Colombia en París y primer Gobernador del Departamento Norte de Santander en 1910), Ana Josefa, Guillermo (que siguió la carrera Política), Rosa Amalia, Adolfo y Ana Gertrudis; Pablo Antonio era hermano de ellos y padre de Eduardo. De esta numerosa familia sólo estudiaron los hombres, menos Pablo Antonio quien se hizo cargo de la finca para que todos sus hermanos realizaran sus estudios. Las mujeres no estudiaron porque en esos tiempos se dedicaban al hogar como era costumbre. Lo acabó de criar su hermana Nana (Helena quien fue muchos años después hermana Salesiana y vivió en Medellín en uno de los colegios de esta comunidad). Vivió sus años de infancia con su prima hermana Consuelo Navarro Cote de Villamizar. Esta es la breve semblanza, de los años infantiles, del poeta de Estoraques.

1.3 El camino por las aulas

Figura 6
Colegio Provincial San José, Pamplona.



Fuente: Crónicas de Cúcuta (2012)

Figura 7
Banda de guerra.



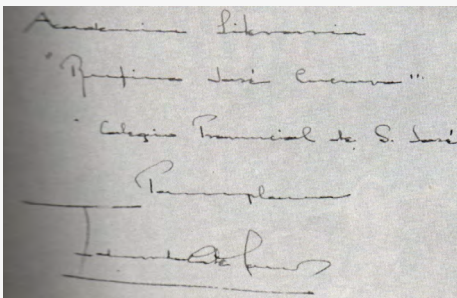
Fuente: Ramírez de Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia.

Figura 8
Cote Lamus en la Academia.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia.

Figura 9
Firma como presidente de la Academia.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia.

Entre las actividades extracurriculares Cote Lamus fue Miembro de la banda de guerra del Colegio Provincial San José de Pamplona.

Cote Lamus cursó la primaria en Cúcuta, luego, lo trajeron a Pamplona donde estudió el bachillerato en el Colegio Provincial San José, regentado por los Hermanos Lasallistas. En su juventud, continuó su inclinación poética escribía versos y participaba activamente en concursos literarios. Fue miembro diligente, de la Academia Literaria “Rufino José Cuervo” y también se desempeñó como batutero en la banda de guerra del colegio. Optó el título de bachiller en 1946, habiendo sido, como dijo el profesor de Español y Literatura Velandia (1976): “Un aventajado bachiller con extraordinarias aptitudes para disciplinas intelectuales”, porque le gustaba el Español, la Literatura, los Idiomas, la Historia y en general las Humanidades.

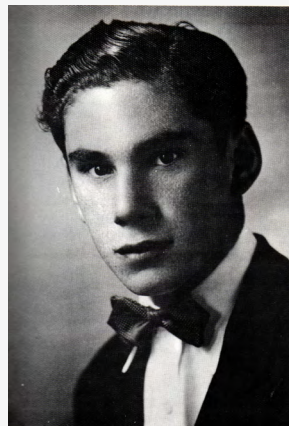
De esta época en el Bachillerato, el Doctor Eduardo Angel Mogollón recuerda la siguiente anécdota: Estando Cote Lamus, en clase con el Padre Rafael Faría, el maestro explicaba en Psicología, el tema sobre el estado de ánimo, Cote le preguntó:

“Padre, explíqueme por favor, ¿Es lo mismo estar durmiendo que estar dormido? El padre le dijo: Gramaticalmente si es lo mismo estar

durmiendo que estar dormido y psicológicamente es lo mismo; lo que no es lo mismo es estar jodiendo que estar jodido. Tienes, uno” E. Ángel (comunicación personal, 1999).

Como todo joven, fue inquieto y osado en algunas oportunidades. El diploma de Bachiller se lo entregó la Secretaría de Educación de Norte de Santander C. Navarro (comunicación personal, 1999). En el Colegio Provincial no lo proclamaron ni a él ni a sus compañeros: Enrique Flórez Faillace, Enrique Cuadros, Juan José Yáñez, entre otros, porque una noche que hubo un baile en el Batallón García Rovira, de Pamplona, se salieron del Colegio para ir a la fiesta. Se acostumbraba en aquella época que los alumnos de 6º Bachillerato (hoy 11 grado), se internaran en el colegio para la presentación de los exámenes finales. Ellos llegaron tarde al colegio y cuando estaban medio-dormidos el Hermano Gilberto Fabián (sic), les alumbró la cara y se dio cuenta que habían tomado.

Figura 10
Eduardo Cote, bachiller.



Fuente: Lara (1994).

Nota. 30 años de ausencia

El Rector del Colegio Provincial San José, el famoso y recordado Hermano Lasallista, Gilberto Fabián (sic) los castigó enviándolos a la casa y negándoles la proclamación como Bachilleres en el acto de graduación, por aquella época era muy sonado y solemne. Tal era el rigor disciplinario de aquellos tiempos en los cuales se formaron integral y humanísticamente muchos hombres de bien.

Este episodio fue dramático para el tío de Eduardo Cote Lamus, Víctor Julio Cote, quien era Consiliario en el Colegio Provincial, y también lo fue para la familia Cote Lamus, que no permitía nombrar el Colegio en la casa.

Años después, cuando el Doctor Cote Lamus era embajador en Glasgow (Escocia), se encontró con el Padre Gilberto Fabián quien necesitaba unos documentos y este fue a presentar disculpas por este hecho y Eduardo le dijo, que a él no le causaba ningún cuidado, que estuviera tranquilo.

Sobre la juventud de Cote Lamus en el Colegio Provincial San José, comenta su hijo Pedro Cote Baraibar:

Un ambiente de provincia donde las personas que se interesaban por la literatura se sumergían por igual en las novelas de la Colección Juventud que en las obras de Primo de Rivera. Precisamente fue el fundador de la falange una especie de ideal y de modelo a seguir por los adolescentes conservadores pamploneses, inculcado esto por los hermanos cristianos, quienes les hacían cantar el himno “Cara al sol” todas las mañanas antes de entrar a clase (Gómez Mantilla, 2014).

1.4 Discurso del Doctor Eduardo Cote Lamus

Es preciso destacar el sublime discurso del poeta, en ocasión de la graduación de Bachilleres en el Colegio Provincial San José de Pamplona en el año 1962:

“Excelentísimo señor Obispo de Ocaña;

señores Gobernadores de los Estados Táchira y Mérida, doctores Edilberto Escalante y Luciano Noguera, ex-alumnos del Colegio Provincial de San José, Reverendo Hermano Carlos, Rector del Colegio, Reverendo Hermano Martín, Autoridades civiles y eclesiásticas, Comunidades Religiosas, Reverendo Hermano Arturo, señores Bachilleres de 1937 y 1962, señoras, señores:

Hace años, en esta misma Pamplona, algunos de los que aquí estamos nos encontrábamos como hoy lo están los bachilleres de la quinta del 62: con los ojos llenos de horizonte, la inteligencia alerta y con muchos sueños en el corazón. Entonces como hoy la vida era algo para conquistar, una meta para atrapar, un destino para cumplir. Por esos días la inquietud nos movía hacia los libros: nos habíamos descubierto ese mundo maravilloso de la cultura. Con avidez, como la tierra del secano con la parca lluvia, nos lanzábamos deslumbrados tratando de aprisionarlo todo, de asimilarlo todo y cada autor era un nuevo descubrimiento y el camino hacia otro. Así pues, todo lo que veíamos era nuevo. Después la vida comenzó a combatir con nosotros, pero buena cuenta hemos dado de ella: la hemos puesto a nuestro servicio. Y es motivo de orgullo y de agradecimiento el encontrarnos hoy aquí recordando tiempos idos, pero a la vez viéndonos renacer en tiempos nuevos, es decir en otros Bachilleres del Colegio Provincial de San José de Pamplona.

En este Colegio Provincial empezamos a hacernos; aquí se comenzó a hacer una serie de hombres que templaron su personalidad en estos muros y alimentaron su alma y su inteligencia hasta el punto de poder luchar con éxito en la vida. De estos claustros han salido magistrados que hoy son el honor de la república, ministros de estado, gobernadores del departamento, médicos, economistas, ingenieros, odontólogos, sacerdotes, profesores, periodistas, agrónomos, técnicos, etc., etc., es decir, que de este tronco ancho y generoso del plantel de Pamplona han nacido ramas que transplantadas a otros sitios conforman hoy lo que es el rostro nuevo de Hispanoamérica.

Figura 11
Cote Lamus, orador en 1962.



Fuente: Revista El Aguilucho N° 40 (1963)

Y si en nuestra Patria el Colegio de San José, ha entregado hombres a las diferentes formas de vida para que por ella trabajen, también lo ha hecho, en manera amplia con Venezuela, nuestra patria hermana. El Colegio de San José de Pamplona ha hecho más por las relaciones entre los dos países que siglo y medio de diplomacia. Aquí han venido las inteligencias despiertas de los jóvenes venezolanos y han regresado a su país amando la Gran Colombia, ése sueño de nuestro Libertador. Y para muestra de esta verdad de a puño, hoy tenemos entre nosotros a los doctores Luciano Noguera y Edilberto Escalante, quienes, por sus esfuerzos, por su dedicación al servicio de Venezuela, por sus dones de honestidad e inteligencia han conseguido las distinciones más altas que otorga una democracia. Ambos han sido parlamentarios, ambos son altos dirigentes políticos y ambos son presidentes de sus propios estados. A esa convivencia con los colombianos y a nuestra convivencia con los venezolanos y bajo el amparo del Colegio Provincial y del amplio cielo pamplonés, la generación que hoy se abre paso por tomar las riendas del Estado en los dos países, tiene una manera más amplia de enfocar los problemas, una forma de ver las cosas con ojos más grandes, un enfoque grancolombianista para todas las cosas. Y aprovecho la oportunidad para agradecer a nombre del Gobierno departamental que presido la presencia de los doctores Escalante y Noguera en esta tierra que por nuestra es suya y desearles una muy grata permanencia en el Norte de Santander.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas han venido prestando el concurso de su sabiduría y de su entusiasmo en esta obra capital. Ellos han marcado con su estilo juventudes bajo su cuidado. Abnegadamente, en esa labor silenciosa y dura de la enseñanza, los Hermanos Cristianos se han hecho merecedores del agradecimiento del pueblo norteño. Yo recuerdo mis profesores: el Hermano Gonzalo Carlos, el Hermano Gilberto Fabián, el Hermano Rodolfo Eloy, el Hermano Ricardo, el Hermano Andrés, el Hermano Pedro, el Hermano Poilu, el Hermano Arnould, el Hermano Martín. Yo les recuerdo a todos. Y como mis triples colegas venezolanos de Gobernación, de colegio y de letras, vienen a condecorar al Reverendo Hermano Martín con alta distinción de su patria, yo, en este momento de emoción, de agradecimiento y de recuerdo, me uno a ellos y a todos sus alumnos para decirle: muchas gracias, Hermano, muchas gracias. Yo lo recuerdo: cuerpo menudo, ademán nervioso, ojos vivos y penetrantes, gran simpatía, gran profesor. Tenía, no sé, algo que atraía, un algo que hacía que la disciplina encargada a su mano no fuese imposición sino deber y en él no se sabía o no se sabe qué admirar más, si su actividad innumerable o su humildad, esa humildad que emana de la bondad se le sale por los ojos, por su ademán y por su voz.

Vosotros, amigos bachilleres de la quinta del 62 también lo habéis tenido de profesor y sabéis cuán merecida es esta distinción. Y vosotros bachilleres, estáis en este día ante una grave responsabilidad: la de vuestra vocación. La vocación es algo que se ha amasado durante años o algo que aparece de pronto, y en ambos casos es una decisión. Hasta aquí venís siendo dirigidos y cada uno de vosotros se ha ido orientando según sus apetencias intelectuales a su vocación. Pero ha llegado el momento de dar el paso definitivo. La realidad radical de nosotros es nuestra vida y esta vida única que poseéis es la que está en juego. Hasta aquí habéis tenido amplios caminos para elegir, ahora os corresponde la elección: ese paso definitivo que se da como una muestra maravillosa de la libertad y de la razón. La frase trillada de que hoy comenzáis nueva existencia deja de ser lugar común para hacerse verdad: una nueva vida se os abre, y al abrirse se encuentra ante vuestros ojos no solo una existencia individual para cumplir sino una sociedad a la que pertenecéis, a la que debéis vuestro trabajo y vuestro esfuerzo.

Encontráis a Colombia como debe ser, como una empresa. Porque lejos quedaron los tiempos en que el joven pensaba nada más que en buscar su torre de marfil para desafiar, parapetado en un individualismo agresivo, el resto de los vivientes. Hoy la vida tiene un carácter eminentemente social. Y al decir lo social, debo también pronunciar otra palabra: lo nacional. Lo social y lo nacional tiende a una síntesis, se unen los dos, se atan tanto que a veces no se sabe cuándo termina uno ni dónde comienza el otro. La nación no es sólo aquello que un romántico tradicionalismo facilón nos ha enseñado. La Nación se compone de historia, de hombres que han hecho esa historia y de un suelo encima del cual ha realizado el hombre su historia. Pero también es el presente. La Nación es lo como la deseamos. Por eso al decir Nación, o al decir Colombia o al decir Patria, hacemos, lo que vemos, y, ante todo, como la queremos ver, como la soñamos, encontramos una desazón, algo que nos desagrada. Y es que, para decirlo plagiando un mártir peninsular, “amamos a Colombia porque no nos gusta”. Y no nos gusta porque vemos la injusticia de una situación social y económica, y queremos modificarla. Y a vosotros os corresponde violentar la historia para modificarla. Pero hay necesidad de que comprendáis a Colombia como una gran Empresa, como acaso la comprendieron antes nuestros abuelos y no la pudieron lograr, por eso os sirve el pasado para ver cómo no se puede caer en el yerro y cómo se logró el éxito. Vuestra causa es la Patria, la de los sin techo, la de los que quieren una Colombia cristiana, libre y justa. Vuestra causa la soñó Bolívar.

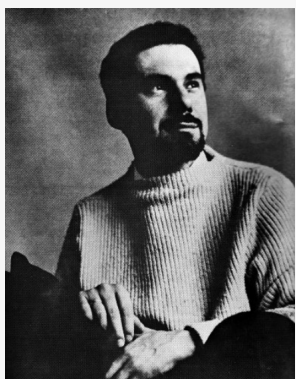
Habéis dado el primer paso en vuestra formación y váis a dar el definitivo. En vuestro bagaje se encuentra todo lo aprendido y ahora os vais a dedicar solamente a estudiar lo que os parece más conveniente, lo que más os apetece. Hasta el presente habéis visto la realidad saltando alrededor vuestro:

en la Universidad os encontraréis, ya en ella. Y como esa realidad no sólo es el estudio sino la situación en que os encontráis, hay necesidad de que vayáis preparados con las “armas de la luz”. De ahí que sea tan necesaria una firme formación cristiana que unida al ímpetu de la juventud pueda salvar nuestra Patria porque a la juventud le corresponde la tarea de salvarla, de rescatarla como al sepulcro de Don Quijote pedía Unamuno. Y hay que rescatarla a la colombiana, a la americana, sin bombas H y sin bombas de cinco megatones. Hay que hacerlo buscando nuestra raíz, nuestro fundamento nacional, social y cristiano.

Así pues, muchachos que hoy recibís el Bachillerato: delante de vosotros está vuestra vida que es la misma vida de la Patria y que por serlo es la misma del pueblo colombiano. Que cumpláis vuestro destino con fé y con alegría (Revista “El Aguilucho” N° 40, 1963).

Nota: Aparecen en la fotografía anterior, la Presidencia de la Sesión Solemne de fines del año de 1962: Doctores Luciano Noguera, Eduardo Cote Lamus, Excmo. señor Rafael Sarmiento, Obispo de Ocaña y Dr. Edilberto Escalante, quienes condecoraron al Rdo. Hno. Cándido Martín, con la “Medalla Francisco de Miranda” en nombre del Gobierno Venezolano.

Figura 12
Eduardo Cote Lamus.



Fuente: Alvarado (s. f.).

1.5 Dios: Presencia viva en Cote Lamus

La formación humanística y religiosa recibida en su niñez y en su juventud dejó en Cote Lamus, una huella profundamente melancólica y teocéntrica que se patentiza en la producción poética de sus primeros libros: “Preparación para la muerte” (1950) y “Salvación del recuerdo” (1953). Este libro fue dedicado a su madre, a quien amó con el amor propio del hijo consentido. Hay en su poesía, como lo expresa Merleau-Ponty (1952): “... Una transferencia de una manera de amar aprendida en otro momento o en la infancia ya que el amor nunca recae...” (Merleau-Ponty, 1956) y aún menos el que sentimos por la madre.

Para el poeta la vivencia religiosa fue parte de su formación personal. Dios se revela en la poesía de Cote Lamus en el sentido de la trascendencia que da a Él en sus poemas. La íntima esencia espiritual, tan cara al poeta, emana de sus versos donde retrotrae la imagen divina. La ausencia y la presencia de Dios en sus poemas, son producto de los condicionamientos y de la contextualización religiosa adquiridos en su hogar, en las aulas del Colegio y en la vida. En sus años vividos en la Ciudad Mitrada esta vivía en una

época medieval, teocéntrica, mariana, hagiográfica, debido a la cantidad de comunidades religiosas católicas.

El sentido religioso aparece como una constante en sus libros, y tal vez este tema es el que más ha sido criticado en el poeta, por críticos más hedónicos y menos espirituales. Sin embargo, una obra no se puede juzgar sólo por la temática que la conforma. Una obra literaria es el producto de un sin fin de vivencias y experiencias vitales propias del entorno cultural y social del artista y, como tal, tiene y posee validez, porque es producto de presaberes, de ideologías y de las diversas formas de visionar el mundo. Los alumnos del Colegio Provincial de San José asistían todos los días a la santa misa como obligación religiosa y este hecho fue trascendental en su actitud y crecimiento humano-espiritual. De ahí, que muchos profesionales años más tarde decían que no irían más a misa, pues ya las habían cumplido en el colegio, toda las de su vida.

1.6 Influencias ideológicas

Cote Baraibar (s. f.) dice que:

(...) en el colegio, (...) se cantaba todos los días a las seis de la mañana en la muy helada ciudad de Pamplona, Norte de Santander, “Cara al Sol” el himno falangista español. Esto estaba complementado por una adolescencia llena de lecturas del dictador Primo de Rivera (político, militar y jefe de gobierno de España desde 1923 hasta 1930) y de la obra “Así hablaba Zarathustra” escrita por el filósofo alemán Federico Nietzsche, en la cual el personaje reflexiona sobre la moralidad, el poder y la superación del hombre y de unos compañeros políticos que vivían toda la retórica conservadora del enfrentamiento entre el laureanismo y el ospinismo (Cote Baraibar, s. f., p. 96).

Lo primero, explica el por qué Cote Lamus tenía una actitud de preservar las cosas tradicionales. A los 17 años, Eduardo Cote Lamus, orientaba como presidente las juventudes conservadoras de la Provincia de Pamplona. En esta época ya se gestaba intensamente el dirigente político de los años posteriores desde unos grupos pequeños que poco a poco crecerían dándole su respaldo. Organizó grupos de jóvenes, mujeres y campesinos, con quienes empezó sus discursos improvisados y sus arengas políticas, para lo cual tenía una habilidad increíble.

1.7 El camino hacia la universidad

En 1947 viajó a Bogotá para iniciar estudios de Derecho en la Pontificia Universidad Javeriana, los cuales continuó en 1948 en la Universidad

Externado de Colombia, carrera que lo llenó de ímpetu político en la misma línea conservadora de su padre.

La estadía en la capital del país fue despertando en Cote Lamus otras maneras de visionar la realidad, la vida y el arte, y en esa misma medida su poesía y su obra fueron adquiriendo madurez y proyección en el ámbito colombiano, latinoamericano y en España.

En el mismo año de 1947, se relacionó con el Doctor Gilberto Alzate Avendaño a quien admiraba fervientemente. Él le dio la oportunidad de escribir una columna en el periódico Eco Nacional y entró al movimiento de juventudes conservadoras llamado Revolución Nacional, cuya filosofía compartía el pensamiento de Bolívar. A este político conservador le dedicó una elegía.

1.8 Su periplo por Europa

Figura 13
Dr. Eduardo Cote Lamus en Europa.



Fuente: Cote (1999)

Figura 14
Llegada de Cote al Aeropuerto Barajas de Madrid (España).



Fuente: Lara (1994).

Nota. 30 años de ausencia

En 1950 viajó a Europa gracias a “unas becas que otorgaba el gobierno Franquista”. Conoció a España, Alemania, Escocia, Italia y Francia. Asumió una vida diferente de la que llevaba en Colombia; visitaba museos y exposiciones, asistía a tertulias de Arte y Literatura, pero sus preferencias estaban en la música, en la lectura y en la poesía. En esta forma hubo un distanciamiento que le permitió ver y comparar el “acá” Colombia, con el “allá” Europa que vivía un período de postguerra. En este mismo año se publicó su primer libro de poemas: “Preparación para la muerte” en la Imprenta Departamental de Cúcuta, y produjo buen efecto en los lectores que veían en su poesía el estado poético propio del verdadero artista de las letras.

En España se diplomó en Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca. Hay que destacar que esta es una de las Universidades de mayor trascendencia en el mundo; por lo tanto, la calidad académica de esta Alma Mater, proveyó a Cote Lamus de una sólida cultura, de una gran capacidad de reflexión en torno a cualquier producto artístico y, muy seguramente, le ayudó a abrir la puerta al nacimiento más libre de la palabra. En este país, Cote Lamus vivió entre poetas, y leía y escribía poemas encontrando en esta labor una particularísima satisfacción espiritual.

Cote Lamus decía que tanto en Santander de España, como en el Santander colombiano: “Se habla castellano, buen castellano que, igual que vino añejo, tiene sabor a tierra”.

Afirmaba que el castellano en América se hizo lenguaje imperioso y necesario para interpretar al hombre y la naturaleza. Las diferentes búsquedas expresivas que se observan en el lenguaje de su poesía hacen que su poética se humanice de uno a otro poema, y, en esta forma el escritor poco a poco afirma su visión de mundo, su mirada poética, su forma de ser y de actuar en él. Su vasta cultura, le imprimía a su persona un sentido humano muy particular con los demás.

En 1951, en España, empezó a darse a conocer como persona y como poeta cuando ganó en Madrid el Premio NADAL denominado “A la joven poesía”, cuyos jurados fueron: el filósofo, ensayista y teórico del Barroco Eugenio D’Ors, quien se destacaba en la década de los cincuenta, por ser gran animador de la vida intelectual de España, el poeta Amado Alonso autor de poesía religiosa y humana dedicado a la crítica y a Eugenio Montes cultor de la imagen poética. Este talentoso jurado premió el arte poético de Cote Lamus. El libro que presentó a concurso era “Salvación del recuerdo” y fue publicado en 1953 en Barcelona por el editor José Janés. Por esta época se relacionó e hizo amistad con el pamplonés Jorge Gaitán Durán, con quien en Pamplona no se trataban.

Figura 15
Cote Lamus y Vicente Aleixandre.



Fuente: Antología crítica de la poesía colombiana del siglo XX (2006).

“Cote que vivía entre poetas, que leía y escribía” (Cote Baraibar, p. 96) pudo conocer y relacionarse con escritores españoles de la talla mundial del poeta Vicente Aleixandre (más tarde premio Nobel de Literatura 1977), cuyos temas centrales en poesía son: el amor, el misterio y las cosas primitivas de corte romántico sui géneris; con José Ángel Valente, José Manuel Caballero Bonald y con el también Premio Nobel de Literatura (1989) Camilo José Cela. ¡Cuánta enseñanza, arte y conocimiento dejarían los “maestros” en su amigo! Además, el hombre necesita de tres tratos y comercios, como decía el ensayista Montaigne (1580): el amor, la amistad y la lectura se puede amar a los libros, que siempre siguen siendo amigos fieles... esta amistad será compartida, sin sombra alguna de envidia, por millones de seres humanos en todos los países.

El retorno a lo humano, característica que preocupó tanto a los poetas de la Generación del 27 en España, se nota muy claramente en los poemas y en la filantropía de Cote Lamus, quien, según Policarpo Varón, tuvo apasionado amor por la poesía de este grupo. Ese fue un rasgo que definió bien a los poetas

de esa Generación y que caló en nuestro poeta porque pudo conocerlos y estudiarlos con mayor profundidad durante su estadía en ese país. El valor a lo humano, al terruño, a la familia, a la poesía esencial e inefable se captan en sus poemas.

Allí también trabó amistad con los hispanoamericanos Carlos Martínez Rivas, Miguel Arteche, Antonio Fernández Spencer, Ernesto Mejía Sánchez, Gutiérrez Girardot y Jorge Gaitán Durán con quienes, a través de tertulias literarias, confluían magistralmente en sus comentarios, críticas, apreciaciones y reflexiones estéticas. Esas amistades y la lectura, las experiencias y las exigencias espirituales en Cote, “llevaban su soledad” en ese encuentro con los otros y consigo mismo (Cote Baraibar, p. 96).

La poeta María Mercedes Carranza, decía que Cote Lamus:

Estudiaba y eran frecuentes sus visitas a la calle Wellingtonia 3, para ver a Vicente Aleixandre. Allí, en ese jardín arbolado donde acostumbraba recibir el poeta español, muchas tardes Cote, deslumbrado por la admiración y conquistado por la amistad generosa que Aleixandre le ofrecía, charló con él de poesía y estas charlas dejarían una huella en la suya.

Esta huella precisamente, está en los poemas herméticos e intelectuales de Cote Lamus, porque las obras del español, tienen precisamente ese sello de complejidad.

En España el poeta nortesantandereano, presidió la Tertulia Literaria Hispanoamericana 1953 – 1954 con Puente y Ángel Muñiz en Madrid y participó en Congresos de Poesía el I del 17 al 23 de junio de 1952, el II Congreso en 1953 en Salamanca y en 1953 en Segovia. Colaboró en distintas revistas y en una pléyade de publicaciones de corta vida, pero de alta calidad.

Figura 16
Cote Lamus en tertulia.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia.

Entre las personalidades que pudo conocer y compartir literatura están los siguientes en la foto: Antonio Fernández Spencer, Jorge Cela, no identificado, Carmina Morón, José Manuel Caballero Bonald, Pilar Paz Pasamar, Demetrio Castro, Carlos Salomón, Luis López Anglada y Eduardo Cote Lamus. En sexta sesión de tertulia, 20-12-1952. Foto: Basabe.

Figura 17
Cote Lamus en tertulia hispanoamericana.



Fuente: Montesinos (2012)

Figura 18
Portada del II número de la Revista "La Tertulia" 1953



Fuente: Montesinos (2012)

Figura 19
Poema "Estancias".

Estancias

I

Algo blanco pronunció palabras
y dijo frases fuera de la sangre;
dijo, por ejemplo, «ángel», y calló
el tiempo con casi un vuelo en los labios;
y transcurrieron, líquidas, las horas
—rostros en las lágrimas—. Claridad
(¿por qué la voz disuelve tu sustancia?
El amor no tiene color: no es nada.
Algo blanco pronunció mi nombre,
pero frecuentemente no me llamo:
es bastante sentir luz el pecho,
sentirlo llama invisible, sentirlo
en otro pecho, lejos, es bastante.
Todo está claro, todo está agua, sí:
muy pálida la fuente bajo el cisne.

II

Circundando el silencio, río a río,
sosteniendo los árboles de pie
llora la yerba mutilada. Lloro
hacia arriba, dolorosa, intuitivamente
espera la estación amiga. Ocas
muere despacio porque está con vida.
ligerísima, imitando los sueños:
una estrella en el cuerno de la luna
vase en busca del sol y la flumina;
sostenida en la voz y por la voz
suspiro, como un asombroso río,
adelanta la nieve entre sus manos,
lleva un verso en los ojos: la Odisea.
Cuerpo en ala enamorado: Tú.

III

Porque un roble desarmado al comienzo
de los vientos cambia sombra por aire
y un poco de voz cubierta por el río
de los sueños aprende en su transcurso
a caer en las hojas, como música,
entre mi corazón duerme un cordero:
grama, pastor y flauta de sí mismo;
sólo bebe la luz entre su boca
sapientísima de estrellas, nutrida
por blanca transparencia de rocío
y envuelta por la yerba en la cosecha.
Sí, nada más que Dios acaso cabe,
y tú, mi celestial adivinanza.

Eduardo Cote Lamus

22

Fuente: Montesinos (2012)

La siguiente poesía "Estancias" de Cote Lamus está estructurada con quince versos en la primera estrofa, catorce en la segunda y trece en la tercera, con ritmos y rima específicos para expresar artísticamente y en forma lírica el tema del amor, destaca elementos de la naturaleza, a través de figuras literarias para hacerlo más hermoso.

El primer curso (1952-1953) fue el poeta dominicano Antonio Fernández Spencer el presidente de la Tertulia, en el segundo (1953-1954), el cargo lo detentó el poeta colombiano Eduardo Cote Lamus.

Figura 20

José García Nieto, Eduardo Cote Lamus y Rafael Montesinos.



Fuente: Montesinos (2012)

Figura 21

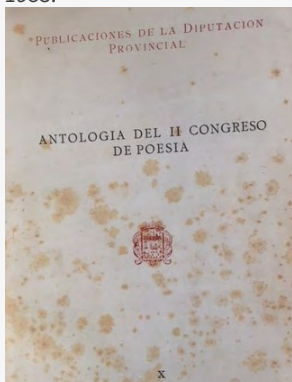
Cote Lamus y otros escritores.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). Nota. 30 años de ausencia

Figura 22

Antología publicada por la Diputación de Salamanca, 1953.



Fuente: Poema en Salamanca para Eduardo Carranza (s. f.)

Cote Lamus enriqueció su visión de mundo, el conocimiento de la literatura europea y universal, a través de cursos, de asistencia a tertulias literarias y a otros eventos que contribuyeron en el perfeccionamiento de su obra. Según la nota textual de Cote Lamus aparecen los siguientes escritores: R. Santos-Torroella, Dámaso Alonso, Luis Rosales, Yo, Idelfonso, Manuel Gil, Fox, Blecua y J. L. Cano, en el parador de Ciudad Rodrigo, durante el II Congreso de Poesía de Salamanca, 1953. (El personaje femenino es “la mujer de Perucho”).

De los diferentes eventos literarios iban quedando testimonios escritos con la respectiva firma de los escritores participantes.

Por la importancia que revisten los personajes en esta antología, se registran las firmas pertinentes.

Desde el exterior, tanto Cote Lamus como sus contemporáneos compañeros de Mito, tenían la posibilidad de visionar con mayor claridad la conflictiva situación política y cultural de su patria colombiana para luego intervenir con su palabra y recusarlas en el discurso, ya público o ya ensayístico o literario. En Europa se hizo amigo de Gaitán

Figura 23
II Congreso de Poesía celebrado en
Salamanca, 1953.



Fuente: Poema en Salamanca para Eduardo Carranza (s. f.)

Durán. Antes pese a haber estudiado ambos el bachillerato en el mismo colegio en Pamplona, “se detestaban”, el exilio los unió en hermandad, en puntos de vista similares, en la relación con la literatura y la intelectualidad en darse ayuda mutua y en escribir artículos de arte. Luego cuando Cote se vino a Colombia establecieron correspondencia constante para comentar sus labores, sus anhelos, sus sueños y sus preocupaciones existenciales y culturales.

Varios años duró Cote Lamus en Europa, tiempo suficiente para encauzar su acción poética hacia nuevos horizontes estéticos, hacia voces nuevas que impactaran no solo su geografía próxima, sino que se hicieran más universales. En este discurrir fue escribiendo versos, poemas y libros. Se desempeñó como catedrático y asistía a tertulias literarias frecuentemente.

Valencia y Cote proyectan hacer una antología de poesía colombiana en España, y a través de la escogencia y de prólogo-crítica que se hace a este volumen que nunca llegó a ver los linotipos de ninguna editorial se puede observar que (...) a los dos años del viaje conocían bien nuestra tradición lírica... (Cote, p. 97).

Vivió tres años en Alemania donde tuvo la oportunidad de estudiar Filosofía en “Goethe Universidad” en Frankfurt. En 1954 fue Cónsul auxiliar de Colombia en esta ciudad por respaldo del político conservador, Lucio Pabón Nuñez y luego en Glasgow, Escocia. Cote hablaba con fluidez el alemán y el francés y empezó a aprender ruso, pero no continuó (Pulido, 1999).

Este es uno de los contextos que conoció Cote Lamus cuando vivió en la ciudad de Frankfurt.

En Alemania, Eduardo Cote Lamus, sentía mucha soledad superada únicamente por la cantidad de lecturas que hacía y por la correspondencia que recibía de sus amigos porque la gran ciudad es la posibilidad de sentirse solo, extraño. Además, el único medio de lograr ser hombre culto se encuentra en la lectura, es irremplazable los misterios y sugerencias que guarda un texto, son incomparables. Al principio él decía:

Figura 24

El Römerberg, plazoleta Ciudad Vieja de Frankfurt (Alemania).



Fuente: ¿Qué ver en Frankfurt? (s. f.).

No conocía el alemán, mi único amigo en el país estaba a varias horas en tren y entraba al mundo repleto de intrigas, de golpes bajos y de desorden que ha caracterizado desde siempre la diplomacia colombiana. Claro que bien pago a diferencia de su amigo el filósofo (Gutiérrez Girardot) (Cote, p. 98).

En Frankfurt publicó el artículo “El recuerdo de Mozart” en el cual exalta la trascendental dimensión artística de este famoso músico de quien admiraba en su pensamiento y en su palabra. La alegría prodigiosa de saber que se vive intensamente porque nos vamos a morir.

Fueron tiempos fecundos para el escritor vividos en la intelectualidad, la aventura y la vida audaz, como dice en su poema “Estado de percepción”. El ambiente cultural y filosófico de la Alemania de la época del 50 para cualquier latinoamericano era algo desconocido. Había una auténtica tradición de estudio y trabajo de la Filosofía; bibliotecas actualizadas, rigor en la crítica, en el análisis, en la reflexión y en el estudio de las diferentes disciplinas del pensamiento. Se desarrollaba un auténtico diálogo y discusión en los campos del pensamiento de la Edad Media y de la cultura griega. El dominio de los estudiantes sobre los diferentes saberes, era cada día más enriquecedor y de todo este ambiente cultural se contagiaron Cote Lamus y sus amistades. Muy otro era el ambiente en Colombia, donde la pobreza de las bibliotecas no hacía posible el intercambio con otras visiones de mundo de mayor

avanzada; además, la violencia desangraba nuestro país. Se vivía una cultura de la muerte, de la violencia partidista.

Sin embargo, algunos pensadores colombianos contribuyeron, en cierta medida, a preparar las juventudes que se desplazaban a Europa en busca de nuevos horizontes y previamente, algunos filósofos y profesores como Danilo Cruz, Cayetano Betancur y Abel Naranjo, entre otros y con sus enseñanzas les dieron la llave cultural que les sirvió para abrir las bibliotecas en Europa. Despertaron en los estudiantes de las universidades bogotanas, sus preocupaciones por la Filosofía. También fueron conociendo poco a poco a grandes pensadores como Descartes, Kierkegaard, Husserl, Pascal y muchos más que habían sido leídos por los integrantes del Grupo Mito y que en Europa pudieron conocer mejor y ampliar sus postulados junto a otros pensadores y filósofos. Llegar a Europa era reavivar los intereses e ideales de los jóvenes, a través de toda actividad cultural y artística que se podía vivir y disfrutar allí. “Poco a poco iban tomando una posición más clara frente a ellos y frente a su país” (Cote, p. 91).

Figura 25
Eduardo Cote Lamus en Alemania.



Fuente: Lara (1994). Nota. 30 años de ausencia.

Cote Lamus con 27 años en este momento, pensaba modificar su visión poética y la estructura de sus versos lo cual fue logrando paulatinamente al encontrar el medio expresivo ideal que lo identifica como poeta.

Desde esta perspectiva se puede afirmar que la máxima calidad del acervo cultural de Eduardo Cote se proyectó en su rol de escritor, brillando con luz propia como poeta, “filosófico”, ensayista y “pensador de la poesía”, en virtud de lo cual publicó varias reflexiones. También, con lenguaje prosístico, escribió artículos para el “Diario Colombiano” con los que se acercaba al pueblo y a los intelectuales.

Como los hombres y mujeres de su generación, Eduardo Cote Lamus llamado familiarmente y por sus amigos “Lalo”, a través de reuniones e intercambio de ideas, recibió la influencia de los poetas españoles de la “Generación del 27”: Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández. Este ambiente artístico más que los programas curriculares, fue dejando en él una

apertura a la interdisciplinariedad. Otras influencias en su obra fueron las de Jean Paul Sastre, Wolfgang Goethe y Hölderlin; Sade, George Bataille teórico y filósofo del erotismo, el creador de la modernidad en la poesía, el francés

Charles Baudelaire y también del poeta colombiano Luis Vidales creador del comunismo en nuestro país. La influencia de ellos se advierte en todo el conjunto de su obra.

Así mismo, dejaron huella en su obra poética Jorge Luis Borges, George Luckács y Robbe Guillet, lo mismo que Francisco Quevedo y Villegas; de este autor parece provenir su constante y reiterativo tema de la muerte y el conceptismo de algunos de sus poemas. Octavio Paz, fue otro poeta que también ejerció su influencia en Cote Lamus y es que las lecturas de grandes maestros de la literatura encierran una riqueza superior y artística que se graba y trasciende en el alma del lector. Para hacer la identificación de influencias se precisa otro estudio detallado de fondo y forma, de ideología y estética en todos los poemas del escritor.

Reitero que el viaje por Europa llenó a nuestro poeta y estadista, de mundo cultural de carácter universal, enriqueciéndolo en la concepción de la vida y de la humanidad. Su sentido estético se afinó más en Europa constituyéndose en elemento fundamental para dar un vuelco a la expresión de su poesía, pero la beca se acabó y tuvo que regresar.

1.9 Después de su periplo por Europa

A su regreso de Europa, se desempeñó como catedrático de Literatura y Música, en la Pontificia Universidad Javeriana, y, de literatura en la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, en Bogotá. El desempeño de su cátedra contribuyó a crear en Cote, un ambiente más abierto y a crear espacios para la reflexión, la creatividad y la crítica, en tal forma que se sobrepusiera a la simple actividad de enseñar y/o de aprender sin crecer intelectualmente.

En 1955 cuando el escritor pamplonés, Jorge Gaitán Durán fundó la Revista Mito, Eduardo Cote Lamus fue su co-director, cargo que desempeñó en varias oportunidades mientras el fundador viajaba por el mundo. La Revista se publicó desde 1955 bimestralmente hasta 1962 año en que murió Gaitán Durán. En los siete años de Mito Cote Lamus fue amigo y miembro del Grupo Mito o de la Generación Truncada. Ellos coadyuvaron al inicio en Colombia de la modernidad poética. Su característica secularizante empezó a impactar en el seno de la cultura nacional y la impregnó de nuevos horizontes temáticos, estéticos, culturales e intelectuales. Pregonaban la necesidad de la reflexión, de la crítica, de la creatividad y de la originalidad. Después de Mito surgió el movimiento de los Nadaistas. Todos habían recibido la influencia de Sartre, Freud y Marx. Mito con su orientación filosófica impulsó la secularización de la cultura y del arte que tímidamente habían iniciado otros movimientos culturales anteriores.

Cote (1999) dijo que, en 1956, cuando Jorge Gaitán Durán abandonó formalmente la dirección de la Revista para dedicarse a sus lecturas, sus viajes y negocios, Cote Lamus junto con Valencia Goelkel, Charry Lara, Mendoza Varela y Jorge Eliécer Ruiz colaboraron en su edición y publicación.

Mito, en el decir de muchos críticos hispanoamericanos, fue un grupo y una Revista interdisciplinarios y pluralistas que rompieron con la tradición académica (conservadora) de la cultura e incentivaron las discusiones filosóficas y artísticas en espacios nuevos, especialmente en el de la Literatura que empezó a rediseñar su propio horizonte. Eliécer Ruiz también colaboró en su edición y publicación.

A la Generación Mito pertenecían los escritores: Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Hernando Valencia Goelkel, Jorge Eliécer Ruiz, Pedro Gómez Valderrama, Fernando Charry Lara, Álvaro Mutis, Fernando Arbeláez, Enrique Buenaventura, la Crítica de Arte Marta Traba, Guillermo Payán Archer y Eduardo Carranza, quienes recibieron el respaldo de mentes de avanzada y abiertas a la novedad y al cambio.

Figura 26
En evento socio-religioso.



Fuente: Toloza (s. f.). *Nota.* De izquierda a derecha sentados: Monseñor Rafael Sarmiento Peralta, Arzobispo de Nueva Pamplona, el Dr. Eduardo Cote Lamus y su señora esposa Alicia Baraibar de Cote.

Por escollos; de editoriales, económicos y de otra naturaleza, muchos escritores colombianos o extranjeros no tenían la posibilidad de publicar sus artículos. MITO, con su interdisciplinariedad, les permitió hacer sus reflexiones, publicar sus poemas, sus cuentos y ensayos. El ambiente y el lenguaje de los intelectuales cobraban vigencia por su genuinidad estética muy caribeña, obligando a cambiar los esquemas tradicionales. Por eso, la revista Mito fue recibida con escándalo por los Clérigos y por la pacata sociedad colombiana.

Sin embargo, es reconocida por muchas generaciones culturales cómo la revista que le dio aires novedosos a los escritos de la época en nuestro país (Pulido, 1997).

Estos artistas y pensadores propugnaron por una revista de carácter pluralista que abriera el cauce del conocimiento al pueblo colombiano. Allí participaron hombres de izquierda y de derecha. Las publicaciones eran libres, pero se exigía calidad y hondura de pensamiento; los artículos publicados eran de gran calidad cultural y crítica.

Mito, fue un movimiento trascendental que influyó en el desarrollo del humanismo, el pensamiento, el arte y la cultura en general. Obregón (1970), el espléndido pintor del caribe dice:

La poesía es pintar, yo no escribo poemas, garabateo, hago bocetos para recordar cosas... No hay nada que registre más que la palabra, y no hay nadie tan vulnerable como un poeta, es permeable. A mí me ha gustado tener amigos poetas, porque es más fácil perdonarles cualquier cosa... y es que es, como si les debiera algo yo tengo la teoría de que en este lío de la pintura mi generación me ayudó mucho: Cote, Gaitán Durán, Cepeda, Gabo, Alfonso Fuenmayor... gente así fue la que lo hizo a uno. Los que ponían palabra a eso de la pintura (Panesso, pp. 32-33).

Cuando salió la revista en 1955 Gabriel García Márquez, redactor en ese entonces del diario El Espectador, dijo lo siguiente:

Desde hoy no van a ser pocos los sorprendidos con la presencia en las librerías de una revista literaria que parece una revista francesa, pero es una revista colombiana: Mito, una aventura de Jorge Gaitán Durán, que es joven aún, pero no ya lo suficiente como para hacer locuras juveniles. Sinceramente, no habíamos creído en la aparición de esta revista. Sus fundadores habían hecho de ella una teoría tan ambiciosa, tan atiborrada de cosas buenas, que aquello parecía una especulación fantástica sin probabilidades prácticas. Una costosa revista literaria en Colombia, donde casi puede decirse que se funda una revista todos los meses para que no vuelva a aparecer en el mes siguiente, es algo que seguirá pareciendo una fantasía, y que en realidad será todavía más fantástica si logra sobrevivir. (...).

“Hay que creer, sinceramente, que el triunfo de una revista como ésta sería un disparate sin antecedentes. Pero hay que hacer votos, y algo más que votos, si se puede, para que ese disparate prospere y alcance el esplendor que merece” (Gómez, 2014, p. 16).

Al morir Jorge Gaitán Durán el 22 de junio de 1962, muere también la revista Mito, ya que su principal activista y mentor era Gaitán Durán. En una carta de Eduardo Cote Lamus a Rafael Gutiérrez Girardot, del 30 de julio de 1962, explica las razones por las cuales no se le dio continuidad a la misma.

Aquí no nos hemos recuperado de la desaparición de Jorge. Cada día que pasa se hace más notoria su ausencia, sobre todo en Bogotá. Allí estuve varios días en el apartamento de Hernando Valencia, y, claro está, el tema, el obsesivo tema fue Jorge. Sobra decirte que esto es compartido con muchos, especialmente por los de Mito y por alguna otra gente que no sabía

el cariño que le podía tener a Gaitán. También hay hijueputas contentos. Se me antoja que piensan haber quedado sin enemigo que les incomodara en sus aspiraciones de gloria y fama, pensando que son queso grande. E. Cote (comunicación personal).

De todos modos, han escrito, fariseos de mierda, con ese gran sentimiento porque toca, porque es la noble.

Yo (no soy partidario) de sacar otra vez la revista, porque se me hacía que se encontraba ya agonizando y que había dejado de tener sentido en nuestro ambiente y que de por sí no hubiera resistido más de cinco números. Por otra parte, nos encontramos todos situados y muy llenos de ocupaciones: Pedro Gómez con seguridad irá al gabinete, Fernando tiene el tiempo completo en Cicolac, Jorge Eliecer trabaja en planeación, yo estaré en el senado y en otra parte, Hernando sería en fin de cuentas el encargado de hacerlo. Creo que por eso se obstina en negarse a sacarla y lo comprendo, porque la responsabilidad cae sobre él. Existe otra fórmula: Ediciones Mito, que vendría a llenar un vacío” (Gómez, p. 17).

En este sentido el lenguaje, la palabra tienen una amplia función en la poesía, como decía John K. Simón (1951) de ser el material formal de la poesía pasa a ser la poesía misma. De la misma manera en que la experiencia sensorial es remodelada para alcanzar una mayor precisión, así como una forma y significado nuevos. Hay una famosa anécdota entre Mallarmé, Valéry y Degas, el pintor, después de hacer intentos de escribir poesías no logró expresar nada en palabras a pesar de tener las ideas, Mallarmé le dijo que las ideas no tienen lugar en la poesía, porque la poesía está hecha exclusivamente de palabras.

Y aún más, todos sabemos que “la poesía” es más que ideas y palabras; la poesía es ante todo imagen. La imagen es la que permite la captación del mensaje, del sentido y de los símbolos. Estos aspectos fueron tenidos en cuenta en Mito cuyo fin era abrir espacios a la erudición e ilustración en el país.

Desde otra perspectiva, se considera a Cote Lamus uno de los hijos más queridos en Pamplona. En 1965 al cumplirse un año de su muerte, el profesor Luis Fernando Velandia, entonces presidente del Honorable Concejo Municipal, al rendir homenaje a Eduardo Cote Lamus, al colocar un retrato en el salón de sesiones, destacaba el amor que tenía por la ciudad mitrada:

Eduardo amó a esta su hidalga tierra pamplonesa con la entrañable devoción de quien llevó en el torrente de su sangre las quintaesencias de su pasado

heroico y nobles aspiraciones del porvenir. La sirvió con lealtad y solicitud del egregio caballero que veló sus límpidas armas de la amistad y del sacrificio en la solemne penumbra del Santuario del Divino Crucificado del Humilladero, musitando las plegarias de sus canciones impregnadas con las fragancias de sus pensiles. Y como el amante trovador de la leyenda, quiso para siempre quedarse adormecido en su maternal regazo, envuelto en el sutil manto de sus neblinas y arrullado por la melancólica brisa de sus recuerdos (Velandia, 1977, pp. 34 - 35).

Figura 27
Cote Lamus y personas iniciadoras de la Universidad de Pamplona.



Fuente: Pulido (s. f.). Nota. Archivo fotográfico.

El poeta se granjeó de los pamploneses un recuerdo imperecedero por su amor a esta tierra de Las Neblinas y por todo su apoyo al Reverendo Padre Rafael Faría Bermúdez, en la Fundación de la Universidad de Pamplona.

Nota: En la foto se registra de izquierda a derecha, en la primera fila el Dr. Eduardo Cote Lamus y Monseñor Aníbal Muñoz Duque, Arzobispo de Nueva Pamplona, con otros profesores y estudiantes de la Universidad. En la última fila al centro se destaca el Padre Rafael Faría Bermúdez, fundador y Rector de la Universidad de Pamplona.

Y es que el poeta y estadista, hizo honor a las palabras de Demóstenes cuando decía que: *“El buen ciudadano ha de fijar todas sus miras y empeño en el esplendor y acrecentamiento de su ciudad”*. El doctor Cote Lamus fue uno de los principales colaboradores en la fundación de la Universidad de Pamplona, siendo secretario de educación del Departamento Norte de Santander.

Preocupado por el desarrollo de saberes, promovió la creación del Ateneo de Norte de Santander. A él se debe “la Casa de la Cultura de Cúcuta; es importante advertir que, ahí actualmente funciona la Escuela de Cultura, Artes y Humanidades de la Universidad de Pamplona, edificación que fue restaurada e inaugurada en el año 2.000, cuando era Rector de la Universidad de Pamplona, el Doctor Álvaro González Joves, quien recibió esa casa en comodato con la Gobernación del Departamento Norte de Santander. Se dió al servicio para la comunidad educativa de Cúcuta el 6 de marzo del 2.000. La inauguración fue de gran altura intelectual y gubernativa como se merecía el honor que se le hacía al poeta Eduardo Cote Lamus, con la recuperación de este edificio.

“También creó el Instituto de Cultura de Norte de Santander y dentro de este, la Escuela de Bellas Artes y el variable Grupo de Teatro” (Velandia, 1960, p. 23). Como todo gran mecenas Eduardo Cote Lamus convocó, impulsó y respaldó la exposición de pintura y escultura de artistas nacionales, los concursos de cuento y de poesía e impulsó a los artistas del Departamento avizorando para ellos mejores días. Invitó a la capital del Departamento a destacados intelectuales artistas y escritores como los poetas: Eduardo Carranza, Gonzalo Arango y Rafael Maya, Hernando Valencia Goelkel amigo y contemporáneo del grupo Mito y a Andrés Holguín. Escultores como el pamplonés Eduardo Ramírez Villamizar (otro de los preclaros hijos de Pamplona) y al pensador Jorge Eliécer Ruiz, coadyuvando en esta forma al desarrollo cultural de la región nortesantandereana concretada en la emulación y respaldo de “Las diferentes expresiones del talento y de la vitalidad creadora” (Velandia, 1960, p. 26).

Figura 28
Dr. Eduardo
Francisco Cote
Lamus.



Fuente: Memorias de
Eduardo Cote Lamus (2023)

1.10 Un retrato suyo

Su particular retrato se conforma a partir de fotos, apreciaciones familiares y de amigos. Era de mirada sagaz; ojos chicos achispados, rasgados y de color oscuro, cuya profundidad y ensoñación adornaban su mirada. De labios medianos de cabellos castaños oscuros peinados hacia atrás lo cual hacía su rostro atrayente especialmente por la barba que se “movía puntualmente al compás de su hablar atropellado, con dejos de tartamudez” (Carranza, 1994, p. 39) su esbelta figura con 1.72 cm era la que se desplazaba por el mundo y por la patria en búsqueda de días mejores. Poseía una acendrada nobleza, sólida convicción de la excelencia, amor pleno por su país y por Pamplona y una identidad cierta sobre su ideología política.

“Enamoradizo, escribía apasionados versos de amor” según Mercedes Carranza, quien además asegura que la gran lección que da Cote es la sobriedad que le era característica preciada en la poesía.

“La imagen de Eduardo Cote Lamus que ha perdurado, privilegia la alegría, la vivacidad interior, la franqueza de la conciencia de la vida y del designio que el hombre poeta, el intelectual, en su caso ejecuta al vivirla” (Carranza, 1960, p. 39).

Un carácter acentuado en su personalidad era su sencillez, muestra fehaciente de la gran dimensión humana de los eminentes hombres. La piel de Cote Lamus era trigüeña casi blanca. La costumbre de la barba se debía a que había sido operado y para tapar la cicatriz se la dejaba crecer, lo que le daba un aire enigmático, según palabras de su prima hermana Consuelo Navarro Cote de Villamizar.

Además de poseer una clara inteligencia era muy generoso. Cuando estudiaba en Bogotá había un compañero muy pobre y quien pasaba muchas necesidades. De la casa, a Eduardo le enviaban el dinero para cada semestre, y, a veces, cuando iban a visitarlo encontraban que, o sus zapatos estaban desgastados o se tapaba con una sábana porque había regalado las cobijas, lo mismo que los zapatos y la ropa, en lo que se demuestra su humanismo y sentimiento filantrópico. En el decir de Eugenio Sue, autor de la novela “Los misterios de París”; **“el hombre de sentimientos y de valor, se sacrifica por sus hermanos”**; así era nuestro poeta. Su saludo era cálido, dispuesto a atender a todas las personas por humildes que fueran.

Su sensibilidad era proverbial y sufría mucho cuando un amigo moría. Lloró como un niño cuando falleció el amigo y político Gilberto Álzate Avendaño, lo mismo sucedió cuando falleció en Cúcuta su primo Julio Mario Rodríguez, con quien hacía una hora acababa de hablar.

Figura 29
Alejandro Obregón,
pintor colombo-
español.



Fuente: Álvarez Ríos (2019).

El tema de la muerte le dejó huellas profundas desde su niñez. Su hobby era coleccionar fotos, que conserva su esposa Alicia, cuyo tema son los mausoleos. En ellos se explica el porqué de la reiterada presencia de la muerte en sus poemas. Otros atributos de Cote Lamus son el de ser: buen fotógrafo, bailar bien, improvisar discursos y montar divinamente a caballo. Su presencia interesante no pasaba desapercibida en ningún sitio por su apacible amabilidad. Con su cortesía, caballerosidad y don de gentes conquistaba el respeto y la admiración de quienes a él se acercaban; esa es la apreciación de su familia, de los políticos y de los intelectuales que le conocieron.

Obregón (1970) decía:

Recuerdo a Gaitán y a Cote, tenían vanidades muy distintas. Cote muy sereno, Gaitán muy energúmeno. Gaitán el ego, el yo, Cote transmisor de las cosas; me acuerdo del día en que Gaitán llegó a Cúcuta, recién

desempacado: apareció por el automático. Era un pelado, y de entrada hizo su debut. Era mordaz, irónico y camorrero. El primer día en Bogotá ya estaba peleando, era de trompada fácil. Cote era mucho más elegante, más fino... (Panesso, 1989, p. 33).

“Lalo” como cariñosamente lo llamaban sus familiares y amigos; era carismático, buen conversador y muy entrador, muy pulido en su vestir y en sus escritos. Escribía y corregía antes de publicar algo.

La amistad fue para el poeta un sentimiento entrañable que reclamaba la correspondencia mutua del alma y el compartir en reciprocidad las metas e ideales. En consecuencia, varios de sus poemas fueron dedicados a dilectos amigos como los poemas: “Yo soy” a José Luis Acero y Fernando Canal; “Trascendencia” a Cornelio Reyes; “Hasta que llegue la muerte” para Aurelio Angarita; “Elogio para Algo que fue Rosa” a su amigo y colega de Mito Hernando Valencia Goelkel.

Figura 30
Eduardo Cote Lamus en Madrid, España (1954).



Fuente: Antología crítica de la poesía colombiana del siglo XX

Figura 31
Cote Lamus y su esposa.



Fuente: Ramírez (1994). *Nota.* 30 años de ausencia

Dedicó los poemas “Los Pájaros” al premio Nobel Vicente Aleixandre; “La Sangre Iluminada” a Fernando Gutiérrez.

Otros amigos en sus afectos, quienes aparecen en la fotografía son: Eduardo Carranza, Camilo José Cela, premio Nobel de Literatura y José Manuel Caballero Bonald, a ellos Cote Lamus les dedicó su libro “Los sueños”. En esta obra, como él mismo decía *“el hombre es más él mismo cuando se hace igual a sus sueños”*. Era un caballero de sentimientos y amistad completos, gustaba de la vida hedónica (sibarita).

1.11 Su hogar

Contrajo matrimonio con la curadora de arte, Alicia Baraibar Brunet, de nacionalidad española a quien conoció en Bogotá cuando su padre el español Baraibar era embajador (Castellanos, 1999) y el desempeñó este cargo en las embajadas de España, en México, Cuba y Colombia. Los padres de ella se oponían a las nupcias porque consideraban pobre a Cote Lamus, pero al corazón enamorado solo acceden las almas y espíritus unidos por el amor.

Figura 32
Cote Lamus, esposa e hijos.



Fuente: Ramírez (1994). Nota. 30 años de ausencia. *Nota*. En la fotografía está el poeta, su esposa Alicia Baraibar de Cote, con sus hijos Pedro y Helena (en brazos).

Figura 33
Alicia Baraibar de Cote.



Fuente: Cote Baraibar (2020).

Figura 34
Pedro Cote Baraibar.



Fuente: Behance (2015).

Unos datos interesantes de la esposa se exponen a continuación:

Alicia Baraibar, galerista de origen español, radicada en Colombia y casada con el escritor Eduardo Cote Lamus. A lo largo de su trayectoria profesional promovió la difusión del arte y la cultura mediante la apertura y dirección de galerías en Bogotá; fue directora de la Escuela de Teatro de Cúcuta, la Galería de Arte de Colseguros y codirectora de la Galería Belarca. Para Baraibar la difusión del arte en la década de 1960 en Colombia fue una labor que estuvo en manos de las mujeres, pues a su juicio, los hombres tenían intereses más del lado de la economía y no de los aspectos culturales (...) (Díaz, s. f.). Falleció el 9 de abril del 2007.

De la unión del poeta Eduardo Cote Lamus y su esposa Alicia Baraibar hubo tres hijos: Pedro Jaime (nació en 1959), Elena Belén (nació en 1960) y Ramón Eduardo Cote Baraibar (nació en Cúcuta, en 1963).

El fotógrafo colombiano Pedro Cote Baraibar, ha vivido en México. Tiene una maestría en fotografía del Maryland Institute College of Art en Baltimore y estudió Filosofía y Letras en la Universidad de los Andes en Bogotá, ha trabajado como experto en Comunicación Institucional y Comunicación Estratégicas a lo largo de los últimos 25 años para varios organismos internacionales (...) (Cote, s. f.).

“(...) ha sido fotógrafo callejero durante muchos años y trabaja en un primer libro sobre imágenes infrarrojas” (Cote, s. f.). Entre otros roles se destaca el de ser “Coordinador de Comunicación y Enlace de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México” (Flacso-México, 2015).

Figura 35
Elena Cote Baraibar.



Fuente: Cote Baraibar (2016).

Figura 36
Ramón Eduardo Cote Baraibar.



Fuente: Festival Internacional de Poesía de Bogotá (2024)

Elena Belén Cote Baraibar, es la segunda hija del poeta, es odontóloga, casada y entiende muy bien el inglés. Ella como sus hermanos posee la misma categoría de cultura y señorío como muestra del legado de sus padres.

El tercer hijo es Ramón Eduardo Cote Baraibar, “(Colombia, 1963) Poeta, narrador y ensayista, graduado en Historia del Arte por la Universidad Complutense en Madrid”, casado con la arquitecta Ana María Acosta; es escritor; su prosa es superior a su poesía. Fue asesor del presidente César Gaviria y es miembro de la Casa de Poesía Silva. Escribió “Voces de la ciudad”. Heredó de su padre la pasión por la lectura y por la creación literaria.

En el año 2003 Cote Baraibar publica “*Colección privada*”, libro con el que gana el III Premio Casa de América (España). Su siguiente poemario, titulado “*Los fuegos obligados*”, ganó el Premio Unicaja de poesía, que fue otorgado en Cádiz por José Manuel Caballero Bonald, entre otros miembros del jurado. El escritor cucuteño ha preparado dos antologías de poesía para la Colección Visor de Poesía: *Diez de ultramar*. “*Joven poesía latinoamericana*” (1992), que tiene dos ediciones

y “*La poesía del siglo XX en Colombia*” (2006). Se encuentran dos antologías de poemas suyos: “*No todo es tuyo, olvido*” (publicado por la Universidad Nacional de Colombia en 2006) y “*Hábito del tiempo*” (editado por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá en 2015).

Figura 37
Hijos y esposa de Cote Lamus.



Fuente: Cote (2018). *Nota.* En la fotografía aparecen de izquierda a derecha Ramón Eduardo Cote Baraibar, su señora madre Alicia Baraibar de Cote, Elena Belén Cote Baraibar y Pedro Jaime Cote Baraibar. Tal es la eminente familia que, habiendo recibido la herencia intelectual y humanística de su padre, camina por las rutas del éxito y del buen nombre.

En diciembre de 2017 publicó en la Editorial Planeta la “*Antología de la poesía colombiana contemporánea*”. Entre su obra literaria tenemos: “*Poemas para una fosa común*” España 1984, Bogotá 1985 y 2006; “*Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de Delicias*” Caracas, 1991; “*El confuso trazado de las fundaciones*” Bogotá, 1991; “*Diez de ultramar*” Madrid, 1992; “*Botella papel*”, Bogotá 1999 y 2006; “*Páginas de en medio*” Bogotá, 2002; “*Colección privada* Madrid”, 2003; “*Goya, el pincel de la sombra*” Bogotá, 2005; “*La poesía del siglo XX en Colombia*” Madrid, 2006; “*Tres pisos más arriba*” Bogotá,

2008; “*Los fuegos obligados*” Premio Unicaja de Poesía, Madrid, 2009; “*Feliza y el elefante*” Bogotá, 2009” (Cote Baraibar, 2024).

1.12 Anécdotas parte histórica de su vida

En la existencia de Cote Lamus, hay muchas anécdotas que coadyuvan en el enriquecimiento de su personalidad. Cuando viajaba por el área rural se quedaba en casa de campesinos y se acostaba sobre cueros de oveja. En una ocasión estaba tomado y se había acostado en algunos de ellos en el suelo. Cuando despertó dijo ¡ala! Carajo, ¿qué le pasa a esta cama que uno no se puede bajar al suelo?

En otra ocasión, en España departía con algunos compañeros y estaban hablando del abate Rafael Faría Bermúdez. Cuando el padre iba pasando, los oyó: Entró, los saludó y les dijo que ese era su apellido. Los muchachos se quedaron verdes del susto. ¡Qué se iban ellos a imaginar que el padre Faría estuviera por allí!

María Mercedes Carranza cuenta que:

Casi recién salido de su comarca de Cúcuta dejaba ver el asombro de quien descubre el mundo. Pasaba las penurias económicas de los estudiantes e incurría en una bohemia que hizo historia en el Madrid de entonces: Cuando supo que una botella de brandy valía apenas dos pesetas decidió comprar todas las existencias del bar donde se encontraba, lo hizo cerrar y con los desconocidos parroquianos que allí había se lo bebió, gastándose así los viáticos que su padre le había dado para pasar los primeros meses en el exterior (Carranza, 1984).

Como buen hijo de finquero, Cote Lamus era excelente jinete en las fincas de “Toledito” ubicada en Toledo (Norte de Santander); en la “Chamba” en Bámbega, donde aprendió a cabalgar con estilo. Una vez en una feria, le consiguieron un caballo brioso, algunos amigos que estaban animados querían verlo caer. Él se subió al caballo, este brincó y pataleó, pero Cote Lamus lo manejó y siguió cabalgando tranquilo. Los demás lo miraban con admiración y respeto.

Cuando Cote Lamus, estaba en Alemania lo llamaron porque su padre estaba gravemente

Figura 38

Cote Lamus, departiendo en el Club de Comercio de Pamplona.



Fuente: Navarro Cote (s. f). **Nota.** Archivo fotográfico. Nota. En la fotografía aparecen de izquierda a derecha Graciela Carrasco de Hernández, su esposo el Dr. Enrique Hernández Pérez, el poeta Cote Lamus y su esposa Alicia Baraibar de Cote, departiendo en el Club de Comercio de Pamplona.

enfermo. El vuelo se demoró porque había un paro en la empresa de aviación. Luego de continuar el viaje, llegó ansioso a casa hasta el lecho donde estaba su padre y le dijo: “Padre mío” y don Pablo Antonio le contestó; “Llegó mi caro turista, caro a mi bolsillo y caro al afecto”.

En otra oportunidad alguien le dijo: “Lalo te están atacando mucho en la prensa”. Él contestó: “No te preocupes, el día que ya no hablen nada de mí, sí me preocupo porque me estarán olvidando”.

En su infancia Cote Lamus, fue muy inquieto y juguetón, su prima Consuelo Navarro Cote recordaba que ella había quedado huérfana, y la trajeron a casa de los tíos Cote Lamus en Pamplona y su primo Eduardo, le metía las muñecas en el agua y salía corriendo; se comía todas las fresas y frutas y la dejaba llorando.

Su afecto hacia la ciudad de Pamplona lo expresaba diariamente con el buen genio e ingenio y con la chispa que tenía. Una vez estaba en Cúcuta y lo llamaron para contarle que habían implementado una fábrica de sombreros y él dijo: “Las cabezas para esos sombreros están en Pamplona”. Destacaba en esa forma la inteligencia que ha caracterizado siempre a los pamploneses.

1.13 Cote Lamus, el político

Como se dijo antes, Cote Lamus desde muy joven participó activamente en Política. En 1957 se entregó de lleno a ella. En 1958 perteneció al Movimiento Independiente del Conservatismo que era opuesto al de Laureano Gómez. Por esta época, Cote Lamus, fue elegido a la Cámara de Representantes por el Departamento Norte de Santander (1958-1960). Fue representante y Senador de la República y se destacó por la fuerza convincente de su verbo, mediante la sustentación de argumentos certeros y el desarrollo de temáticas impactantes por su contenido socio-político. Le gustaba el contacto con las muchedumbres y se acercaba a ellas con sencillez.

En plena campaña política, en los municipios de Norte de Santander uno de sus más fervientes e incondicionales seguidores fue Enrique Flórez Faillace, amigo desde que estudiaban en el Colegio Provincial. Recorrió muchas regiones del territorio nacional buscando adeptos para su campaña de ascenso y búsqueda del poder. El periodista Cicerón Flórez Moya, conoció de cerca el plan político que “Lalo” tenía previsto para su presente y para el futuro. Lo admiró como poeta y como intelectual, ocupaciones que desgranaba en charla con sus amigos y allegados: “(...) en un ambiente de celebración de la palabra, salida de sus sentimientos, de sus vivencias y de su conocimiento” (Flórez, 1994, p. 93).

Figura 39
Cote en campaña política en Norte de Santander.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia.

Cote Lamus:

(...) se afilió desde su comienzo al Partido Conservador, ya su servicio se entregó por entero, dando de sí todo cuanto era posible a su juventud apasionada y brillante (...) al servicio de la campaña por la candidatura presidencial del Doctor Mariano Ospina Pérez se dedicó con denuedo, hasta su culminación en 1946 con el triunfo de Ospina, candidato de la Unión Nacional, contra los contendores del Partido Liberal, los doctores Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán (Parra, 1994, p. 28).

Figura 40
En campaña política.



Fuente: Ramírez (1994). *Nota.* 30 años de ausencia

Coincidía esta época (1946), con la terminación de sus estudios de Bachillerato en el Colegio Provincial. Cuando el 1947, viajó a Bogotá estuvo relacionado con los altos círculos del conservatismo, especialmente con Gilberto Álzate Avendaño, a quien admiró y respaldó siempre, lo mismo que a su movimiento, hasta más allá de la muerte de este político. Todas estas actividades políticas lo dimensionaron políticamente y su nombre fue creciendo poco a poco en los círculos intelectuales y políticos.

Cuando en 1954 regresó de Alemania, Cote Lamus, hizo parte del Conservatismo Independiente con Alzate Avendaño, Jaramillo Arrubla Cástor, Hernando González, Humberto Silva Valdivieso y Aurelio Caicedo Ayerbe, se unió al Doctor Lucio Pabón Núñez, jefe del Conservatismo en Norte de Santander.

La divulgación de sus ideas y de su pensamiento político la hizo desde el Radio Periódico y el Semanario “El Viento”, creados por él.

El 6 de noviembre de 1958, en una intervención hizo:

(...) un detallado análisis de la gestión del general Rojas Pinilla; se refiere al respaldo que él recibió en los inicios de mandato, de los errores en los cuales incurrió, de la defensa hecha por la actitud que constituía objeto de la proposición de acusación (por abuso de autoridad e indignidad propuesta por el Representante Mario Latorre) hecha por el periódico El Tiempo y por personajes de la talla de Alejandro Galvis y Calibán, para concluir pronunciando su voto negativo” (Parra, p. 30).

Figura 41
Doctor Eduardo Cote Lamus, senador.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia. En la fotografía aparecen el Doctor Eduardo Cote Lamus, senador; a su derecha, el entonces presidente del Senado y el presidente de la República Guillermo León Valencia.

Sus discursos giraron, siempre en torno a la política, al capitalismo, a la cultura y a situaciones sociales, luchaba con su verbo para que los problemas de los más necesitados y de las clases más desfavorecidas del país fueran solucionados. Sus correrías por la patria colombiana le permitieron captar la miseria, el hambre, la explotación y la injusticia.

Fue Cote Lamus un aguerrido orador que recusó a gobernantes nacionales y departamentales, rechazó fuertemente la función

de la Radio-difusión y de la Televisión colombiana e hizo severas críticas al laureanismo. El doctor Parra (1966), afirma que Cote Lamus fue apasionado por la política, lo que demostró con una actitud vertical recursadora, decidida y coherente.

El poeta y político “pamplonés” siempre comunicaba lo que hacía, recordaba tiempos y espacios; a los amigos y familiares y comentaba temas y libros leídos con la entrega del lector ideal. Tomaba partido por quienes estaban en el oficio del escritor y por quienes le acompañaban y respaldaban en su

ideología política en el desarrollo del arte y de la cultura. En su cotidianidad de amigo y de político gustaba intercambiar ideas y opiniones sobre cultura, arte y poesía y a la vez las respaldaba impulsándolas desde sus buenos oficios de gobernante. En la década del 60 se desempeñó como secretario de educación y como gobernador del Departamento Norte de Santander cargo que desempeñaba en 1964.

Cinco años antes de su muerte, en sesión del 3 de febrero de 1959 siendo Miembro del Poder Legislativo en Colombia, criticaba el alza de buses así

La situación social creada por la crisis económica, la voracidad de los capitalistas y la continuación del mismo sistema implantado en el país desde hace mucho tiempo, y desarrollado ahora llevándolos a las últimas consecuencias, con un régimen que es vocero únicamente de las clases oligárquicas, hace indispensable que esta Corporación tome conciencia de sí misma y se decida a afrontar los problemas, es decir, que exija al gobierno soluciones rápidas y eficaces a la situación social que vive en país... (Parra, p. 30).

Siempre se preocupó por las clases más pobres e intervenía ante instancias superiores en búsqueda de soluciones a sus conflictos. En sus preocupaciones políticas, y cuando veía que el país se desmigajaba entre la miseria y la pobreza, la muerte y la violencia recusa estas con el poema “A un campesino muerto en la violencia”.

No sabías escribir, pero en tu mano
el arado era tu lenguaje,
y cuando así la tierra te expresaba
la voz se te volvía más suave.
Tu corazón, el agua, el viento
pasaban con el río.
Tu palabra fue la densidad del aire
y la luz toda su alegría.

Un día sin saber por qué, sin que supieras
que la muerte venía
te quitaron la vida.

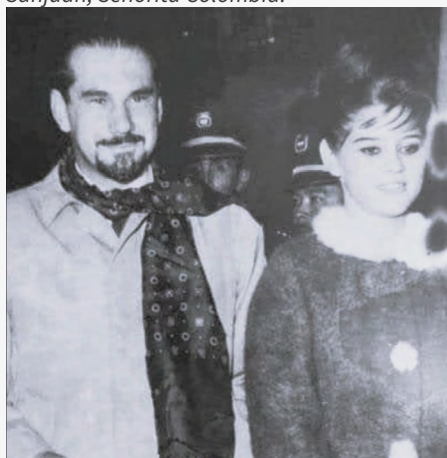
El cielo alzó la frente
como si lo llamaran de lejos.
Tus ojos dulces, más que el horizonte:
todo muerto mira como un hermano.

Después
te sembraron igual que una semilla:
tu silencio cubierto por un árbol
dejó borrado el crimen.

Tramaron las raíces sobre ti
su vida. Pero aún te escucho
respirar en las ramas (p. 229).

En este poema se patentiza el dolor de patria del poeta y su sentido filantrópico, el amor a la tierra campesina y la injusticia social contra el hombre dedicado a las faenas del campo.

Figura 42
El Gobernador Dr. Cote Lamus y Leonor Duplat Sanjuán, Señorita Colombia.



Fuente: Álvarez (s. f.). **Nota.** Leonor Duplat Sanjuán, señorita Colombia única que ha tenido Norte de Santander, ella fungió como secretaria de la Gobernación del departamento.

Luis Fernando Niño dijo en el 2021 que:

Cote Lamus fue un Gobernador de Norte de Santander, de alto cargo como decían muchos, era un gobernador letrado pero cercano al pueblo. Era político y uno de los más altos intelectuales de la época. Sobresalía por su elegancia y por sus discursos plenos de contenidos trascendentales. Reconocido local e internacionalmente por su participación en el Grupo Mito. Se destacaba, además por su lenguaje culto y de finura al hablar. Vivió para la poesía, aunque vinculado a la política, murió declamando poemas” (discurso en los 57 años de la muerte de Eduardo Cote Lamus).

Tenía amigos de todo color político. En las tiendas se sentaba en bultos de café, amaba el campo, departía con los campesinos.

1.14 Vivencias: Alto San Juan y Atrato

Una rápida mirada y recuento permiten acercarnos al periplo de Cote Lamus por estos maravillosos parajes colombianos. En 1958, viajaba Cote Lamus por el Chocó, hacía parte de una Comisión de la Cámara de Representantes, recorrió el Río San Juan en el mes de septiembre, y en ese periplo fue descubriendo simultáneamente el río, la selva y los describió en prosa poética. El río se le asemeja al animal más grande de la manigua que: “Cordial: abre

sus aguas, se expande igual que los brazos en ademán de abrazo, se hace límpido, tierno...” (Cote, 1959, p. 347).

En la siguiente fotografía Eduardo Cote Lamus con Emilio Tichiliano y dos de sus tres mujeres en Bellavista, Chocó. Septiembre de 1958. Cortesía de los Herederos de Eduardo Cote Lamus. Ramón Cote habla a propósito de la nueva edición del Diario del Alto San Juan y del Atrato, escrito hace 64 años por su padre.

Figura 43
Cote Lamus en el Chocó.



Fuente: Rincón (2023).

Después visita Andagoya donde viven americanos y gente de color, observa cómo aquellos les pagan sueldos de hambre y cómo explotan a los negros. El poeta viaja por Condoto e Itzmina donde estuvo cerca “(...) de la horrible situación social de sus habitantes” (Cote, 1959, p. 349).

Figura 44
Eduardo Cote Lamus durante su viaje al Chocó.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia.

Pasa por Nóvita, “ilustre aldea chocoana”, con iglesia que para el poeta es una “verdadera joya del barroco colonial”. Pienso, cómo lo real maravilloso de América Latina impactó en esos lugares al poeta nortesantandereano. En esos solitarios parajes encuentra yankees que roban los minerales

del país cerca al río Timaná y del pueblo de Opogodó. Y lo insólito del periplo, ocurrió cuando Cote Lamus llegó a Andagoya y encontró a un personaje de nombre Tobías... quien le habló de Literatura y además de la Revista Mito, la cual conocía como a sus poetas, así lo real maravilloso de América hace presencia en su vida y en su obra.

En el registro topográfico que realiza poco a poco el poeta viajero, se observa el detalle oportuno y real de los personajes que encuentra, así como de los sitios y lugares que va descubriendo con sus compañeros de viaje. Pasó por el pueblo de Tadó y de allí por el río San Juan fue a Bocarnís y Cértegui. El periplo continúa hacia Quibdó, por el Atrato, entró a la aldea de Tagachí y Buenavista pueblo alegre, cosmopolita cercado de ríos y de selva donde el alemán Herr Robert Koschmieder, amigo de Cote Lamus, caza cocodrilos.

En los pueblos que conoce, al ver la pobreza y la desigualdad de sus habitantes y pobladores, Cote Lamus dice: “Al escuchar las quejas de esas gentes... me llenaba de un remordimiento patriótico, porque el país ha hecho sin quererlo una segregación infame con el Chocó” (Cote, 1959, p. 362). Sin quererlo toda vez, los colombianos hemos sido racistas sumando este hecho, a la falta de tolerancia y de sentido humano y aún en pleno siglo XXI el pueblo de Chocó sigue con pobreza y con falta de cuidado por parte del gobierno.

En este viaje el poeta siente la necesidad de escribir versos y elabora unas coplas populares, muy pícaras, a partir del recuerdo de unos versos del poeta español Luis de Góngora y Argote que había aprendido en la infancia y los coloca como epígrafe:

*“Se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena”
Góngora*

La negra Josefa tiene
muchos cuerpos para dar:
unos los deja en la cama
y otros lleva en el andar.

La garza sola en el día
es luna de Opogodó;
el sol es blanco en la boca
de Anita de Apartadó.

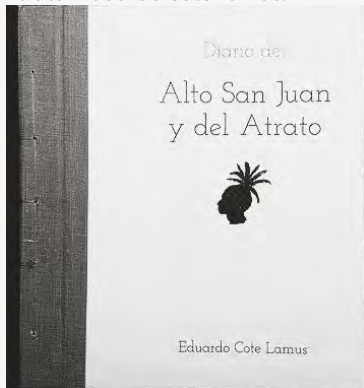
El oro lo roba el gringo,
el plátano el panamá;

no queda sino tristeza
y remá, remá, remá.

Ya todo es luz y silencio,
sube el negro río arriba,
la tarde se le desploma
al son del agua en el remo,
al son del remo en el agua.

El día se pierde en la selva,
la noche sale a pescar:
vale decir que es un negro
que nada puede olvidar (Cote, 1959, pp. 362-363).

Figura 45
“*Diario del Alto San Juan y del Atrato*” Eduardo Cote Lamus.



Fuente: Goodreads (2017)

Cote Lamus hombre preocupado por la situación caótica y de miseria de las gentes del país; al ver en Bellavista, cómo se roba la producción de banano, por parte de un barco panameño; cuyo capitán aprovechando la soledad de esas zonas colombianas y la carencia de vigilantes, paga ínfimamente el banano a los negros analiza el hecho y dice: “El gobierno debería formar allí una cooperativa de producción y aportar los medios de transporte para que el negocio sea más productivo” (Cote, 1959, pp. 362-363).

Por tierra del Chocó, Cote Lamus, recusaba también la forma como “El blanco explota al negro. Lo tiene en condiciones de inferioridad. Se organiza y como dispone de medios de trabajo y cierto conocimiento del negocio en poco tiempo hace algún capital” (Cote, 1959, p. 363).

También el negro explota al indio y lo trata en la misma forma como él es tratado. “Les engaña dándoles a cambio artículos de primera necesidad” (Cote, 1959, p. 364). El indio es entonces reservado con el negro y sumiso con el blanco. “Es una cadena de resentimientos en medio de la manigua y al borde de los ríos más bellos del mundo” (Cote, 1959, p. 364). Son impresiones personales dejadas en la escritura, con la capacidad de emoción al conocer

un fenómeno literario sufría viendo las poblaciones miserables y a los hombres condenados a trabajos rudos.

El poeta nortesantandereano viajando por Riosucio pensaba en la posibilidad de que el gobierno construiría un canal en el Atrato: “Pero, claro está, intereses extraños hacen que el tema sea prohibido y la mentalidad de unos pocos hacen que el país viva de rodillas ante los yankees” (Cote, 1959, p. 365).

Desde la perspectiva de hoy, se infiere la gran visión que tenía Cote Lamus del

poder del país del Tío Sam. Tanto tiempo ha sojuzgado a los pueblos y aún seguimos de rodillas. Había en el poeta un cierto resentimiento y se observa un sentido anti-nordómano (rechazo a políticas del poderoso país del norte).

Figura 46

El poeta en el Chocó.



Fuente: Castaño Guzmán (2023). *Nota.* Foto cortesía de los herederos de Eduardo Cote Lamus. El poeta viajó al Chocó en calidad de parlamentario y dejó un testimonio de la vida al borde de la selva y el río.

En lenguaje y estilo exuberantes presenta la selva, los ríos y los pueblos del Atrato y del Chocó; ellos presencian una narración barroca plena de enumeraciones, detalles y de realismo sensorial que se desprende del paisaje vuelto “palabra” en la comparación con

los personajes y plantas primigenios mitologizados o hechos leyenda por el tiempo y que son “nombrados” por el poeta. Allí tienen su espacio Dabaibe, la mujer que vino del cielo, y que fue confundida con el Dorado por los españoles; Malambó, la Gomitadora y Canine quienes sendamente son buenos para curar la esterilidad de las mujeres, matar peces y cicatrizar heridas. No podían faltar estos seres primordiales en un entorno latinoamericano bravío e impactante por la fuerza de la naturaleza, especialmente presente en las chocosanas.

Con los representantes de la Cámara: Machado, Lozano Garcés, Torres Poveda; Delgado y Restrepo (sic); Cote ya está listo para terminar su periplo político por tierras del Chocó. Para que el viaje fuera completo tenían que pasar en la Costa del golfo de Urabá por Turbo y otros lugares que les permitieron vivenciar una chocosana, especie de borrasca, tempestad y lluvia fuerte (a la manera vivida por el innominado en la novela “Los Pasos perdidos” de Alejo Carpentier). Cote Lamus describe con magistrales trazos e imágenes impactantes de naturaleza y el fragor de la tempestad en el Chocó:

Las estrellas perecen en el cielo y los bejucos ahorcan los árboles. Todo está ben movimiento. Todo se mueve desde sí mismo y rodeándolo todo, abarcándolo todo, la tempestad. Parece que nada sea real y que las cosas se muevan dentro del cono de una tromba. Como si el Atrato se hubiese puesto de pie y ejecutara una danza pavorosa al son del canto de guerra de los elementos. Los hombres no son sino exclamaciones, interjecciones, y la mano segura del lancero que de pronto logra pasar las leguas y las leguas de la “chocosana”. Atrás ha quedado la lluvia y el río que es como un látigo en manos del huracán. Adelante unas cuantas luces y al llegar a Riosucio nos parece que hubiéramos resucitado (Cote, 1959, p. 370).

En este inquietante paisaje se destaca la exuberante naturaleza en Unguía, la situación social y económica de sus gentes es mejor. La cercanía al mar y los grandes aserríos que se explotan más fácilmente, hacen que se superen muchas penurias. Sin embargo, los colombianos en esas zonas están muy alejados de la vida del país.

Estas tierras impactan al poeta quien desde niño empezó a amar el Chocó cuando dibujaba su mapa en el de Colombia y destacaba con su lápiz el cauce de los ríos y sus desembocaduras, pintaba las ensenadas, deltas y bahías; los picos y las serranías, a la vez, que subrayaba las islas, los morros, los ríos, los afluentes y los pueblos.

Cuando ya el mapa estaba listo lo miraba desde lejos y me parecía una muchacha. Y pensaba que los ríos, esos de nombres tan sonoros, no eran la realidad. Veinte años después he comprobado que el Chocó es un cuerpo de negro lanceado por las armas fluviales de las lluvias y los ríos, desnitrado, abandonado a las enfermedades y a las plagas, tragado por la selva y la codicia y bajo el duro sol (Cote, 1959, p. 371).

La naturaleza apasionó siempre a Cote Lamus. El haber vivido su infancia y parte de su vida en la finca de sus padres le fue dando las herramientas estéticas y la apropiada sensibilidad para describir y cantar el paisaje, la fauna, la flora y para cabalgar con soltura.

Ese sello terrígeno de su periplo por el Chocó, también lo tienen muchos de sus poemas y los dos cuentos: “Matacho” y “Estampa nocturna”.

Uno de los poemas no incluido en libro donde exalta el sentimiento de afecto por el terruño es “La tierra es el comienzo de las cosas”.

En este poema “La poesía pinta” en logrados versos e imágenes la maravilla de la naturaleza:

De tierra es la embriaguez, de tierra el vino,
la dulzura del agua y si se quiere
la luz en la que el surco se concluye;
en la tierra comienza la semilla
a ser cuna del pan, y las palabras,
como el amor, también son de la tierra.
La boca del destino está colmada
de tierra donde la muerte germina:
de allí que la existencia sea en el mundo
el sabor de los labios. El camino,
porque siempre hay camino, es todo tierra:
igual al vientre, el viento, la nostalgia.
Los sueños dejan una huella abierta
para que entre la muerte. Pasa el hombre
bajo su piel de días y a la sombra
de su sombra que nunca lo traiciona
se descubre la tierra: sabe entonces
que lo suyo es de tierra, buena o mala,
polvo, ceniza, o barro, y, sobre todo,
cambia vida por actos en el tiempo
y los actos son piedras de molino
que muelen tierra, nada más que tierra (p. 335).

Este poema pleno de melodía rítmica, de paisaje natural se asemeja a los poemas del gran escritor alemán Hölderlin por ese efecto lírico y de brillante captación de la madre naturaleza principio y origen del Edén terrígeno, principio y origen de la armonía espiritual y humana del ser-en-el-mundo.

En relación con este viaje, Cote Lamus, escribe uno de los textos más poéticos en prosa. Se capta en ellos el afecto que siente a la persona a quien la dirige. Es una carta muy sensual y amorosa. Cuenta, con prosopopeyas y metáforas, cómo es la inmensidad del paisaje y los parajes del Chocó.

Querida a:

Creo que hubiese gozado en este viaje. Me parece verte con el pelo rubio en desorden por el viento y con los ojos fijos en la orilla. Mira, los ríos del Chocó son como tú. Algunos llevan su enigma en el fondo, en la arena y en las piedras del fondo, otros la llevan a flor de piel. Aquellos necesitan gran trabajo para encontrar el oro o el platino y van deprisa, huyendo de quienes lo laboran, estos son tranquilos, pero hay necesidad de comprender su lenguaje, basta abrir las manos, como una red y meterlas al agua.

El San Juan y el Atrato son dos ríos diferentes. El San Juan desemboca en el Pacífico, el Atrato en el Caribe. El San Juan es un río que se mueve, que da de beber al paisaje, el Atrato es tranquilo y a él llega el paisaje sediento, el San Juan tiene el oro en el fondo, por el Atrato cruzan mariposas amarillas en bandadas. El San Juan hace música, el Atrato es música. En el Atrato hay garzas de todos los colores, guacamayos, loros, tucanes con el pico mal puesto, pájaros de plumajes increíbles, en el San Juan las únicas aves son las nubes. La lluvia que cae sobre el Atrato es su propia agua, la que cae sobre el San Juan viene de lejos. En el San Juan se ve primero el rayo y después se escucha el trueno, en el Atrato el trueno y el rayo son simultáneos.

Amiga mía: es imposible hablarte de los ríos porque no se pueden describir, hay que vivirlos. Igual pasa con el idioma de los árboles, con sus danzas en el crepúsculo, con las letras anudadas en sus troncos.

En todo caso aquí hay verdad, se siente la creación. Esta mañana, el aire traía de la orilla el lamento del “Tío Guachupecito” “envuelto en un extraño polen que venía de la selva presagiando quién sabe qué cosas, que sólo sabe el mago.

Tiene la carta ese sello propio del poeta. La sensibilidad para captar la belleza de la naturaleza y llevarla a la palabra que impacta y emociona, esa es parte de su esteticidad. El sensualismo panteísta aparece en ella a través de los diferentes fenómenos naturales. Y es la palabra la que registra el ámbito natural en forma estética. Sólo quién ha sentido, quién ha palpado, quién ha conocido y vivenciado la naturaleza puede describirla con la belleza de las imágenes que ella contiene.

1.15 La muerte del poeta

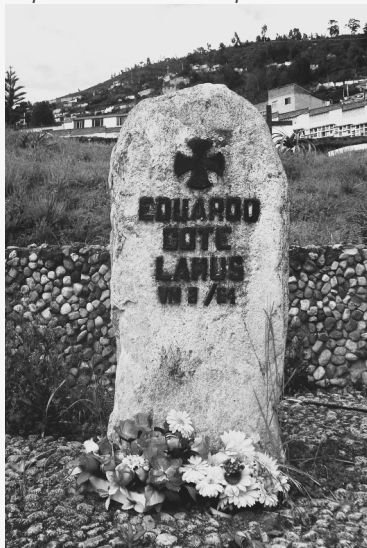
Valencia (1995), amigo de Cote Lamus desde la época de la Revista Mito dijo “... a su muerte Cote era un poeta joven, pero hacía rato que había dejado de ser un joven poeta” (Valencia, 1995, p. 80), con lo cual implicaba la muerte tan temprana (a los 36 años) del escritor nortesantandereano, pero también quería significar cuánto camino de hondura estética había ganado el poeta en sus últimos libros de poemas, y, cuánto espacio había ganado en el campo del profesionalismo.

El dos de agosto había departido durante muchas horas con amigos en Pamplona y habló todo el tiempo de la muerte, como si en su alma, en su espíritu y mente la premonición estuviera cercana. Algunas versiones dicen que a “Lalo” lo habían nombrado padrino para inaugurar las centrales eléctricas durante el día.

Regresaba de Pamplona a Cúcuta, después de haber inaugurado la Electrificadora, cuando su carro, se estrelló en el sitio La Garita, contra un árbol falleciendo trágicamente el 3 de agosto de 1964. Dijo Gómez (2021) que:

El poeta Eduardo Cote a las once de la mañana de ese 3 de agosto, tenía cita con el Presidente de Colombia Dr. Guillermo León Valencia, de quien recibiría el nombramiento como Ministro de Educación Nacional, pero él no lo sabía” (Diario La Opinión).

Figura 47
Tumba en el Cementerio
Arquidiocesano de Pamplona.



Fuente: Arciniegas (2012)

Al respecto Alberto Rodríguez, en su artículo “Las últimas horas de Eduardo Cote Lamus fueron de mustia alegría”, publicado en La Opinión el 18 de agosto del 2019, expone algunas ideas que citamos textualmente y otras de las cuales hacemos un resumen “12 de agosto de 1964, el gobernador Eduardo Francisco Cote Lamus, asistió desde muy tempranas horas a una serie de actos en Silos y Chitagá, y el espirituoso aguardiente de las rentas de Norte de Santander, hizo su esperada aparición”.

El mandatario recibió varias copas de parte de sus allegados y en el ambiente reinaba una triste euforia que presagiaba algo extraño, fácil de percibir, oler y aún de respirar. Los tragos inspiraron a muchos, los discursos tomaron diversos rumbos, pero en el fondo tocaron el mismo asunto, en torno a la presencia del poeta de la

muerte aparecido por allí, el fraternizaba hasta el éxtasis con sus viejos amigos y recordaba historias de la provincia de Pamplona, investido de primera autoridad del Departamento en el gobierno de Guillermo León Valencia. Su nombre en ese momento tomaba fuerza para ser designado ministro de Educación.

Sus amigos le recordaron a Cote Lamus un compromiso en Pamplona. El chófer oficial listo para viajar era Ramiro Acevedo, revisó el auto y al rato arrancó con el jefe en el puesto trasero, pero nunca llegó a pensar que al lado del escritor también tomó asiento una intrusa, la alegórica silueta con su macabra guadaña.

Llegaron a Pamplona llovía, algunas gotas caían del cielo, parecían flores desgajadas de las coronas de un entierro, esos viejos sepelios entre gemidos, cánticos, ruegos en latín y el lúgubre tañido de las campanas de los cementerios de las neblinosas ciudades chicas.

Fiesta

A la seis de la tarde cuando apareció el cantor con su oscuro presagio, la fiesta estaba a reventar, habían bautizado a un niño, se escuchaba La pollera colorá, los mosaicos de la Billos, de los Melódicos y lo esperaba el joven Silvio Ramírez, amigo cercano de Cote Lamus, con el cual había programado el regreso a Cúcuta, al barrio Colsag, donde el aedo político tenía su residencia que compartía con Alicia Baraibar, su esposa.

Al parecer Cote Lamus sabía que era el último baile de la vida o la gran fiesta para entregarse al servicio de la muerte. Se divirtió desenfrenado, mimó al menor bautizado, entonó rancheras, lanzó gritos estridentes, parecía aireado de desquite ante la amenaza de la perenne tristeza, compartió en alto el cáliz sin tapujos y en un arranque a su manera de ser se reservó la última canción y bailó. Se sentía un aliento caldeado. Se le notaba de lejos la sonrisa del que parte sin regreso.

Figura 48
Silvio Ramírez y su esposa Cecilia Ayala.



Fuente: Rodríguez (2019)

Viajan

Cote Lamus subió por jerarquía primero al auto, lo siguieron Silvio Ramírez, su bella esposa Cecilia Ayala y Ramiro Acevedo, tomó el rumbo de la Villa de Juana Rangel de Cuéllar. Al llegar a los transmisores de Radio Pamplona, Cote Lamus mandó a detener el auto y luego de cantar lo que pudo devolvió al suelo la dosis líquida, que no era capaz de llevar más tiempo en su tracto urinario.

A continuación, se dedicó a lamentar la temprana muerte de Jorge Gaitán Durán, a relieves su profunda creación y otros desvaríos en medio de la borrachera que se le convirtió en epitafio. Se quejaba como un niño en torno a la intransigencia de la muerte y su maldito oficio de despoblar el mundo.

Presagio

De acuerdo a la leyenda popular, la huesuda cada vez que encuentra a un elegido deja a lo largo del camino huesos, sangre, músculos, pelos, dientes, moscas, miedo ajeno, alimento que la complace para su temible fin, entre ropa obscura, trapos morados y murmullos de oraciones tal se concebía a la fatalidad en tiempo colonial.

El vehículo llegó a zona caliente y en la recta de Corozal el versificador ordenó nuevamente detener el viaje y se ratificó en su condición de ser de aguas. Silvio Ramírez desde la doce de la noche al abandonar la parranda sintió una extraña sensación nada festiva, y en su momento, decidió pasarse con su mujer al puesto delantero para que el mandatario viajara más cómodo, acostado.

El poeta tambaleante penetró al ataúd de latas con motor y cambios de velocidad, un Chevrolet negro, modelo 1962, para emprender la bajada de la “Ese” que lleva a La Garita. Silvio Ramírez sostiene que la emoción era pesada, no se sentía bien, notaba la presencia de algo extra en la máquina, pero no era capaz de definir el origen del fenómeno.

Muerte, maldita, muerte

El literato siguió protestando por la desaparición de su amigo, inmenso poeta, ensayista, escritor prolífico, cuentista genial, traductor, generoso en todo sentido, Jorge Gaitán Durán.

Al terminar el peligro descenso Silvio Ramírez se colocó en posición fetal contra el tablero del coche y al llegar al puente escuchó a Cote Lamus llamar nuevamente a Gaitán Durán mientras gritaba: “Muerte, maldita muerte”. Fueron segundos, en casi sesenta metros se quedó dormido, lo despertó un fuerte impacto y al mirar hacia arriba vio las hojas de un árbol, su mujer a un lado desmayada, trató de auxiliarla, quiso hacer lo mismo con el gobernador, pero un profundo dolor en la pierna izquierda se lo impidió. No era para menos, el fémur izquierdo y el tarso se le había roto en siete partes.

Perdió el conocimiento y días después despertó en el hospital para que el juez Alfonso Peña Rangel, le recibiera la declaración facilitadora de la libertad del conductor, involucrado en un homicidio culposo por exceso de trabajo y poco sueño. El nervioso chófer se había dado a la fuga y luego se entregó con el abogado Luis Roberto Parra.

Desde ese lunes aciago, tres de agosto, su vida quedó marcada para siempre y debido al paso del maestro tiempo, lejos de los infundios contra la Señorita Colombia, Leonor Duplat, el doctor Ramírez, economista residente en Estados Unidos, decidió romper el voto de silencio convertido en elegía para su amigo que lo buscó para ser testigo del final de sus días y el principio del viaje para siempre.

Tragedia

Su amistad con Cote Lamus le trajo su desgracia. Tan pronto pudo levantarse empezó a dar saltos de gloria, rayuela o semana apoyada en muletas como cualquier matador de cartel, en plan visitar a su mujer que se fracturó el cráneo y duró inconsciente dos meses hasta el normal nacimiento de su primer hijo, José María, hoy sin problema alguno, arquitecto en Holanda.

Ambos guardan las cicatrices del duro episodio, pero por más distancia tomada y aparente ventaja, no ha podido sacar de la memoria la madrugada, en que el representante del reino vegetal le salió al paso como un peatón orate y cambió para siempre la mente de la región... su historia.

En La Garita quedaron los sueños de Cote Lamus, su libro Estoraques inspirado en Thomas Stearns Elliot y Octavio Paz. También legó otros textos entre estos Preparación para la muerte y su poema premonitorio incluido en el libro La vida cotidiana: El disco rayado que en uno de sus apartes dice: “Las quijadas rotas, los húmeros rotos, defenestrado y las plañideras lamiéndole la sangre” (Crónicas de Cúcuta, 2018). Casi fue así, apenas faltó que el poeta hubiera sido expulsado por la ventana, para que se diera la condición de defenestración.

Al otro día entre las salvas en su honor en la iglesia San José, frente al cadáver, sus enemigos partidistas dejaban caer desde las mejillas hasta el ombligo enormes lágrimas para cumplir el vaticinio de: “*Las plañideras lamiéndose la sangre*”.

Silencio

La muerte del gobernador poeta fue un escándalo nacional conocido en el mundo a través de las agencias noticiosas. A cincuenta y cinco años de su extinción, de haber entrado al campo de la parca, nadie se acuerda de él, anota Silvio Ramírez.

Ya no comentan de la generación trágica, de los tres nortesantandereanos: Gaitán, Cote y la ceramista Beatriz Daza. No lo mencionan en los discursos políticos, no lo consideran padre de la Patria, excepto algún bohemio listo

a libar gratis, profano de su obra, que lo cita en reuniones de la sublimidad báquica, en forma obligatoria al repasar las letras colombianas.

Silvio fue y volvió con su familia, parece

el viento que lame el estoraje en reacción al destapar la soledad. Miró las estrellas, levó anclas en su momento y fijó el rumbo hacia Nueva Orleans luego de abrir la vieja marca que aún lo emponzoña... pero, ¿qué puede hacer si así es la vida y sólo basta esperar, a que llegue el turno del retorno al seno del planeta, en plena función del fuego fatuo? (Rodríguez, 2019, pp. 8-9).

Yolanda Capacho de Jaimes (comunicación personal, 28 de junio de 2024), dió testimonio sobre lo vivido el 02 de agosto de 1964 dijo:

Yo asistí con mi esposo el Dr. Benjamín Jaimes Parada a la fiesta de bautizo de un niño hijo de Pedro Rodríguez (Q. E. P. D.), a ella asistieron el locutor de Radio Cariongo señor Manuel Bautista (Q. E. P. D.) y su esposa Virginia Ramírez, Arnulfo Mendoza conocido como “Pepón” (Q. E. P. D.), entre otros personajes de Pamplona, en esa fiesta el invitado especial era el Doctor Eduardo Cote Lamus, padrino del bautizado.

De esa fiesta el Dr. Cote salió para Cúcuta en las horas de la madrugada del 03 de agosto de 1964 y en La Garita corregimiento cercado a Cúcuta, ocurrió el accidente; el automóvil en el cual viajaba se estrelló contra un árbol. El Dr. Cote iba dormido en la parte de atrás y el golpe que sufrió fue fatal, porque no llevaba cinturón, lo cual le ocasionó la muerte. Al chofer y a una pareja matrimonial (recordar que ese tiempo los automóviles tenían un asiento para tres personas, el chofer y otros dos), que iban adelante en el primer puesto no les pasó nada. Este es un testimonio real contado por doña Yolanda Capacho de Jaimes, quien estuvo en esa fiesta de bautizo.

Lo demás son versiones que surgieron después de su fallecimiento. A él lo velaron en un salón del Palacio Arzobispal y la multitud que asistió a su sepelio fue una muestra del aprecio que le tenían los pamploneses y muchas personas que vinieron de otros municipios y de Cúcuta a acompañar a sus familiares.

El día de su muerte, se perdió en el accidente el manuscrito del último libro que estaba perfeccionando meses antes.

Su muerte dejó un gran vacío entre los nortesantandereanos y pamploneses que el tiempo ha llenado Ligia Ramírez de Lara (comunicación personal, 2 de noviembre de 1999) con un: “... creciente sentimiento de admiración y gratitud por su obra que a todos nos enorgullece y estimula”, y, también pensaban lo mismo sus críticos literarios que veían en su inteligencia y fina

sensibilidad cultural, artística, personal y política, las características de un eminente ciudadano pamplonés y, de otro lado, según el historiador Eduardo Ángel Mogollón, porque:

Cote Lamus había sido un pilar de apoyo interesante en los inicios de la Universidad de Pamplona, siendo Secretario de Educación en los años 60 vino en varias oportunidades y tomó parte dinámica y activa en la constitución de esta casa de estudios. E. Ángel (Comunicación personal, agosto 24 de 1999).

Las gentes de Pamplona, de Norte de Santander y muchas personalidades de Bogotá y de otras ciudades del país, se hicieron presentes para dar el último adiós a este gallardo joven, intelectual y ciudadano.

Luis Fernando Velandia (comunicación personal, 15 de agosto de 1968), docente del Colegio Provincial San José, dijo a Eduardo Cote Lamus, "... al igual que a ciertos protagonistas de la tragedia griega, lo alcanzó la muerte cuando en el cenit de su gloria apuntaba el meridiano de su promisoría existencia".

Para Eduardo Cote Lamus

la muerte es el fin verdadero de la vida, no lo angustiaba. Reiteramos que tenía especial predilección por coleccionar fotos de mausoleos de piedras funerarias y epitafios. Miraba la muerte con "tranquilidad y consolación"; confesaba que desde joven nunca se dormía sin reflexionar en que no vería el día siguiente, y eso, según sus palabras no lo hacía triste ni intolerante a los ojos de los demás, por el contrario, le producía gozo la alegría, de saber que ella, la muerte estaba presente en cada momento de su existencia. La muerte es para nosotros y para el artista lo que concebimos de ella; la esperanza y salvación o la angustia y el terror (C. Villamizar, comunicación personal, octubre 30 de 1999).

En esta forma sencilla, de acercamiento a su persona y a su vida hemos encontrado sus voces, sus anhelos, sus preocupaciones existenciales y hemos tratado de verlo en su integralidad.

Su vida muy cercana a la vivencia de la muerte, desde niño (la muerte de su hermanito, la muerte temprana de la madre) lo marcó en su alma para retrotraer esa imagen al poema. Luego, la muerte inesperada de amigos, del padre, de familiares y la misma cultura de muerte que ha vivido, y vivía nuestra patria, en el momento histórico de la vida de Cote Lamus, explican por qué esa predilección por el tema, que en este espacio no se interpreta tanto por las razones anotadas, para dar trascendencia a temas antes no considerados en su análisis fenomenológico. Con su muerte se perdió una vida promisoría.

El presidente de la República, Guillermo León Valencia lo había escogido para que se desempeñara como ministro de Educación Nacional. En los días siguientes, a esta designación preparaba su retiro de la Gobernación de Norte de Santander, la cual ejercía a la fecha de su muerte. Su vida física yace en una tumba de Pamplona en donde reposan sus cenizas, pero lo que aún pervive es su palabra haciendo “Trascendencia” a sus anhelos de “Confesión a los 20 años”:

.....
Después de mí.
Después de mis tardes y mis caminos
se encontrarán mis pensamientos
en las raíces de los árboles:
y serán las manos poseyendo
mi presencia.

Después de mí.
Después de mi cuerpo y mi quejido
resonará en la plegaría
mi memoria:
y será la tarde entre la sangre
mi distancia (pp. 32 - 33).

Y del libro “Preparación para la muerte” sus anhelos de los veinte años:

.....
Y yo no quiero irme.
No quiero irme nunca de la tierra.
Yo no quiero irme, aunque me muera.
Yo ansío que se recuerden mis palabras... (p. 35).

La muerte era para Cote un escenario amplio donde la vida gravita esperando su fin, el hombre no escapa a ella:

La sombra soy de lo real (...)
Alguien intenta echar hacia delante
el tan grave lugar de su memoria
y camina, día, arriba, hasta su sombra
(..) que la sombra
es el cuerpo. Tal vez más: la conciencia.

La muerte pasa como anécdota cotidiana desde su consideración primera que era muy abstracta, hasta ser parte del contexto personal del autor, parte de su vida. El halo de la muerte ronda sus poemas. Como el visionario presiente su futuro, en los poetas de esta generación se dio una suerte de premoniciones que enriquecieron su estro poético.

La Universidad de Pamplona dirigida por el Doctor Álvaro González Joves, en convenio con la Gobernación del Departamento Norte de Santander, en cabeza Don Jorge Alberto García -Herreros Cabrera, inauguraron el 6 de marzo del año 2000, la Escuela de Cultura, Arte y Humanidades en el edificio donde funcionaba antes el Instituto de Cultura y Bellas Artes, creado por el Dr. Eduardo Cote Lamus y el padre del gobernador aludido.

Esta fecha marcó para Pamplona y para Norte de Santander un hito, porque se recuperó uno de los sitios que hará honor a sus fundadores a través de las disciplinas que tanto los preocuparon con motivo de la inauguración estuvieron presentes personalidades de gran renombre en el ámbito nacional e internacional como el Maestro Eduardo Ramírez Villamizar, el Ministro de Cultura, entre otros.

Para ese evento se presentó el siguiente poema de la autora de este libro, dedicado al Rector de la Universidad de Pamplona en ese momento Doctor Álvaro González Joves (Q. E. P. D.):

Elegía a Eduardo Cote Lamus

Disolviendo las fronteras del silencio
“he querido sacar a flote las palabras”,
porque en la noche de tu nunca
algo de tu ser se había perdido
y ahora abres desde el frío pedestal,
tu mirada a la región etérea
para agradecer que manos de arte,
resucitan el templo de cultura
que con denodado esfuerzo construiste.
Al resurgir del tiempo las cenizas,
cual ave fénix
tu imagen se presencializa
y sin dar paso al olvido
la palabra en la voz
nos lleva a tu pasado.

Tu padre que “empujaba los días y el molino”,
te enseñó la firmeza de la mano

consolidada en la imagen poética
para cincelar el verso
de LA VIDA COTIDIANA, con sabor a tierra
y ESTORAQUES, con sabor a tiempo.

De tu madre aprendiste “la ternura de las cosas”,
el ritmo musical de la palabra,
la facilidad para el relato,
y, el “amor de corazón y sueños”
que con genio sensible le ofrendaste
en SALVACIÓN PARA EL RECUERDO.
En el oficio tutelar de tus maestros,
afirmaste tu alma filantrópica
y afinaste la pluma y el poema
al calor de poetas españoles
para cantar LOS SUEÑOS indudables
y PREPARACIÓN PARA LA MUERTE
donde la luz se esconde,
y el hombre deshecho entre los sueños
desea (...) “nacer rompiendo alguna estrella
y morir ahogando una plegaria”.

Estar aquí,
es avanzar en el tercer milenio,
en un claro silencio de pinceles,
en un claro silencio de palabras,
donde sueño y muerte
se hacen vida,
donde vida y sueño te recuerdan,
en tus sonos de maestro distinguido,
en tu rol impetuoso de estadista,
en tu verbo potente y angustiado
que recusa la violencia y la injusticia
y fue tu numen, como siempre, en el estrado.
Nuevas estructuras expresivas y vitales,
adquiriste en Escocia y Alemania
y en España el estudio filológico
remozó tu estro para cantar en MITO,
con hondura estética,
las preocupaciones existenciales
y las preocupaciones sociales de la patria.

Corto de días fuiste.
La parca Adonis te llevó engañosa
y frente a un árbol enraizó tu vida
para asirse a la piedra milenaria
esculpiendo tu imagen y figura.
Como Otto zur Linde
la parca cantaste y presentiste,
e ineluctablemente con ella conviviste,
y amor, y soledad, y muerte, ayuntados en tus versos
quedaron para siempre en el parnaso.

Ayer eras una “piedra en ascuas bajo el sol”.
De ella y de las entrañas pamplonesas
un hombre de mente en la palabra
te hace despertar y te entroniza
“fijando metas en el esplendor
y acrecentamiento de la ciudad”
para avizorar en los artistas,
la sólida convicción de la excelencia.
Al abrir la puerta a corazones expectantes,
a la amistad perdurable y bienvenida
se abre este, tu espacio de la razón y del lirismo,
en manos de tus amigos tan queridos,
la cultura, el arte, el humanismo.

Los hijos de tu (...) “ciudad
como piel extendida frente al sol”
como piel extendida al horizonte
estamos aquí
perpetuando tu ser de colombiano autentico,
tu palabra de vate que trasciende el tiempo,
tu ser de artista y promotor de la cultura.
Y con la mano, mano que fue por ti cantada,
rubricamos con garbo y con donaire
este pacto de arte y poesía,
este pacto de cultura y altruismo,
y unimos con emoción educadora
a tus sueños nuestros sueños
empuñando la antorcha futurista
para bien de tu pueblo y de tu gloria.
Sueño, muerte, mano,

tiempo, poesía,
 ecos de tu poeta ser
 trascendieron el tiempo y la distancia.
 En los días y noches
 sucesivos estaremos aquí, como hoy,
 para ungirte nuevamente,
 en tu templo azul de Prusia que enmarca
 tu horizonte de estadista.
 El Alma Mater de Pamplona,
 que respaldaste, y con Faría construiste,
 te dice hoy y siempre: estoy contigo
 para que se cumplan tus anhelos.
 EDUARDO, tus anhelos:
 “Y yo no quiero irme.
 No quiero irme nunca de la tierra
 yo no quiero irme, aunque me muera.
 Yo ansío que se recuerden mis palabras (...)”.

Flor Delia Pulido Castellanos

Cúcuta, 6 de marzo del 2.000

Escrita por encargo del Dr. Álvaro González
 Joves, para la inauguración de la “Escuela de
 Cultura, Artes y Humanidades” en Cúcuta.

1.15.1 Itinerario fúnebre del poeta

Rubén Darío Becerra Roa, escritor y poeta venezolano,
 escribió este artículo publicado en el periódico El
 Centinela, San Cristóbal, el nueve (9) de agosto de
 1964:

Después de grabar algunas ideas incoherentes
 al saber la trágica noticia del silencio de uno de
 los mejores clarinetistas de la mitad de este siglo,
 perteneciente a la Sinfónica Poética Colombiana, me
 dirigí a la ciudad de Cúcuta para presenciar el último
 viaje del Poeta.

Cuando llegué a este Centro Comercial pude observar en las paredes de
 las casas, gran cantidad de avisos indicando el luto que embargaba a los
 colombianos y en especial a los lugares trajinados por el insigne bardo.

Figura 49
Sepelio Doctor Eduardo Francisco Cote
Lamus.



Fuente: Ortega (s. f.). Nota. Archivo fotográfico.

Reinaba como de costumbre en las primeras horas de la tarde un calor sofocante y se podía notar a simple vista mayor movimiento de vehículos motivo por el cual, los apesadumbrados peatones cruzábamos con dificultad las calles de este pequeño volcán en el que resonaban los clamores de la parca gris.

Pasé por la gobernación cuyas pesadas puertas se hallaban cerradas debido a que en esos momentos el féretro descansaba en la espaciosa catedral situada frente al parque Santander. Nunca más triste la casa de gobierno como en esos instantes en que se reflejaba la sombra de mi esqueleto caminando sobre sus solitarias paredes.

Las melodías sagradas entonadas por un coro del Conservatorio de Música de Cúcuta, se mezclaban con las roncas voces de los prelados que estaban oficiando el culto de los muertos. Como la marca de rostros sudorosos pálidos y compungidos, me impedía el paso, me vi obligado a esperar durante cierto tiempo, fuera de la catedral.

Por fin con incontenible ansiedad en mi espíritu, logré contemplar la urna que guardaba los despojos venerados del Poeta en hombros de sus familiares y amigos íntimos. Un inspirado orador dejó escuchar su voz elocuente dominando la impaciencia de la multitud. En seguida los clarines y el redoble opaco de tambores, saludaron en fúnebre entonación, la presencia del Poeta.

A continuación, tres detonaciones de fusil, profanaron la atmósfera quejumbrosa, llevando el eco de la pena, hasta el cielo enlutado. Mientras sonaban las explosiones ensordecedoras, aumentaban la claridad diurna iluminando las columnas del templo, que estaban engalanadas con unos paños negros de forma rectangular y con una cruz blanca que cubría de extremo a extremo, al uniforme oscuro de las pilastras de la catedral.

Al salir del recinto sagrado, me acerqué al sitio donde se hallaba el Poeta, pero ya lo habían acomodado en la funeraria, la cual tenía en su costado derecho, este rótulo distintivo: FUNERARIA YÁÑEZ. Detrás de la funeraria, estaba estacionado un lujoso automóvil negro con una bella guirnalda perteneciente a la delegación venezolana. A los pocos minutos comenzó la marcha de la caravana, escolta taciturna hacia la ciudad de Pamplona.

Muchas personas se situaron en las esquinas de la capital fronteriza para despedir los restos mortales del llorado trovador. El carro en que yo viajaba se movía a una distancia de una cuadra, con respecto al vehículo de la parca, que brillaba como un espejo negro, reflejando los rayos solares, simuladores de la tristeza reinante en aquellos momentos.

Encabezaba el desfile fúnebre un camión del ejército en el que iban unos cuantos soldados, creo que del batallón García Rovira de Pamplona, a

continuación, lentamente el Poeta recorría por última vez el trayecto que tantas veces oyó su cálido acento. Detrás del Poeta muerto, como queriendo protegerle, corría precavidamente un camión llevando en su parte posterior a varios policías con blancos cascos y miradas vigilantes.

Dirigí mi vista hacia el resto de la caravana que nos venía siguiendo, calculando su número en más de un centenar de automotores. En ellos traían todas las coronas de flores naturales y artificiales que había visto a la salida de la catedral. La marcha del interminable ferrocarril opaco se detuvo durante algunos minutos en el sitio donde perdió la vida el estimado Cote Lamus.

Continuó su camino el Poeta hacia el pueblo amado y al encontrarme frente al lugar de la tragedia un sacerdote estaba de pie protegiéndose bajo la sombra del árbol fatal. Dicho árbol presentaba en su robusta contextura, las heridas causadas por el estrellamiento del vehículo, en el que la muerte besó fríamente en un instante, los labios de la rosa montañés.

En este lugar apacible rodeado de robustos árboles fue donde se escondió la muerte para esperar tranquilamente al Poeta, que venía de Pamplona, dormido plácidamente, alimentando sueños para el otro día. La Garita, trágico escenario del último aliento del Poeta, recordará siempre a los viajeros que crucen sus dominios, la hora negra, la culminación de la jornada terrestre del Clarinetista Colombiano, que dejó a sus contemporáneos y a quienes desfilamos por los senderos de luces y sombras del vasto campo de la poesía, un pentagrama de armoniosas claves que han de estimular a los encargados de pregonar el amor, la amistad y la grandiosidad del universo, al que afortunadamente no ha traído al Rey Espacial, para que entonemos los himnos musicales, que ni la misma muerte puede hacerlos desaparecer.

De ahí que, al morir un ruiseñor, las ondas sonoras aumentan de amplitud, propagándose rápidamente alrededor del planeta y aterrizando felizmente, en los corazones que saben sentir y amar, las manifestaciones espirituales. La marcha del Poeta continuó paulatinamente hacia el pueblo, en el que había pedido que guardaran sus cenizas de bohemio.

Algunos choferes imprudentes trataban de acercarse al coche fúnebre. Debido a esto la camioneta de Circulación y Tránsito de Cúcuta, la cual iba delante del carro en que viajaba llevando como banderas al viento a varios agentes de camisa blanca y pantalón azul, encargados del control en la última etapa de nuestro amigo, se vio obligada a detenerse momentáneamente para evitar accidentes de lamentables consecuencias. Un pobre cerdo que intentó atravesar la vía, fue golpeado salvajemente por un carro de la caravana quedando tendido y agonizante, el infortunado animalito.

El poeta viajaba tranquilo en su lecho de madera, al ver la serenidad y la paz que imperaba en la floresta que abrigaba sus despojos mortales. Nos aproximamos a La Donjuana y allí saludaban por última vez a su inolvidable gobernador. En este trayecto se elevaban al firmamento, densas columnas de humo, transportando las canciones del Poeta que pasaba por allí.

Antes de llegar a Bochalema, el techo triste del pueblo en esta ocasión comenzó a llorar, y las lágrimas frías golpeaban desafinadamente la carrocería que nos protegía, viendo como los parabrisas entonaban sordos repiques semejantes a los que resonaban en mi corazón en aquel itinerario fúnebre. Al llegar el Poeta al ramal que une a la carretera Panamericana con Bochalema hizo un breve descanso, rodeado de las muchachas del colegio de La Presentación de este pueblo, y de gran número de nativos del lugar, para despedirlo con una oración sincera y llena de fe.

Luego continuó la carrera final del “Lalo”, como le cantara un poeta de nuestro querido terruño, y esta vez se detuvo durante algunos minutos, en el sitio llamado El Diamante. Aquí pude observar un grupo de máquinas amarillas con una franja negra y oscuros títulos pertenecientes al ministerio de Obras Públicas Departamentales. El Poeta los vio muchas veces trabajar incansablemente en la tierra amada y gobernada bajo su cetro de bondad y poesía juvenil, e inundada de recuerdos nacionales y extranjeros, indicando la visión panorámica de su cerebro.

Una capilla situada en un recodo de este lugar demostraba su señal de duelo, al tener frente a la entrada un Cristo de regular tamaño, haciendo recordar al Poeta que él también fue otro Cristo en las tinieblas que le envolvieron en su corta existencia, pero las cuales hoy se arrepentían de haberle producido amargas. Dos campanas pequeñas y enmohecidas por estar a la intemperie, lanzaban en todas direcciones lastimeros clamores, manipuladas por un mozalbete con aire de satisfacción al verse mirado por los ojos apagados de los que íbamos en la caravana. Unos perros alborotados comenzaron a gritar, recitando un poema en su lenguaje natural, cuando ya el Poeta viajaba a unos cuantos metros de la Capilla Diamantina.

De aquí en adelante pude ver una niebla espesa que impedía la visión de los montes que bordean la carretera. Así era el luto de la madre naturaleza, cuando el cadáver del ave va a la tierra. El Poeta sumido en el sueño eterno, admiraba por última vez, los fértiles campos y las reses imperturbables que muchas veces oyeron su voz de peregrino enamorado.

Por fin pude divisar el coche fúnebre corriendo frente a la Central Eléctrica de Pamplona, y millares de luces opacas daban un aspecto triste a la ciudad que un día antes le había visto departir cordialmente con sus amigos y admiradores. Al penetrar la caravana fúnebre en Pamplona los chillidos estridentes de las sirenas y cornetas, molestaban el sueño tranquilo del Poeta. Los habitantes

en sólido bloque humano esperaban la llegada del Poeta, para rendirle los últimos honores. Las bandas de guerra y las órdenes de los jefes se distinguían en aquel lago de lágrimas derramadas por los corazones melancólicos de los pamploneses. Llevaron al notable bardo hasta la casa que le sirvió de refugio, según me contaron es de una de sus hermanas.

Me retiré a casa de unas amigas, con el fin de recordar viejos tiempos.

Eran como las ocho de la noche y soplaba una corriente que parecía provenir del polo ártico. Pamplona a veces parece una nevera y al llegar el ave a su nido aumentó el termómetro bajo cero, obligando al Poeta a regresar a su morada tan estimada por él.

A las nueve y media, más o menos, me acerqué al lugar donde dormía el Poeta. Pero como había una cola de unas dos cuabras de impacientes amigos y curiosos, desistí de mi intento y volví a las doce de la noche. Entré a la casa donde vivía el Poeta y pensé que allí iba a encontrar una tumba lujosa adornada con brillantes cortinas y luz eléctrica, como se acostumbra en los medios de cierta categoría, en nuestro medio ambiente. Pero sufrí una impresión contraria a la que mi cerebro forjó. La cama de madera de sencillez poco común, coloreada en su cuerpo central de un tono caoba y morado oscuro en las aristas, y la ancha tapa que estaba levantada para poder mirar la figura del durmiente arrullado en las olas de la eternidad, descansaba sobre dos caballos de madera. Pude observar en las aristas, una fila de rosas grises que le daban un matiz más triste al féretro.

Estaba entre cuatro pálidas velas y junto a éstas, cuatro estatuas verdes con cascos azules, fusiles al hombro, y las iniciales PM en la parte delantera del casco y en el brazo izquierdo de la guardia inmóvil. Cerca de los pies del Poeta, una enorme mata verde se confundía con la estatua que se hallaba en su proximidad.

Al irrumpir en el velorio, una señora cuarentona rezaba el rosario, coreando el murmullo una escasa concurrencia; el frío de Pamplona obliga a buscar pronto al amigo que nos abriga en cada noche. Jesús, su mejor amigo lo miraba fraternalmente.

La casa uniformada de blanco y con negros ventanales, es de estilo español moderno. En el costado izquierdo, enseguida de la sala situada a la entrada de la casa, existe un hermoso jardín de variadas y lozanas flores, iluminado por algunos faroles sostenidos por cadenas negras de unos cincuenta centímetros. Yo no recé el rosario, pero mentalmente elevé una oración al estimado Poeta, que dice así:

*Ya olvidé rezar el rosario,
más elevo al Creador del Universo,*

*un poema desprovisto de lodo
del barro de mi corazón,
para que te conduzca,
con luz esplendorosa,
brotando de su espíritu radiante,
un poemario de rosas extraterrenales.
Así es mi rezo, mi débil aliento,
de inveterado poeta,
contemplando tu rostro angelical.*

Efectivamente, el poeta sonreía extrañamente, no parecía muerto, sino que tenía el aspecto de un niño cuando duerme al arrullo de una canción de cuna. Se notaban las huellas en el pómulo izquierdo, la mano derecha y en los dedos de la mano izquierda, del accidente inesperado.

La casa donde reposaba, me parecía un nido de algodón, construido en el árbol pamplonés, que lo acogió bajo sus cálidas ramas. Era la casa de un poeta y por lo tanto las rosas, los libros y algunos cuadros de personajes, en la que Estoraques estaba solitario en un rincón, al encontrarse ausente el ser que lo trajo al mundo.

Al día siguiente martes, me levanté temprano y me sorprendió la frescura de la mañana pensando lo bello que es respirar en un sitio como éste. Recordé que el poeta Cote Lamus estaba muerto entonces me dispuse convenientemente para asistir a los honores póstumos.

El entierro comenzó como a las diez y media de la mañana. Yo me situé en una esquina de las terciarias para poder presenciar el último viaje del poeta. Los colegios de la ciudad y otros que vinieron de diversas regiones de Norte de Santander, formaron en cada acera de las calles por donde iba a pasar el poeta, dos largas filas, en las que había jóvenes de ambos sexos. Llevaron al difunto enamorado, hasta la catedral de Pamplona. Allí repitieron lo del día anterior en Cúcuta.

Después de impaciente espera, vi venir el cortejo rodeado de familiares, amigos y admiradores. Las bandas de guerra saludaron por última vez al poeta montañés, recordando en aquellos momentos, el canto del marimbero nicaragüense (Rubén Darío):

*¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo!
Ya se oyen los claros clarines,
los claros clarines de pronto
levantan sus sones...*

Allí se respiraban aromas de todas clases; se veían rostros mundanos de lágrimas de espectadores de todas las clases sociales. Funcionarios de gobierno, delegaciones de otros lugares del país y de Venezuela, se dieron cita en esta tranquila ciudad, para dar el último adiós al inolvidable poeta. Gran cantidad de mujeres enlutadas y hombres cubiertos con trajes oscuros, desfilaron ante mis ojos atónicos, ante semejante movimiento humano.

Incluso enemigos políticos del gobernador estuvieron presentes en la inhumación de sus restos, expresando el sentido pésame y quizás arrepentidos de las injurias proferidas en vida contra la gaviota que nunca guardó rencor para con ningún prójimo.

Era el mejor homenaje que estaba viendo hasta la fecha, y que tal vez, no volveré a contemplar.

Muchas coronas, tejidas con amor y sinceridad, adornaban al poeta de la tierra y de las rosas. Cubría a la urna que proclamaba la sencillez del poeta, la bandera del tricolor patrio, dando la sensación de que había muerto un héroe de la guerra. En realidad, a su manera fue un valiente soldado en la lucha de la vida; con su corazón de oro y su pluma ágil y vigorosa, dejó una de las más bellas páginas de las letras contemporáneas en la hermana república de Colombia.

Al llegar la procesión fúnebre a la iglesia del Humilladero, más de cinco oradores conmovidos y enardecidos, vaciaron ríos de elogios y melodías poéticas, para el poeta de la barba de peregrino enamorado, y la mirada profunda y filosófica.

Después de haber hablado los oradores, procedieron los sepultureros a la operación ya conocida por todos. En el costado izquierdo fuera de la iglesia del Humilladero, pude ver en una tumba fresca, como a dos metros del suelo, un cuadro con mezcla amarilla, que esperaba la lápida metálica o pétrea que dijera: AQUÍ YACE EL POETA COTE LAMUS.

Las coronas que adornaron al poeta extinguido, fueron llevadas por los devotos, para dejarlas sobre la sepultura del querido Poeta.

Al retornar a San Cristóbal meditaba: Cote, en polvo te has convertido, pero tú eres más que polvo, vives en nuestro espíritu, y la muerte tiene la rara virtud de aumentar la intensidad de tu reflector que brilla ahora en las tinieblas que nos rodean en el presente.

Al llegar a La Garita quise mirar por última vez el árbol que ahora es sinónimo de luto y que cobró vida, porque mató a un poeta. Lo habían cubierto con algunas coronas colocadas en el lugar del siniestro por allegados al poeta, en señal al respeto y solidaridad en su viaje prematuro al infinito.

Esto me hizo pensar que detrás de las flores se puede encontrar la muerte. Detrás de los labios de un poeta hierve la tristeza y la fatalidad que la mayoría de los mortales no pueden comprender, porque son sentimientos íntimos que solo otro poeta puede interpretar a cabalidad.

Pensaba que las mejores oraciones por el alma de un poeta, eran las palabras del amor, eran poesías que tuvieran sabor de eternidad y aromas de primaverales jardines, que no estuviesen manchadas por las manos sucias de los hombres.

Pensaba tantas cosas que ya no sabía lo que pensaba... (Becerra, 1964).

Eduardo Cote Lamus, poeta

Figura 50
Eduardo Cote Lamus, creando poemas.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). *Nota.* 30 años de ausencia.

Cote Lamus quien para Carranza (1994), representa la ruptura definitiva con “Piedra y Cielo”, vendría a ser el poeta por excelencia de los años 50.

El poeta que es capaz de superar en sus libros de poética reflexiva: la subjetividad de la palabra hermosa, la exuberancia verbal; por la capacidad de síntesis y de modificar el mundo físico, por el mundo de lo racional y del cambio; de pasar de una poesía fácil, cotidiana y popular a una poesía hermética y de complejidad dejando lo confesional y el sentimentalismo.

Cote Lamus escribió importantes obras: “Preparación para la muerte” en 1950, “Salvación del recuerdo” en 1953, “Los sueños” de 1951 a 1955, “La Vida cotidiana” cuatro años después, en 1959 y “Estoraques” entre 1961 y 1963. En ellos

se nota una progresiva metamorfosis estética que va dándole identidad y autonomía a cada uno. En prosa publicó “El diario del Alto San Juan y del Atrato” en 1959; “Cuentos y reflexiones sobre poesía”.

La obra del poeta Eduardo Cote Lamus, va evolucionando poco a poco en su estilo, en el manejo artístico del lenguaje y de las imágenes poéticas. Su poesía, antes de su viaje a Europa, pugnó por buscar un espacio en el parnaso colombiano, pero aún estaba enfrascada en los parámetros de los movimientos literarios a los cuales perteneció: “Los cuadernícolos” y “Piedra y cielo” con influencia de poetas españoles de orientación intimista y clásica, lo cual le valió críticas fuertes de los literatos de su tiempo. Sin embargo, es una etapa interesante en sus desarrollos artísticos.

Sus versos expresan, al principio, experiencias de tipo romántico de un yo egoísta, de factura única y súbita como en Yo soy, el primer poema del libro “Preparación para la muerte”. Ese “Yo soy” que preocupa al poeta, es el yo del

hombre concreto, en primera persona y es todo lo que yo sea, tan concreto como lo soy yo. Esta complejidad es la que se capta en esa incesante reiteración del YO como mediadora del ser que se quiere expresar en el poema.

Experiencias de carácter romántico de un yo egotista contagian los poemas de su primer libro:

Hay que sentir algo tan profundo como un dolor
para poder decir: Yo vivo.
Y convencido de su valor intimista y en su concreción de ser, el yo poético, se reafirma en los versos con la isotopía de su mismidad² en primera persona.
Yo siento...
Yo sueño...
Yo sangro...
Yo plasmo...
Yo amo...
Yo pienso...

El poeta termina diciendo:

“Hay que soñar, sangrar, sentir, plasmar, vagar, subir, amar y vivir
atenazando siempre,
para poder decir: YO SOY” (p. 27).

El Yo se resemantiza en el dinámico fenómeno de una existencia vital.

En el segundo poema, mi corazón, el poeta no se resiste a seguir expresando su línea yoista:

Hermanos:
Mi corazón es un dolor antiguo.
Tan antiguo
que ha gemido desde antes (p. 28).

Entonces, su corazón tiene ansias y dolor, es un tormento anclado en su cuerpo desesperanzado. Cuerpo y espíritu sufren angustiosamente, por eso exclama:

² Isotopía: Significa reiteración, repetición constante de una palabra, de un sintagma o de una frase versal.

Oh dolor: hermanos míos:
El sufrimiento está en la sangre
-como rayas en la frente-
dando golpes en el alma (p. 28).

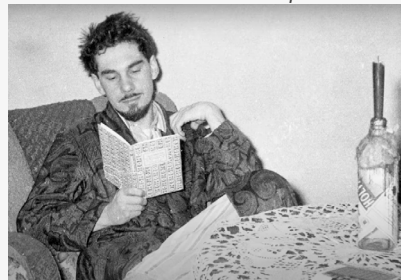
Pero Cote Lamus, pasa de un tema a otro evolucionando en su creación.

En torno al “poema” de Cote Lamus, presenta, entre otras, de sus líneas temáticas, la atinente al cuerpo. La reflexión del filósofo francés Merleau-Ponty, quien fue maestro de Gaitán Durán, tiene validez para nuestra apreciación en torno al cuerpo. Él dice que no es que tengamos un cuerpo, sino que somos cuerpo. Somos un cuerpo que ama, sufre, espera, desea, quiere. De ahí deviene la importancia que el poeta y el artista dan al cuerpo, a la mano. Cote Lamus da trascendencia al cuerpo en su creación poética y especialmente a las manos, tema no considerado en otros análisis a su obra y que se asume en este trabajo.

El cuerpo porta en cada una de sus partes (manos, pies, labios, brazos, dedos ...) un número sin cuento de sistemas simbólicos. La motricidad, en el decir de Merleau-Ponty (1977) se transforma en gesticulación simbólica y desde el punto de vista del lenguaje “... la expresión implícita en expresión manifiesta”. El lenguaje en la corporeidad humana, es una forma natural de existir. El lenguaje del cuerpo se hace presente en el mundo a través de funciones variadas que re-construyen una vida y que re-construyen la obra que sale de la imaginación, de la creatividad de un hombre, de un artista, de un poeta.

En Cote Lamus, lenguaje, corporeidad, palabra y cuerpo se presencian reiteradamente y con fuerza poética. Y son precisamente las manos, el cuerpo, la voz, la sangre, los brazos, las venas, el corazón... los que adquieren una gesticulación simbólica como forma de existir y de expresar denotativa e implícitamente; anhelos, preocupaciones, amores, vivencias, recuerdos...

Figura 51
Eduardo Cote Lamus en Europa.



Fuente: Ramírez de Lara (1994). Nota. 30 años de ausencia.

2.1 Imagen, palabra y mano

*“El hombre es el ser vivo más inteligente
a causa de tener manos”
Aristóteles*

La mano como imagen y símbolo en la obra de Cote Lamus, se destaca porque él y le da mucha importancia en toda su obra desde: “Preparación para la muerte” hasta “Estoraques”.

Cote Lamus *“Hay que vivir atenazando con la mano las angustias para poder decir: yo siento”*. Y así como él, varios pensadores, artistas, filósofos han dado importancia a la mano.

Anaxágoras: *“El hombre piensa porque tiene manos”*. El argentino escritor, Leopoldo Lugones (1926): *“La noche... Tus ojos... Un poco de Schumann... Y mis manos llenas de tu corazón”*. El poeta libanés Kahlil Gibran (1923): *“Cuando un hombre toca la mano de una mujer, ambos tocan el corazón de la eternidad”*.

El poeta fragua desde su libro “Preparación para la muerte”, la trascendencia de la mano, en un poder de síntesis que dá consistencia a su imagen. En el poema “Secreto” las manos serán el motivo que al final abarque, “El poema todavía no pronunciado”:

Cuando me traigas
aquel dolor nuevo
santiguado de barro,
y el llanto furtivo
de las piedras enterradas
que debajo de la tierra
se revelan.

Cuando me traigas,
el hueco desnudo
de tus manos de niebla
y el gajo de viento



Figura 52
Imagen representativa la mano como
imagen en la obra de Cote Lamus

Fuente: Ilustración realizada con
apoyo de IA.





Figura 53
Imagen representativa del símbolo
en la obra de Cote Lamus

Fuente: Ilustración realizada con
apoyo de IA.

que colgaron alondras
en la noche cansada.

Cuando me traigas
la cara de Dios
ensangrentada,

...

Cuando me traigas
la perdida soledad del cielo
y las verdaderas palabras
del silencio,
y el vértigo angustiado
y el salmo leproso
que atenaza con amargura los ensueños:
podré abarcar
con mis cinco dedos juntos
el poema todavía no pronunciado.

Y entonces,
yo diré
una palabra
que partirá el cosmos
de la sangre (pp. 30 - 31).

...



Cuando la mano haga presencia en la otreidad; el poeta podrá
“escribir” lo negado, lo no dicho, lo que está en la estructura
profunda de su yo.

Miradas desde la fenomenología de Merleau-Ponty mano y
palabra adquieren en los poemas de Eduardo Cote Lamus, una
simbología dinámica y artística que trasciende el verso y que
traspasa el poema metalingüísticamente. La clave está en los
resortes poéticos con los cuales Cote las crea, las idealiza, “juega”
y las sublimiza en su creación literaria y las hace arte de alcance
universal, arte de todos.

*Hay que vivir atenazando
con la mano las angustias
para poder decir “Yo siento”*
Eduardo Cote Lamus

En “Trascendencia” las manos de la amada adquieren dimensión de pertenencia a un cuerpo integral que se hace tangible al cabo del tiempo. El amor que exige adhesión total, también porta la interrelación de corporeidad, quizá para hallar mayor completitud. Las manos que suplican, que muestran deseos, son manos capaces de poseer una presencia lejana para no dar paso al olvido:

Después de mí.
Después de mis tardes y caminos
se encontrarán mis pensamientos
en las raíces de los árboles:
y serán las manos poseyendo
mi presencia.

Después de mí.
Después de mi cuerpo y mi quejido
resonará la plegaria
mi memoria:
y será la tarde entre la sangre
mi distancia (pp. 32 - 33).

El filósofo Ferrater (1979), postula que: “... el hombre es un modo de ser cuerpo - lo que incluye las relaciones entre ese cuerpo y el mundo circundante. El modo como el cuerpo, su cuerpo es y funciona, le da la distinción a un hombre de otro”. Y también es el que le da esa distinción a los poemas de uno y otro artista de la palabra.

Cote Lamus desgrana en versos de “Comienzo de lamento”, la angustia existencial que al final queda en las manos sostenedoras de la pena y se mueven en el mundo corpóreo lleno de sentimiento. El poema como espejo, refleja el espacio vacío del ser, el espacio dramático de la soledad y el silencio, como muestra de su - ser - en - el - mundo:

...
he anclado en el tiempo recostado en la sombra
con la fuerza de un rostro entre las venas.

Por qué, si he podido partir y no lo he hecho
y destrozar la tristeza en el silencio,
he quedado en la angustia con las manos palpando
y atenazando mi cuerpo con la sangre inaudita (p. 38).

...

Este fragmento es el de una poesía de vertiente lírica e intelectual que no fue muy bien recibida en su tiempo, tal vez por el esfuerzo que implica para llegar a su estructura profunda, en una época en la cual se estilaba una poesía de loa, de elogio mutuo y de tradicionalismo formal y rítmico.

Y Dios, en “Hasta que llegue la muerte”, se condolerá del atormentado cuerpo del hombre, su mano dará paz espiritual y término al sufrimiento:

...

Definitivamente el corazón es un cansancio
y un dolor el alma, y un quejido el salmo,
y un estruendo enfurecido el pensamiento
definitivamente. Definitivamente.

Hasta que llegue la muerte, amigo mío,
y nos llene la boca con su sabor de tierra
y nos la cierre con una palabra no escuchada:
nos tocará en la frente la mano de Dios (p. 39).

...

Las manos son símbolo plurisignificativo de múltiples necesidades, de acciones, de actitudes y de dádivas. Representan el instrumento corporal que, junto con la inteligencia, la fantasía, la imaginación y la creatividad coadyuvan a dar perfeccionamiento a cualquier oficio, así sea al oficio del poeta. Aquí, como dice Heidegger (1927) “La palabra es posesión suya. Dispone de ella para departir y compartir sus experiencias, decisiones y sentimientos”.

La mano adquiere contundencia simbólica en los poemas de Cote Lamus: son manos que acarician con el tacto, que llegan al cuerpo como cita, que hacen presencia de cuerpo, que expresan sentimientos firmes, son trabajadoras, manos que alimentan el ensueño y la esperanza. Las estaré usando para abrazar y expresar cariño o las estaré esgrimiendo para expresar ira y rechazo hacia los demás.

En los microtextos versales de la página siguiente, tomados de varios poemas se transparentan las anteriores y otras instancias significativas de las manos, en la poesía de Cote Lamus, que van del sufrimiento a la epifanía.

En “Preparación para la muerte” las manos tienen su hacer poético. Mediante un lenguaje íntegro, que une al yo poético en su comunicación con el mundo, en un sistema de poderes de ese cuerpo humano que está en plenitud de acción, se representan las imágenes de ellas.

Recoged los caminos que destruisteis en la noche
y tejedlos en un racimo de nostalgia;
colocadle un recuerdo en el costado
y con cenizas en las manos presentaos a la balanza.

.....
Recoged las sombras que pasaron por los ojos,

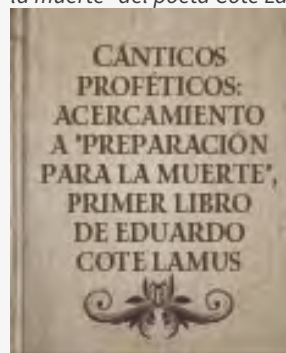
.....
Cavad las avenidas que cruzaron el alma

.....
atenazando la tierra con el fuego,
para que la tarde se pregunte
de quién es el tacto que golpea.

..... (p. 41).

Figura 54

Primera obra "Preparación para la muerte" del poeta Cote Lamus.



Fuente: El Libro Total -Prisma-

En el poema "Preparación para morir", las manos del yo poético están dispuestas a soportar todo el sufrimiento del tú, un momento agónico, románticamente cantado. El poeta instauro, presencializa, aprehende y nombra la "otra" realidad: el sufrimiento. El lenguaje, la voz, el escrito, posibilitan presentar el espíritu del hombre: del yo y del otro.

Muestra el sufrimiento y colócalo en mis manos
y une tu corazón con los abismos y las tardes.

Y cuando tu rostro se rompa por las anclas, lanza un grito, para que
no detengas la tristeza,
ni la voz de las lágrimas azules,
ni la huida de las almas de los puertos (p. 43).



Figura 55

Imagen representativa del poema "Preparación para la muerte"

Fuente: Ilustración realizada con apoyo de IA.

En “Elegía desolada”

.....

La vida se cierra fuertemente como una mano.

Hay que nacer rompiendo alguna estrella

y morir ahogando una plegaria (p. 44).

.....

La mano es como un elemento radical en la vida del hombre desde que nace hasta que muere, es una amiga, una compañera; la fuerza que expresa el dolor, la soledad, la angustia, el deseo, el trabajo, el arte la que contiene este mundo y el otro.

Obregón decía que cuando la soledad lo agarraba súbitamente, era capaz de meterlo en un socavón hondo del cual no era capaz de salir, en el cual se sentía descendiendo hasta un foso desdichado (Panesso, 1989, p. 69). En un poeta, y en especial en Cote Lamus, la soledad es una forma de ascender al espacio de la imaginación, y en la palabra volcar el eco de su interioridad para hacer “historia poética de vida” como lo hace en el poema “Vuelta a la soledad”:

Todo se siente en la soledad:

el árbol que despierta el alba, el día

de ayer, vuelto ya hoy para mañana,

el silencio y la voz que lo traspasa.

.....

El hombre llega hasta su casa solo,

donde la única puerta es un espejo

con todo aquello que dejó olvidado (p. 239).

Cote Lamus a través de su obra semiotiza la imagen de la mano en un dinamismo en espiral, desde el principio de su creación hasta el final de sus versos.

De otro lado, las manos como elemento de la corporeidad, son el lugar donde se condensa la eroticidad que pugna por salir en el poema pero que aún aparece sutilmente presentada, en “Palabras para la amada”:

Ven

y desnúdame en mi voz

junto al crepúsculo

-para ocultar la muerte

en la primera lámpara del aire-.

.....

Ven

para que junte las manos como un salmo
en las aldeas del recuerdo y del olvido,
para que palpes la tierra entre mi sangre
y los senos de las calles se me entreguen,
y tú puedas decir “tú”, dulcemente,
cuando se quiebren las fugas como espadas (p. 46).

Son emociones no ajenas a la dimensión humana y poética del autor.

Son manos llenas de ternura para los tiempos del conflicto y del dolor, son manos que se repiten en la expresión comunicativa de los amantes como en “Poema innominado”, que exuda placer erótico:

.....

Y ahora

cuando no tengo tus ojos
para sepultar a la tristeza
ni tu voz para colgar mi aliento,
ni tus manos para mecer la angustia,
ni tus sienes para sembrar plegarias,
vengo
tras la huella que dejaron
en el viento las espigas
y la palabra que nadie dijo nunca
y el suspiro que Dios tal vez
dejó en la noche
o en la savia de los árboles.

TU,

que como la tarde has sido acariciada
por todas las manos, tiempos y deseos
y que tu carne se ha rendido
en la batalla de los besos,
regresarás
sin los ojos que ensoñaron el paisaje,
con la voz sin pájaros ni estrellas
y la leche desgajada como el pino (pp. 47 - 48).

.....

Dialógicamente poeta y mano, entretejen en la palabra el ansia amorosa que se hace gestualidad en la caricia, en la metáfora.

Como se expresaba antes, ellas principal instrumento del hombre y del artista, del pintor y del músico, del literato y del arquitecto, del escultor y del romántico, aparecen en Cote Lamus con multiplicidad de símbolos: como dedos, arquitectos incansables que moldean el rostro: “Yo sé que guardas en tus manos la huella de mi rostro” (p. 51) como prolongación de los brazos; son manos que suben hasta el corazón o hasta los labios para ayudar a decir la palabra:

(Suéna, suéna, corazón, y muéve, muéve
estas manos que poseen la distancia
y estas ansias revueltas en los dedos
y esta lengua mordida en los deseos
y esta carne floja y podrida que remacha
el espíritu en el cuerpo) (p. 49).

O son tacto que dice y expresa el sentimiento de amor, ya erótico o ya casto: como en “Canto inútil”:

Para buscar mi tacto y el recuerdo
han paseado mis manos el deseo
y no pudieron descansar en el crepúsculo
porque en sus rayas llevaban la nostalgia;
y Yo tampoco nunca he comprendido
si la mirada puede llorar hasta en la tierra (p. 53).

O también son manos como guantes de hierro o de besos, listas para acariciar anhelos contenidos y expresados bellamente en “Este julio cansado”:

Qué triste es el cansancio cuando el dolor
se alza más allá de los ensueños
y cuando en cada lágrima se ahonda
el sentido de las almas.

Y cuando el corazón es una mano esperando
el sollozo de los besos, solamente
la nostalgia se levanta de horizonte (p. 54).

O es una mano cerrada en la fuerza estática que no explota; un julio patriótico callado (4 de julio de 1810):

Qué triste es este julio sin banderas,
arrodillado, sin azul, sin hombres y sin alma,
sin un puño siquiera levantado
como un coro castigado en el cansancio (p. 55).

El dolor poético deja en el lenguaje el cansancio del mundo y de los hombres, donde la mano es capaz de guardar todos los sentimientos, porque en esa palabra el yo, canta y expresa todo su ser, la imagen y la idea.

En el poema “Canto para iniciar una pregunta”, Cote Lamus, hace de las manos el símbolo de la plegaria para orar a Dios en los momentos de suprema soledad y angustia:

¿Para qué se ha detenido sobre los labios el silencio
cuando arde más allá de sí misma la nostalgia,
y cuando crece sobre las barbas de Dios
un bosque de manos encendidas? (p. 56).

Hay, como dice García (1996): “Poesía, conciencia suprema y relación suprema en la acción de poetizar (...) donde la percepción de algo interior y de algo exterior que gravitan al unísono ...” (García Mafla, 1996, p. 66) sensibilizan el alma del creador literario y del lector.

El poeta en “El último retorno” visualiza cómo será su regreso de la muerte, y en él las manos también tienen su función poética, metafórica, simbólica:

Regresaré
con las manos uncidas a la tierra
y con mi voz templada en el recuerdo
de las aldeas prematuras de la muerte (p. 58).

Porque con lágrimas les dirá a los hombres su tristeza, y llenará “la sombra de suspiros” y desandaré la angustia para iniciar su última partida. La isosemia mano y voz, expresan la dinámica generada en la angustia interior. Ellas dan testimonio de lo que es el poeta.

En el libro “Salvación para el recuerdo”, publicado en 1953 es importante destacar que uno de los epígrafes de Garcilaso de la Vega “Ella en mi corazón metió la mano” tal vez lo usa para referirse a la madre por cuanto es dedicado a ella: “A mi madre más allá de la voz, junto a los ángeles”, madre que se vuelve poesía en la palabra.

Hablar de poesía es hablar de vida afectiva que se hace revelación mediante el lenguaje. Hablar de revelación del hombre para el mundo y para los congéneres, es hablar de lenguaje que se crea. En el poema el lenguaje como mediador hace:

... que el mismo escritor sea como un nuevo idioma que se construye, se inventa medios de expresión y se diversifica según su propio sentido. Lo que se llama poesía, tal vez no sea otra cosa que la parte de la literatura en la que esta autonomía se afirma con ostentación” (Merleau - Ponty, 1962, p. 12) como en el caso de Cote Lamus.

Del poema “Esto es amor” se destaca a sublimación de la imagen tantas veces reiterada. Un poema donde el poder de síntesis de Cote Lamus, se muestra en todo su esplendor, con imágenes patéticas e hiperbólicas que nos llenan al máximo de su lirismo; cuando canta al amor y lo que corporiza en otra sangre, corazón, frente, ojos, alma y en el sentir la eternidad entre las manos.

Esto es el amor: llevar en la sangre
el impulso inefable de otra sangre,
buscarse el corazón dentro del pecho
y no encontrarlo hasta palpar su frente,
padecer la ansiedad de ser en otro
como grano de trigo germinando,
es trasladar el mar hasta sus ojos
y sumergirse en ellos hasta el alma,
sentir la eternidad entre las manos
al descubrir a Dios en su mirada,
árbol del bien que las horas traspasa.
Esto es amor: ser uno proyectado (p. 67).

En este libro, ella adquiere especial significación. En un ambiente poético de nostalgia, con tono sentimental, y en un espacio de soledad y de religiosidad, con hipérbatos, enumeraciones y retruécanos Cote Lamus retoma el leit motiv: mano porque quiere expresar la base y esencia de lo permanente.

En “Diciembre para ti”, poema de reminiscencias navideñas, la mano crea una nueva realidad: ser medio conductor del relato madre e hijo en forma tierna:

...
Le contarás muchas cosas:
lo llevarás de la mano por un cuento (p. 74).

Ella, símbolo del amor y la ternura maternal como guiadora, es sostén y apoyo en los años infantiles; origen y causa sacralizados en la palabra. Aquí la esencia de la mano se funde íntimamente en el ser Madre.

Un poema en donde las manos se relacionan con el amplio transcurrir de la vida en el campo y recepciona muchas vivencias se expresa en “La niña que se oía las manos”:

Érase una niña que se oía las manos
y escuchaba el tacto
y a quien a veces esas manos
se le echaban a volar;
tenía un huerto en la colina
que regaba en la mañana
con el aire que rodaba por su pelo
como si no fuese de verdad (p. 80).

Con lo anterior, se aprecia, cómo la poesía tiene que ver con lo telúrico, es presencia de lo que nos antecede. Estos versos configuran una lírica bucólica a partir de la metáfora bien delineada con los elementos naturales que son la “máscara”, la “otra casa” del ser. Cote Lamus sabe inventar la palabra para fundir en ella el ser y la esencia de las cosas como lo hacía el poeta alemán Hölderlin (1800).

Todo para ella era domingo.
Asomábase a las cosas como espiga
que siente en el cuerpo el pan.
Debajo de la yerba calentaba sus manos
y de sus dedos los setos retoñaban
y acariciaba los cocuyos
y les infundía nueva luz;
los cocuyos que alumbraron sus manos
no se apagaron jamás (p. 80).

El poema se instituye como poesía, como ser, como palabra.

En las cosas sencillas de la vida encuentra Cote Lamus diferentes opciones de lo poético. El poema relata:

... lo que ha sucedido, pero el poema es una parábola del suceder mismo (...). Todo poema es una fórmula mágica, y las palabras del nombrar los seres

cotidianos, señalan lo intemporal que hay en el ser humano... situándolo... delante del cielo y del abismo (Merleau - Ponty, 1962, pp. 73-74).

En su alma había sembrado alondras.

Por eso la niña volaba por el cuerpo

hasta subir a las manos

donde el alma se escuchaba el tacto

y casi le daban ganas de volar (p. 80).

...

Por eso cuando llegó cerca de agua

supo que sus manos también eran el mar.

Así vivía la niña que se oía las manos

y escuchaba el tacto (p. 81).

...

La palabra poética, “lo salva” porque ella es punto de entronque con su hacer literario. Su obra poética compromete su vida, “su inspiración”, sus cantos de soledad y de esperanza; en la simbología (del cuerpo) en la mano y en el sueño, a través de los cuales Cote Lamus dice lo dicho y lo no dicho para ir al encuentro epifánico con el pasado bucólico.

La palabra recoge en el “hoy” poético, el cuerpo que “habla” (Pulido, 1997, p. 122) del ayer, del hoy del mañana en la mano que lo recorre, que lo acaricia; en la mano donde queda el rostro de la amada, en la mano que es vida.

El poeta revela en el poema “Mayra en la voz”, cómo la mano unida a su voz, traza y dibuja mares y continentes, pinta cielos y es símbolo de sus anhelos interiores. La experiencia vivida desde la profundidad subjetiva, representa el icono del amor contenido en esos elementos. Mayra fue una novia que Cote Lamus tuvo en Europa. C. Navarro (comunicación personal, septiembre de 1999). Paul Valéry dijo antitéticamente: la biografía de un autor no explica el poema, pero el poema contiene la vida del poeta. La poesía en Cote Lamus es vivencia sentida y padecida llevada al plano de la connotación. Es vida vivida, elevada por los imaginarios a la palabra.

El poema idealiza a Mayra mediado por la alegría de la belleza, de la naturaleza, con las manos trazó un mapa, dibujó continentes y aguas extensas, aldeas verdes, pintó cielos:



Figura 56
Imagen representativa del
poema "Mayra en la voz"

Fuente: Ilustración realizada
con apoyo de IA.

.....
Yo tracé un mapa en la voz de Mayra.
Dibujé continentes, océanos, trasatlánticos,
vastas arenas donde florecen costas de luz,
verdes aldeas, lluvias adolescentes,
minas de amapolas con ocultos filones de rosas.
Yo pinté cielos altos con luceros más altos
para que su voz subiera por las horas
sin encontrarse con el tiempo.

.....
Su nombre es la sombra de su voz,
su hermosa voz que como un prado se extiende por el aire;
y para nombrarla hay que llenar las manos de raíces,
llevar sobre el pecho la lentitud de las hojas
y ser un poco sembrador, un poco trigo (p. 86).

Cote Lamus, como yo poético, ve que Mayra es todo voz, desde un sentimiento eminentemente lírico. El símbolo articula el valor interno de la representación amorosa y su sentido abarcador y testimonial. El poeta con el arte de la metáfora inmortaliza a la amada mediado por todo lo que puede hacer la mano.

Mayra tiene manos, pero su voz es tacto,

El hechizo de la mano, unido a las delicias sensoriales ejerce un encanto fuerte en el poeta y desacraliza la divinidad bajo la voz de Mayra. Es la efusión retórica de la modernidad del poeta, que se deleita con la voz de la amada y que reconoce en la mano de Dios su poder omnipresente pese a la secularización que se presencializa en el poema. Ella es el regalo que hace la vida al poeta y por eso, en el atreverse poético, dice hiperbólicamente que Dios también se le rinde:

Dios calla de pronto:
por eso cuando ella habla ÉL se queda mudo
y sólo puede dirigir el mundo
con el tacto celeste que circunda sus manos larguísimas
y que sumerge dentro de la voz de Mayra
para sacarlas chorreando de arroyos,
acuáticos lugares sin madera
donde nadan los ángeles (pp. 86 - 87).

En este poema con característica de la modernidad, Dios es superado por lo humano desde una visión antropocéntrica, como rasgo “moderno” del grupo Mito. Es lo divino asombrado ante la belleza humana que es su modelo. Encarna a Dios en la palabra como a su amada.

En este momento Cote Lamus trabaja denodadamente para forjar su propio lenguaje literario. Sus poemas aún son de versos de arte mayor, que apuntan a buscar su propia factura lingüística, más densidad semántica y poder de síntesis. Eligiendo el tema de las manos, el poeta intentaba hacer poemas densos en su simbolismo, de amor.

En “Te pido las manos”, la ve como un amuleto, como el centro de la posibilidad corporal de contener todo el amor interiorizado, de quien adora a la amada. Cote Lamus

“... da (en su poesía) nombres fundadores del Ser y de la esencia de las cosas, y no un decir cualquiera, sino precisamente aquel que por primigenia manera saque a la luz pública, todo aquello de lo que después, en el lenguaje diario hablaremos nosotros con redichas y manoseadas palabras” (Heidegger, 1994, p. 33).

La riqueza semiótica de la mano como arma emocional, con su connotación multifacética de corporeidad y alma, descansa en la efusión erótica que profundiza la interiorización lírica de la otreidad:



Figura 57
Imagen representativa del poema
"Te pido las manos"
Fuente: Ilustración realizada con
apoyo de IA.

Dame tu mano.
Dame tu mano que es tu corazón,
que es tu corazón prolongado,
que es tu alma, blancamente, finamente pronunciada
por la leve piel. Dame tu mano
y entusiasmo mi tacto y enciéndeme los huesos
que debajo de la carne, en los sueños
serán inmensos fuegos fatuos por tu roce (p. 88).

Afirmación erótica del poema para referirse a la mano: *"El poema es acto erótico"* como decía Jorge Gaitán Durán.

La voz semiótica se alza aún más y el poeta confiesa en el poema entero, las diversas imágenes de las manos amadas en personificaciones bien logradas y con matices novedosos en la metáfora nueva:

Un día me contaste la conciencia de tus manos
al mirarse en ellas los espejos,
cuando sentiste que tu vida iba cayendo
cómo un poco de agua entre los dedos
o como la música que rueda por las alas de los pájaros.

Tu mano es luz o aroma cuando callas,
tu mano es una fruta que no acaba de caer,
tu mano indica el sitio donde crecerán los lirios,
tu mano, como un Dios dormido, sueña (p. 88).

La anáfora enfatiza la vivencia estética de la mano, y hace que el poema crezca en cada verso con intención de elevación valorativa; llena de recursos

metafóricos, epítetos y verbos certeros para decir lo indecible poéticamente. La poesía soporta la imagen reiterada desde diferentes ángulos imaginativos:

Tus manos sin fondo donde caben los sueños,
tus interminables manos siempre haciéndose,
nuevas siempre y nunca terminadas.
Tus manos sin fondo, tus enloquecidas manos,
ebrias manos descubriendo nuevos gestos
frente a un espacio enemigo:
en los ojos de las galerías tus manos
increpan, exigen, mustias luego, son alegres
hasta dejarlas quietas, exhaustas,
sobre una lágrima.
Y el tiempo cuenta las horas en tus dedos (p. 88).

La imagen semiótica de la mano persiste en isotopía. En este poema como en otros, la mano ofrece diferentes texturas y funciones: amarra, canta, metamorfosea el ser y retrotrae el espacio bucólico y campestre. La ensoñación poética, lleva la imagen de la mano a desplazarse por el interior de la palabra y así se canta:

.....
Tu mano desnuda luce
la hermosa orfebrería de tu estirpe de gavillas,
de tu ascendencia de espiga,
que por el tacto pasa como un abuelo infinito.
¿Dónde estás, amada, que sólo veo tus manos?
.....
De vez en cuando los muertos por tu mano cantan
la cantidad de muerte que les bastó en la sombra
y por los que vendrán el tacto es nuevo
porque también tu mano es dulce, grave,
a veces pensativa como un astro,
severamente triste y luminosa
como una pluma que de un ángel cae:
Dios hizo el mundo ayudado por tus manos (p. 89).

El espíritu moderno aparece nuevamente en el poema. Dios ya no es sólo ese Ser poderoso y único, sino que su obra creadora deviene de la ayuda humana. El tema divino se une al ser humano y el yo enamorado, con hipérboles expresa su máxima sensibilidad porque la mano sensitiva capta

y expresa las más caras expresiones del amor erótico: “Sí, dame tu mano, abárcame, ilumíname”; es el sueño y canto del poeta “Soñar y cantar es el trabajo de su soledad” (Heidegger, 1994, p. 104). Soñar y cantar con imágenes, con ritmo interior y poético. “El amor y la literatura coinciden en la búsqueda apasionada – casi siempre desesperada – de comunicación” (Gaitán, 1960).

¿Sabes cómo es un ángel? Sí. ¿Un ángel?
Un ángel soy yo cuando me tocas
porque tu mano siente que el corazón es breve.

Yo quiero que tus manos me den vida,
que me creen de nuevo o me destruyan,
que me lleven como el pan a la boca
para sentirme, entre tus dientes cálidos,
una hoguera quemándose en sí misma.

Pero dame tu mano.
Acerca de nuevo tu tacto a mi silencio,
húndela en mi sangre, detén mi corazón,
ahonda este barro con ademán de hombre,
ciérrala en mi cuerpo hasta dejarme polvo
devuelto entre mi raza antigua,
y sopla...

Si, dame tu mano, abárcame, ilumíname (pp. 89 - 90).

Todo el poema muestra un neo-romanticismo donde el corazón, la vida y el alma descansan en el “tacto” que se vuelve vital y parte esencial en la poesía. La mano se convierte en un logos que todo lo nombra, lo conoce y lo recrea en dinamismo sensorial. Y en “Oración” el poema se torna más teocéntrico. Ahora la mano divina se nombra como imagen consoladora:

Señor,
en ese cuerpo donde brillas hay un dolor en punta...
....
Señor,
por qué no abandonas tus manos en su pecho
para llenarlas con su piel,
para poder al son de una palmada convocar todos los astros,
para sentir un temblor en tu costado,
para que puedan tus cinco dedos juntos construir

un par de aldeas
con las espadañas mayores de sus puntas (p. 93).

Cote Lamus implica a Dios y lo hace bien, “la fuerza divina” hace volar las palabras hiperbólicamente para poetizar la angustia, el ruego, la plegaria.

“Lejanía en las manos”, canta sentimientos encontrados: la ausencia, la alegría, el tacto del mundo que se hace presencia en el agua, en el tiempo, en la palabra:

Esta lejanía camina por mis horas, vaga por el olvido
como si tuviera que nacer de nuevo.
Más la ausencia bebe en mi mano izquierda donde crece un árbol.
Por eso de tarde en tarde mis manos cantan imitando barcos.

.....

Hay en esta tarde un corazón: mi corazón.
Mi sangre es el río que da vueltas por el mar

.....

Qué bello cuando se alce un leño de agua y diga:
“Soy el Orinoco”,
y otros,
“Yo el Guaviare”,
“Yo el Ganges”,
“Yo el Duero”,
“Yo soy el Mississippi...”

Porque mi tacto es la confluencia de los ríos (pp. 95 - 96).

El agua se convierte en el onirismo dulce del poema que es “conciencia” de angustia y esperanza. La sensorialidad es unidad erótica del paisaje, del hombre.

En la vivencia de soledad, el yo poético ha sentido a plenitud el significado de las manos, en ellas la imagen amada se dimensiona en “El corazón de viaje”:

Es tan grande este amor que casi está de viaje
y ha dicho tantas voces que no alcanza a vivir en la palabra,

.....

Esto que llevo dentro no puede ser más ángel.
Ha llegado de un país donde van las aldeas montaña arriba,

.....

Y allí me hiciste mucha falta.

En Lisboa miraba el mar y era menos el mar sin tu nostalgia.
Entonces
los delfines emergían asustando a las gaviotas
y yo decía tu nombre para que ellas se colgaran (p. 97).
.....

Cote Lamus continua y reitera la imagen dimensionada con hipérboles fantásticas.

Te vi con las manos llenas de espacio
como si fueras capaz de construir el universo.
Vi tanto espacio en tus manos que salían de tus dedos
nuevas criaturas, vírgenes, danzantes en tu cuerpo,
y tu cuerpo largo y comenzando a nacer sobre la arena del crepúsculo.
Estabas libre de la muerte, aparecida en el tacto de la estrella,
creciendo con mis sueños y todos mis pájaros sembrados (p. 97).

El hilo temático se presencializa nuevamente en “Paraíso para ti”, apoyado en vivencias amorosas, que reflejan el amor y la armonía entre los amantes; cuyo bienestar transforma el mundo natural, en una placidez cósmica donde ella puede curar la soledad del hombre. El poeta crea un espacio primordial, un edén, donde el espacio místico simboliza felicidad:

Por qué no te me vienes por este mundo de flor.
Mira, andaremos cuidadosamente las cosas,
comeremos raíces todavía no descubiertas,
estaremos siempre el uno al lado del otro,
dejaremos el corazón envuelto en lianas...
.....
Mis manos esperan la llegada de tu rostro:
quieren saber tu alma, tu cara luminosa
que de pronto es línea oblicua alargada hasta el canto,
.....
¡Sé que es hermoso tu rostro y sin embargo pienso
que me quemaría las manos!
Más por qué no te me llegas.
.....
cuando llegues,
los cereales bendecirán el pan entre tus manos (p. 98).

En el universo poético de Cote Lamus, confluyen en símbolo, la voz interior que “narra” y canta desde la escritura y la voz exterior que contextualiza el cosmos humano en su dimensión individual y trascendente.

El poeta cucuteño buscaba progresivamente la palabra mágica que superara los modelos literarios de su momento histórico. Y en ese espacio, la mano seguía teniendo su trascendencia para expresar diferentes imágenes y sentimientos. La visión corporal inseparable de sus inquietudes implica que no sólo aparece como reflejo de una corporeidad; en unas palabras, en unos lexemas, en unos versos, en unos poemas; sino que es la mano dicha, la mano original, la mano primera llena de significaciones. Manos servidoras del amor y del instante erótico, como decíamos antes, manos que acarician a la amada como aparecen en el poema “Ausencia”:

Porque ayer salí de amor bajo la lluvia
tengo las manos abundantes de deseo
y por ellas discurren, escriben y hasta sueñan manos antiguas;
manos que se han quedado en los saludos,
que dijeron volverían contando aldeas,
que no hablaron nada y se quedaron en tu rostro (p. 100).

Son manos para cantar en el “Nocturno en tus ojos”, los anhelos infinitos de alcanzar el sueño y hacerlo realidad, hacerlo existencia: “Quiero hacerte más real...”

Todo vive en ti, todo está en tus ojos:
la ciudad, el mar, la espiga, el universo.
Todo en ti encuentra la expresión, la forma,
y el silencio de las horas antes de ser tiempo.
Eres un sueño azul y nada existe
si tú no lo tocas; por esto,
todas las cosas antes eran tu existencia.

.....

Pero eres de verdad. Mi adolescencia pensaba
con pocos años desgranados en vigiliás o recogidos en las manos
no verte nunca sino en sueños, como los sueños.

..... (p. 102).

El yo poético, en su corporeidad y en la corporeidad de la soñada amada, se sumerge en un sueño amoroso como en un océano de ternura, de amor y de ansia mil veces contenida en el poema “Beso transparente”, donde fenomenológicamente cuerpo y mano, sudarán el verso y cabalgarán por el cuerpo amado:

Un beso pegado en los dedos anuda tu cuerpo
que a mi costado sueña;

giras en la sangre como si fueras viento,
y lloras los árboles para alumbrar la savia
con la fuerza de una tarde derrumbada
a golpes de trigo y de gavilla. Lloras
alegremente por aquellos que casi tienen tronco (p. 104).

Manos con huellas de ternura, que han despunteando el perfil amado sigue
tocando y rodando por el cuerpo deseado:

A mi lado estás. Cierro los ojos y te siento
fresca, tibia, rodando por el tacto
como si fueras pequeña como un beso
lanzando de lejos a una estrella (p. 104).

Y así, esas manos palpitantes de vida hacen más tangible y concreto el cuerpo
que se toca como espacialidad expresada hiperbólicamente para cantar la
presencia de la amada en el mundo:

A mi lado te siento: Y a través
de ti miro cómo vuelan las cosas.
Yo te toco. Veo cómo tu cuerpo
hace crecer los árboles, y dices
a esas hojas cuánto deben amar
para que no se doren por el otoño (p. 104).

Son manos llenas de sueños que acercan el yo poético, a las palpitantes llenas
de vida. Son manos-palabras, para decir en los versos las más bellas oraciones
amorosas en el mismo poema, recreando este sentimiento sublime:

Tú, vitral transparente al mediodía.
Tú, rumor sin orilla: yo te miro:
el tacto está en tus manos, y la luz
va pintando tus ojos en tus ojos,
porque tu vestido es una lágrima
que vuela, mariposa, por tu alma.

.....

A mi lado llegaste ilimitada
a ponerme guantes de besos en las manos
y prolongar mi pecho en los brazos
y subir por ellos
con un aliento a voces a mi herida
... (p. 105).

Ellas con deseos infinitos de abrazar, de atarse al corazón y a unas palabras que dicen el dolor poético, se hacen brazos con manos alargadas hasta el cuerpo atormentado por la pena. En “Amor de paso” Cote Lamus, continúa cantando a las del hombre enamorado que contienen el dolor de la ausencia en un haz isotópico de connotaciones hermosamente elaboradas:

Sabías que yo era triste y que soñaba,
que tenía un dolor entre las manos
como si fueran culpables del mundo
y no tuviesen remedio,
pero no pude cambiármelas
porque estaban labradas por tu rostro.

.

Sabías mucho de mí: me sabías.
Sabías que lentamente junto a tus ojos yo existía,
que era vegetal mi corazón como la yerba
pero que no vivía para vivir,
que yo no era sino despedida
y estaba de paso (p. 106).

La mano tiene una dimensión mediadora entre el “yo” que la contiene y el “otro”, objeto de su caricia. Uno de sus actos lleva al conocimiento de otra cosa; como el signo, como el símbolo, como el icono; como todo lo dialógico.

Por medio de la palabra, por medio de “la mano” el autor, el artista deja plasmados en la escritura sus anhelos y conflictos; sus deseos y demonios interiores, sus esperanzas y pesares; ellas son medio de liberación de su yo interior, en ellas se han marcado los hechos.

La mano es forma o modo de ser vivido el mundo; modo y forma de ser vivido el cuerpo, modo y forma de una experiencia vital. Ella como instrumento, ayuda a conformar el ritual lúdico - amoroso que lleva a los amantes por el sendero del “encuentro” y la pasión. Ella, es la gran metáfora; diástole y sístole de dos amantes que respiran cósmicamente en el poema. Por la mano el poeta y el ser “hablan”. Por ella, se “escribe” el cuerpo femenino y los lectores lo vemos en plenitud como dice Merleau – Ponty (1962), el cuerpo se fija en la palabra y se hace accesible a los demás haciendo parte del rito.

En la siguiente imagen la isotopía versal de la mano presencializa lo comentado:

“El amar es el cielo y la luz
el amar es total plenitud
es el mar que no tiene final
es la gloria y la paz”.

Dame tu mano que es tu corazón.

... Sentir la eternidad entre las manos

... Han pasado mis
manos el deseo

... Te vi con manos
llenas de espacio

... Ven para que
junte las manos
como un salmo

... Y el mejor amuleto está
en tus manos

... Yo sé que guardas en
tus manos las huellas de
mi rostro

Mis manos cantan imitando barcos

... Mi mano espera la llegada de tu rostro
... Si, dame tu mano, abárcame, ilumíname

La imagen poética tan reiterada, gravita en un conjunto de vivencias: las manos hermosas de la madre, de la novia, de la esposa, de la hija; en cada momento imaginado de ternura y emoción profundamente evocadas.

El ensueño poético de Cote Lamus, prefigura las imágenes poéticas de sus creaciones artísticas y su alma dice su presencia planteando su problema fenomenológico, como apunta Bachelard (1960) la poesía es entonces un alma inaugurando una forma.

En “Visión enamorada”, nada es el poeta sin la amada, la voz y el cuerpo. Ella es poseedora del universo:

Las horas se llenaban de ti y los momentos,
durando el fulgor que se elevó a los astros,
permanecieron puros, virginales, azucenas en tus manos, (p. 114)

...

Las manos son esencia en el tiempo y en el cosmos. Como en el “Poema en la sombra” donde el poeta busca el nombre de la amada en el olvido para:

... hallar el camino que cruzaron mis manos
cuando la Cruz del Sur lloraba en tu mirada (p. 115).

El poeta no alcanza a ser olvido porque: “Entonces yo escribiré tu voz...” en “El corazón desbordante”:

.....

hoy que no soy sino recuerdo.
Ando de regreso y no alcanzo a ser olvido.
La evocación está delante, atrás, más allá:
mi mano coronaba el viento como el Cauca en un aljibe.
¿Quién te enterrará, aire que me envuelves? (p. 119).

La palabra, fabula y ubica al lector en la apropiación del espacio del lexema muchas veces reiterado, para presentar nuevamente la imagen que hace vibrar el corazón del yo poético. “Viajando en tu nombre” es un poema donde el ser enamorado “Circundado estoy... de tus inacabables manos” (p. 120) para apalabrar su soledad y decir: “Y no pido libertad sino quererte; / ya no pido la muerte ni la vida/ y soy una batalla dormida en una espada./” (p. 122).

La voz que habla se convierte en resignación, es voz interior que se ubica en la quietud y en el fin de la lid poetizando su esperanza.

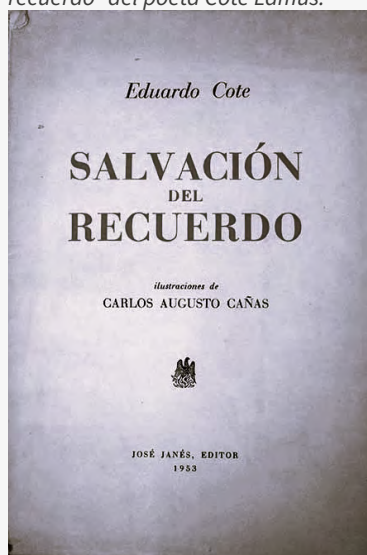
En “Poema imposible”, Cote Lamus suplica:

Deja por última vez que mi tacto te sepa
porque quiero aprenderme tu cara de memoria,...

Porque:

.....
Yo te amé de frente, por entero
y me miraba largamente en tus manos
buscando dar olvido a mi antigua sed de orilla (p. 123)

Figura 58
Segunda obra “Salvación del recuerdo” del poeta Cote Lamus.



Fuente: IberLibro.com

La amada es la vida para poetizar la conciencia semiótica que se tiene de ella, como la paz y el espacio presentado para acabar la soledad.

En la esfera corporal de lo humano “Salvación del recuerdo” es la voz, el tacto, la automirada del poeta a través del sueño que lo hace ver, “la mano palpitante - viva, que lo hace ir por el cielo camino de unas huellas y lo lleva al reencuentro:

.....
Pienso que fue la yerba, el corazón o el día
la mano palpitante que me mostró su tacto
tal un cielo mendigo solicitando estrellas,...

.....
distante la amé cuando la arena tenía sus
manos,
cuando el desierto quería beber sus manos
y ser un poco mar;...

¡La amé, la amé siempre! (p. 127 - 128).

A esa esfera del sueño es al que pertenecen las ansias y deseos del poeta pamplonés. Tal es la poesía que se encuentra en el poema y en el corazón. La fuerza de la palabra primigenia se hace presente creando las significaciones y sentidos de la imagen en el poema, como la posibilidad de salvación emotiva.

Luego vienen los poemas a la madre, al hijo, al padre, a los lugares queridos de la infancia, a esa esfera contextual, social y familiar donde la vida del hombre se detiene porque los recuerdos recónditos son luz vital para la creación literaria.

La poesía entonces, brota semióticamente conciliando las angustias de hoy con la alegría de ayer que redime la subjetividad del poeta. Cote Lamus, al igual que otros poetas de Mito, persigue el sentido humano expresándolo abiertamente en versos heterométricos y así da respuesta a sus anhelos humanos.

Hay un feliz reencuentro y un “diálogo” con las imágenes que le impactaron desde niño. En la plenitud de la edad, retrotrae la infancia, para vivirla en la palabra. El mundo cósmico infantil unido al de la madurez, aparece en la soledad y se hace escritura. “La edad nueva despierta a la antigua. La edad antigua revive a la nueva” (Bachelard, 1993, p. 47). La edad antigua echa raíces en el tiempo presente del cantor lírico.

En los versos está el culto a los mayores, la identidad familiar perdurable en soliloquio entrañablemente emotivo y que se retiene porque fue vivenciado en el lenguaje.

En “Madre en mis cosas”:

Madre, yo aquí con mis cosas:
con este cuerpo usado que deseo cambiarme,
con el polvo pegado en el vestido, en los zapatos,
con esta cal que me mantiene el peso,
con esta ceniza que me hace mover las manos,
... Madre, tu hijo cuenta
once años más desde el día de tu nunca; (p. 131).

El plano real y el imaginario, como fenómenos estéticos, se cruzan en la palabra en un fluir de versos continuos para contar la historia de vida del poeta; los recuerdos infantiles, los hermanos, los amigos, los ideales y los amores:

Te contaré, Madre,
me he dejado crecer las barbas
y todavía me llamo Eduardo;
Padre sigue sembrando árboles,
Guillermo es arquitecto y se ha casado,
Helena hace lo que tu hacías
y yo viviendo, consumando el olvido (p. 131).
.....
Si, Madre, ahora no soy más que ternura (p. 134).

Figura 59
Cote con su señora madre.



Fuente: Lara (1994). Nota. 30 años de ausencia

La ausencia del seno materno sin el cual la vida es absurdo de la existencia se produce en su poesía un mecanismo de la recuperación en la palabra.

Y sobre la amada “le comenta” que:

Es blanda cuando yo la acerco a mis brazos
para que sienta mi amor bajo su pecho.
Yo me ilumino con su voz
y mi sombra está pegada a sus dedos (p. 134).

Decía Cote Lamus (1974) que:

La muerte atraviesa la poesía, pasa de poeta en poeta, de siglo en siglo, con su propio mensaje de preguntas sin respuesta. Sale de una voz cuya boca se pudre entre la tierra y pasa a otro y la recoge luego uno nuevo, y así hasta la consumación de los siglos. Igual que en la carrera de relevos sin detenerse nunca, así hasta nuestros días (s. p.). Porque la muerte es una imagen que va unida a su vida, a su existencia.

Amigo mío: esperamos que nos llegue nuestra muerte.
Y si a Ti, se te acerca antes,
regresa con ella el día que me toque el turno
para que me cuentes, antes de morir qué es lo inefable!

La efusión lírica de la ternura filial hacia la Madre, se concreta más en el poema “Confesión a los 20 años”. En él, Cote Lamus testimonia la intensa comunicación y confianza que le inspiraba su progenitora y le confía sus temores y angustias, su temor de morir.

Veinte años... Y la infancia... Y un dolor. / Y la tristeza. Y los tiempos. Y la angustia. / Y el universo plasmándose en el hombre / a través del cosmos de la muerte./.

.....
Aquí estoy: -en la mitad de mí mismo-
arañando las rocas del espíritu
en busca de los huesos de Dios y su mirada,
para poder tragarme lo finito y lo imposible
y derrumbar con mi gesto desolado
las alas de los ángeles en vuelo.
.....

Veinte años... y la muerte.

Y yo no quiero irme.
No quiero irme nunca de la tierra.
Yo no quiero irme, aunque me muera.
Yo ansío que se recuerden mis palabras,
en la boca de algún desesperado,
pero hasta ahora,
no he dicho mis palabras.

Yo no quiero irme todavía
porque no he dejado mi mensaje,
ni tan solo un pedazo de mi alma,
sino la forma del cansancio
en el puño de un poema.
. (pp. 35 - 36).

El poeta no encuentra asidero en la vida, su destino es sombrío y ante él expresa la necesidad de cumplir una misión a través de la palabra, a través de la poesía. Es una angustia existencial que llena de miedo y de temores al hombre, al poeta cantor de la muerte. Sus gustos y anhelos individuales aún no estaban satisfechos. Pero el poema y la palabra serán los instrumentos que le permitan eternizarse en el tiempo y en el espacio como en efecto ha sucedido.

La imagen fenoménica de no partir, se cumple. La supervivencia de Cote Lamus en sus poemas y en el recuerdo de sus ejecutorias y su personalidad, aún se siente en el ámbito artístico y cultural y en la literatura.

Como lectores escuchamos la música interior que hay en los poemas de “Vida cotidiana”, como la música y la voz de un hombre-poeta, cortés, filántropo y pausado que alquimizando la palabra presenta metafóricamente a sus seres amados en un momento de nostalgia. En la “Elegía a mi padre”, visceralmente, el yo poético de Cote Lamus recuerda con hondura agri dulce al padre ido y lo reconstruye sobre referencias de naturaleza.

Una vez tendido le dio por morir
antes le había dado por vivir,
por talar los eucaliptos y hacer la casa
y se echó a morir porque sabía
que de esa no pasaba (p. 213).

Figura 60
Don Pablo Antonio
Cote Bautista.



Fuente: Lara (1994). *Nota*.
30 años de ausencia

“La profesión del hombre”, se destaca en el poema reconstruyendo el tema de la mano como símbolo de fuerza y energía; de su padre y como símbolo e imagen imborrable del asombro ante su padre campesino:

.....
En su mano derecha la firmeza
como empuñando un arma
o dirigiendo un surco o trazando
el círculo de su vida, cerrado,
arbitrario, pero tan propiamente suyo
como el botón de toasco palo,
con el sombrero o los zapatos
o la ropa que llevaba, que ya era suya,
hecha por él, como sus actos.
Su mayor riqueza consistía en ver sus potros... (p. 213).

Figura 61
Imagen representativa del poema “Elegía a mi padre”.



Fuente: Ilustración realizada con apoyo de IA.

Hombre fuerte como el hierro, era su padre Pablo. Hombre fuerte que se fija en la metáfora airosa y metafísica:

... de sus brazos que iban y venían
como alentando el fuego del herrero

de su propia existencia, le caía
fuerza, sudor como yunques, dominio;
desde sus brazos le caían los días
que vivió, uno a uno, a borbotones (p. 214).

Recordando la muerte del padre, el poeta mitiga su pena resarciéndose de la herida causada en ese momento doloroso, expresa la proximidad de su desprendimiento vital como una profunda verdad:

Por el aire te pusimos en las manos
de otros recuerdos, y tu tierra era entonces
tan cercana. Río arriba, entre los climas,
te nos hiciste piedra en el pecho,
te nos ibas hundiendo pecho adentro
porque tú estabas en él y te nos ibas (p. 214).

En estos versos se recuerda a Anaxágoras físico, filólogo, matemático griego nacido en Clazomene hoy Turquía, según Aristóteles, dice que el hombre es el ser vivo más inteligente a causa de tener manos, debido a su habilidad para usar las manos lo cual le otorga una ventaja cognitiva sobre otras especies. Esta idea ha sido importante a lo largo de la historia y ha sido objeto de debate filosófico y científico zapia.com (2024).

Con metáforas llenas de sentimiento, el dolorido yo poético magnifica la pena y el dolor llevándolos poéticamente a la imagen cristalizada en el poema.

Para Cote Lamus, la muerte de su padre fue otro duro golpe de la vida. Estaba en el Consulado de Frankfurt, cuando lo llamaron por la gravedad de su padre, que habían traído a Pamplona. El vuelo de Alemania a Colombia fue una odisea y con ella iba creciendo su angustia, pero alcanzó a llegar y encontrarlo con vida aún, en una mañana en la cual lo sentía más humano:

Viejo campesino. Padre mío,
en palabra y el acto igual que el hierro:
tan de una vez, tan para siempre:
viejo de a caballo, viejo macho (p. 215).

Y este viejo macho, muriéndose, en la mañana, cuando llegó de Europa su hijo Eduardo, dijo con gran lucidez: “Llegó mi caro turista, caro a mi bolsillo y caro a mis afectos”. Padre, palabra, acto, ser auténtico, metafísica existencial poéticamente expresada por “Lalo” Cote.

Y en esos poemas también la repetición de mano, se apalabra para reafirmar los sentimientos acentuando los efectos poéticos del Padre y del hijo, “el hombre mismo” luminoso y de sentimiento filial, honesto, leal.

En “El hijo antiguo”, él es una imagen virtual que surge de lo presentido:

Hijo mío que estás en todas partes,
que nos señalas, cósmico, como un puño de luz,
que no dices nada, pero si hablaras
nos tenderías los brazos, la mirada,
y yo no puedo darte la mano y levantarte
para que llenes el mundo con tus sueños;... (p. 137).

Hijo distante. Hijo que no tuvo las manos alzadas
como yuntas de hueso bajo el cielo,
.....
Hijo,
con tiernos años a la vida no llegaste
.....

Hijo perdido, si algún día nos encontramos,
no digas que defraudé la cal entre los huesos,
ni que al borrar los rostros de mis manos
maté mi tacto y tus ojos y tus días (p. 138).

.....

En “La sangre iluminada”, las manos amadas son amigas que pueden destruir la soledad:

.....
A veces alzada la oración de un sueño
hasta dejar su vida pendiendo de un suspiro,
hasta dejarla encerrada en una mano (p. 139).

.....
Enmudecía y luego continuaba:
“Estoy muy solo, amada: ven, amada, rubia amada,
porque sé que tus ojos, que tus manos, no son enemigos” (p. 140).

Las manos unidas al corazón religioso se reiteran en el poema dedicado a Mayra en el poema “Espera el corazón tras de las manos”:

.....
Y detrás de las manos yo recuerdo.

Las veo lejos de mí, las siento apenas.

.....

Estoy solo, estoy ciego de mis manos.

Señor, cielos y vientos no eran míos,

.....

Pero, Señor, devuélveme las manos

aunque meta los dedos en la herida

que yo me haga por saber si vivo (p. 162).

Figura 62
Cuarta obra “La vida cotidiana” del poeta Cote Lamus.



Fuente: Hablar y Decir (2024)

La resignificación estética de la mano, en Cote Lamus, adquiere singular transcendencia; subyacen en ella los significados culturales de la infancia aunados a quehaceres hogareños del padre, especialmente conjuntos con la captación de la inmediatez y de la cotidianidad de los poemas del libro “La vida cotidiana” (1959). Son manos plenas de imaginación, fantasía, asombro y ternura, se convierten en ícono de corporeidad.

Los temas cotidianos ejercieron una poderosa influencia en la vida y en la creación poética de Cote Lamus, y se reinstalló en su verdadera dimensión espacial humana, la vivencia de lo inmediato que ayudaron a afirmar la existencia, que recogió de un mundo inmediato.

Aquí logra su expresividad poética, caen los convencionalismos y los compromisos afectivos, el poeta se suelta, alquimiza la palabra y encuentra el cauce claro y profundo del verso, consciente de sus contextos sociales, el poeta se reconoce en el otro, en la colectividad de la vida, la violencia y la muerte hacen presencia; sin embargo, hay una utopía de la paz de mejores días para Colombia como en el poeta de Jorge Gaitán Durán.

Mientras Jorge Gaitán Durán, era el poeta cuya voz brotaba apasionada como el torrente impetuoso especialmente en “Asombro”, “Amantes” y “Si mañana despierto”, en Cote Lamus su palabra era similar a la de Juan Ramón Jiménez: “Manantial – hilo – de agua – que dice y se dice suave y tiernamente”.

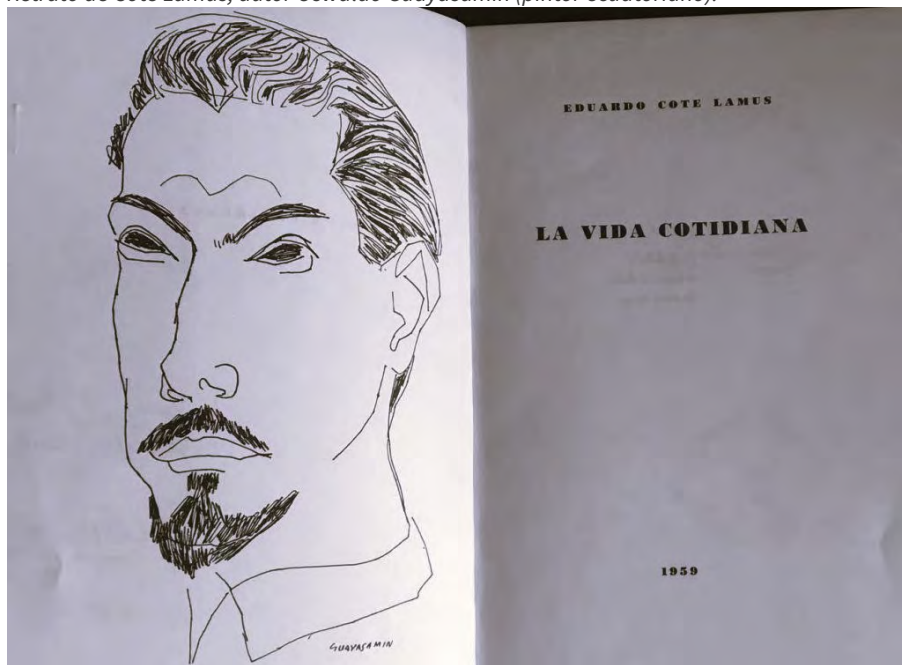
Cote Lamus, con sus ojos de lince y su barba negra daba una impresión de impacto inolvidable, decía Baraibar (1960) curadora de arte.

Enmarca la naturaleza mediante manifestaciones expresivas cotidianas y abierto con las demás personas.

Con Jorge Gaitán se produjo en Europa un cálido acercamiento y amistad. Distantes y separados en su terruño fueron la lejanía de la patria y la familia acicates para trabar una buena interacción de amigos. Contrapuestos en su ideología, Gaitán Durán abierto al mundo, pluralista, hedónico; Cote Lamus, tradicionalista, amigo de la naturaleza y el recuerdo, no lo fueron en su amistad, porque las diferencias ideológicas los complementaban.

Figura 63

Retrato de Cote Lamus; autor Oswaldo Guayasamín (pintor ecuatoriano).



Fuente: Cote, Poema en Salamanca para Eduardo Carranza, (s. f.)

En “Bábega”, poema terrígeno se demuestra cómo el poeta a pesar de haber viajado por Europa no se desarraigó de su entorno natural. Ello explica su profundo afecto por Babega, Silos, Toledito y Pamplona ciudad a la que legó sus cenizas. La tierra en general y la tierra de sus ancestros adquiere fuerza simbólica y poética en los caminos trazados en el recuerdo, por aquellas vías y huellas similares a las manos.

Muy lejos pero cerca del invierno
y en las orillas del Main que es un pájaro
de vuelo negro,
cerca del fin de la estación del vino,
recuerdo la comarca con su aldea,
pequeña como las rayas de la mano.

.....

La tierra sabía más
porque no todo era calma:
una vez en una trilla, las ruanas sobre el brazo,
los machetes ebrios, tambaleantes,
al abrir los músculos y artillar los huesos
cayeron desgonzados cuando la mano
se ablandó, igual que el barro se divide
en las pezuñas de las bestias.

Pero la tierra sabía más:

..... (pp. 216 - 217).

La llamada de lo propio sale al encuentro en los poemas, el poeta vive imaginariamente y de nuevo los lugares queridos y añorados. Por la tierra respira el cosmos, la palabra y la subjetividad del poeta.

El poder invocador comparte en la palabra el sentido humanista del yo cantante quien comparte con el lector el ensueño y los espacios, las imágenes y los seres más caros a su subjetividad estética.

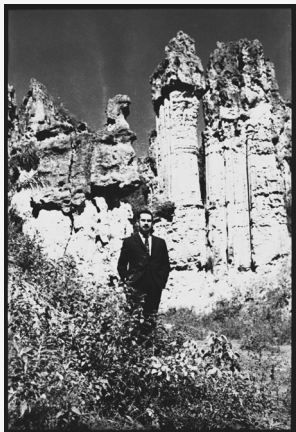
Vida, contextos, recuerdos, ensoñaciones, viajes, familia y el yo poético, unidos fenomenológica y semióticamente han prospectado en estas páginas el horizonte humano y poético de ese gran hombre que fue Eduardo Cote Lamus. Nuevas concepciones de palabras y arte surgen de su pluma romántica.

La relación poema-poesía-contextos-lectura, imbricada en parámetros teóricos e intuitivos presencian y prefiguran la imagen de este representante del Grupo Mito (colombiano) cuya palabra y recuerdo aún perviven allende los mares.

Los valores del humanismo, de su humanismo poético configuran un proceso creador más acorde con su tiempo.

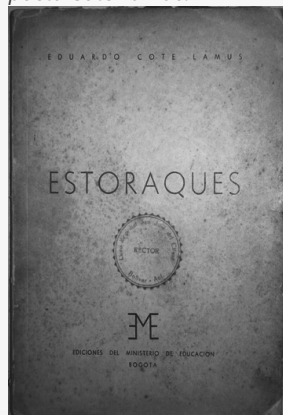
2.2 Estoraques de Cote Lamus (1961 – 1963)

Figura 64
Cote Lamus en La Playa de Belén.



Fuente: Tomada de Wikipedia.

Figura 65
Quinta obra “Estoraques” del poeta Cote Lamus.



Fuente: [Diapositivas de Powerpoint] por Pulido (2020)

“Estoraques” el poema de 500 versos anisosilábicos escritos en ocho apartes, representa el culmen poético de Eduardo Cote Lamus. En este brillante logro literario, influyen los temas que han sido reiterados a lo largo de sus libros y poemas anteriores: “Preparación para la muerte”, “Salvación del recuerdo”, “Los sueños” y “La vida cotidiana”.

La vida devenida en el tiempo, encuentra en el “estoraque” su historia de lenta destrucción. Poéticamente, una serena y dramática reflexión llevan al poeta a reconstruir cósmicamente, la vida del hombre. Aquí junto al “estoraque” la calidad literaria del poeta ha alcanzado madurez, la palabra se instaura fenomenológicamente llegando a su origen de plenitud significativa.

El poeta “sueña” para, como dice Maurice Merleau-Ponty, “vivir” el contenido latente a través de un contenido manifiesto. “Es porque siempre tiene más de un significado, ... es el “milagro” de una “unión mística” del sonido y del sentido...” (Merleau-Ponty, 1979, p. 121). Escribir no exime de vivir, Cote Lamus, “escuchó” en los Estoraques de la Playa, (N. de S.) la historia del hombre y con aire reflexivo se encaminó dos, tres o más veces para “re-vivir” el mensaje que estaba construyendo en el poema. Cote Lamus, mira a nuestra historicidad primordial, (Merleau – Ponty, 1979) al fondo contingente de la historia, que hace al hombre un ser universal en la exacta medida de su particularidad y hace su recorrido en forma cierta y clara con un lenguaje, una palabra que ha regresado a sus orígenes, para dar más sentido a

sus imágenes. El sueño, ese tema especial en Vicente Aleixandre, amigo de Cote Lamus, se paratextualiza con el de la mano.

En este mínimo acercamiento se retoma el tema, isotópicamente presentado antes, unido al sueño para ver cómo Cote Lamus también le da su especial sentido y significación a este, en el siguiente fragmento del poema

“Estoraques” podemos observar como el poeta alude con intertextos alusivos a personajes y ciudades del mundo:

(...)

El Palatino, cierto, es diferente.
Toda la historia cabe en la mirada
y las ruinas así nos lo demuestran.

De modo que podemos ver las piedras
puntualmente ordenadas por Augusto
quien también entendió que los poetas
eran la gloria y prez de su gobierno,
fue amigo de Virgilio, el que hizo cantos
a la reforma agraria:
otra no es la intención de la Geórgicas
en donde están aún los surcos frescos
y los trigos germinan todavía,
y en donde están medidas las cosechas,
la necesaria fuerza para el brazo
que lanza la semilla,
la propiedad, la ley de los viñedos
para que el vino estalle como luz,
embriague como luz, aunque su llama
sea roja.

Y por ahí también anduvo Horacio,
dominador de numeroso metro,
que afiló como a un hacha el epigrama
y cultivó palabras como nadie.
El Palatino está dentro del tiempo.
Su mole es como un puño alzado al cielo
en su ruina imprecando por los días
antiguos. El tramonto le golpea
su soberbia, y su piel, presa de luz
se incendia cada tarde en el crepúsculo (pp. 291 - 292).

Publicado en Bogotá en 1963. Visitó varias veces los estoraques de La Playa, abordó el sentido de la muerte como fenómeno universal simbolizada en la tierra árida abandonada por siglos.

La obra de Cote Lamus se gestó al calor de la Literatura y de la Historia de sus contextos sociales y culturales. Influyeron en él los simbolistas con sus

preocupaciones existencialistas, la visión de mundo trágica en una época de crisis y violencia en el país, la ausencia de deixis positivas en la soledad, el predominio del pesimismo en su acepción romántica.

El escritor Vicente Aleixandre, español y Premio Nobel de Literatura, influyó poderosamente sobre él especialmente en la imagen visionaria que toca más a los sentidos y a la emoción sobreponiendo lo subjetivo a lo racional tan importante en la visión romántica.

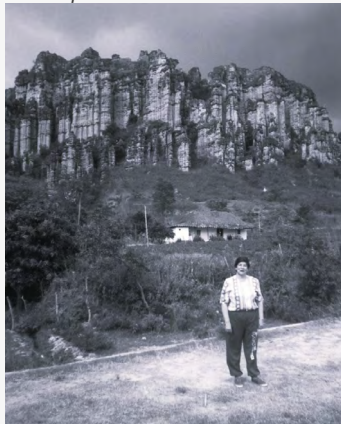
Romanticismo, parnasianismo y simbolismo, fueron tus movimientos estéticos que enriquecieron su visión de mundo y de ello deviene su anhelo de cantar la muerte. Aparte del tema de la muerte aparece el de la mano y el sueño reiterados en muchos de sus poemas.

La imagen de la mano, inicia sutilmente su “presencia” desde la primera estrofa:

El viento que viene y el viento que va
no son nada, en realidad, del tiempo.
El tiempo es otro sitio donde el hombre,
capaz de su destino, trazó el aire,
el arma de sus sueños, y la tierra
labró para guardarse en ella (p. 291).

Nota: Las siguientes fotografías son de la autora de este libro, quien estuvo en los estoraques en la Playa de Belén (Norte de Santander), con el objetivo de conocer y sentir lo que vivió el poeta ante estos monumentos tallados a través del tiempo por el agua y el viento.

Figura 66
Estoraques en La Playa de Belén municipio de Norte de Santander.



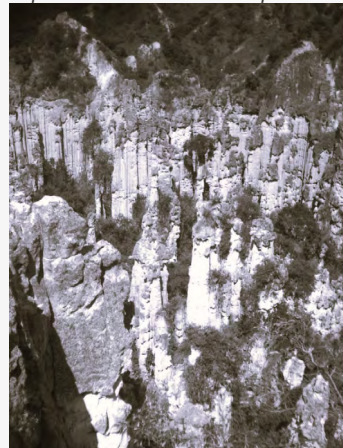
Fuente: Pulido Castellanos (1995). Archivo fotográfico

Figura 67
Viaje a los monumentos tallados Estoraques.



Fuente: Pulido Castellanos (1995). Archivo fotográfico

Figura 68
Experiencia vivida Estoraques.



Fuente: Pulido Castellanos (1995). Archivo fotográfico

Desde tiempos inmemoriales “ella” ha tenido su trascendental “oficio” para trazar y labrar el destino humano; ya en el agro el poeta canta:

... aún los surcos frescos
y los trigos germinan todavía,
y en donde están medidas las cosechas,
la necesaria fuerza para el brazo
que lanza la semilla... (p. 292).

O ya en la noche del Palatino monte romano, que también está en esta historia de la humanidad para mostrar el anhelo del hombre:

... como un puño alzado al cielo
... imprecando por los días
antiguos (p. 292).

La América Latina hace su aparición en el segundo apartado en el que hay una corporeidad acabada por el tiempo donde los miembros han sido amputados, pero aún el camino por la vida se puede continuar:

Encallada, muchas veces en la cima del monte,
aparece grandiosa en su caudal de templo:
el músculo amputado al dios,
el gesto de un rostro desaparecido,
la huella de un pie gigantesco,
el pensamiento redondo,
el labio que exige sacrificios,
el falo soberbio de las vírgenes
que bajan de una lúbrica estrella,
el cuenco de la mano, la macana, la muela,
el pánico, el odio... (pp. 297 - 298).

Cuerpo y manos abocados a un orden cósmico onírico y representado en las siluetas de “estoraque” hacen soñar e incorporar el cuerpo señalándole su sitio.

Hoy es un rostro, máscara mañana,
sueño primero, luego ni recuerdo,
columna ardiendo en el viento en llamas,
tórridas manos sobre la garganta
del caballero ecuestre, río, ríos
de sombra al rojo blanco dominando

aquello que existencia fue sin duda.

.....

Al polvo nada vuelve, todo queda
delante de los ojos y las manos
sin poder recoger las huellas de arena...
... después de preguntar qué significan
esta vida, estos monstruos, estos sueños (pp. 301 - 302).

El poeta sueña las siluetas. Las siluetas son imágenes vivas de sus reflejos imaginativos, de su mirar “la poesía” de los estoraques, en vigilia. Rostros, manos, monstruos, cuerpos trocados en palabras, he ahí las siluetas cobrando vida virtual en el verso. Son lanzamiento al infinito del lenguaje, son creación ambivalentemente elusiva y concreta del hombre y de los seres.

Las descripciones fenomenológicas presencian desde “el pensar poético” de Cote Lamus, su visión de la vida y del ser a través del tiempo. Merleau - Ponty en el curso del lunes (1952), en relación con el tema decía que: “El problema de la pasividad: el sueño, ... El delirio, tanto como el sueño, está lleno de verdades inminentes, camina en una red de relaciones y equivalentes a las relaciones verdaderas...” (p. 46). El poeta “pamplonés”, Cote Lamus, es un conductor de imágenes vividas y presentidas en la realidad y en “el sueño poético como en “Estoraques”.

El viento en el tiempo sigue la destrucción, la vida fenece y entonces:

Aquí los muertos que sembraron sólo
para dejarlos solos con sus muertos
se cansaron de estar muriendo muertos
y empezaron sus uñas a arañar (Merleau - Ponty, 1977, p. 46).
la dura tierra que se les vino encima (p. 306).

Una soledad interior se manifiesta ante la impotencia humana, El mundo, el cosmos, no la superan. La muerte hace presencia y el ser trata de buscar algo en qué asirse, pero no hay salvación. El cuerpo, la mano, la mente, buscan un lugar en ese espacio tórrido superior a sus fuerzas. Una mano no sólo se refiere a un cuerpo, sino que expresa y es la continuación de un pensamiento que es preciso comprender y traducir como lo hace Cote Lamus en sus poemas mediado por la corporeidad.

Cote (1961 - 1963) dice: “... y empezaron las uñas a arañar...” (p. 306). Desde la mirada fenomenológica, y moderna del lenguaje, la imagen nueva de la mano en “Estoraques” connota la mano que se abre a la esperanza:

.....

la sirena se mete dentro,
pasa veloz como sospecha
inquietando, metiendo el dedo
en la conciencia... (p. 314).

.....

porque al hombre le destruyeron
todo aquello que poseía:
la voluntad, la fe, el esfuerzo
de ser como su fantasía
y solamente le dejaron
la razón sobre la cabeza (p. 315).

Sin embargo, el destino continua su carrera y el viento como el tiempo
finiquitan todo.

El hombre nunca estuvo, pero están sus sueños.
¿A dónde va la luz? ¿A dónde el viento?
La ciudad seguramente estaba amurallada..
¿Por qué esta ciudad es una tumba? (p. 319).

La mano que representa la fuerza del trabajo hace su presencia en esas
siluetas de los “Estoraques”:

Aquí las columnas hacinadas
recuerdan no se sabe si los bosques de olivos
que uncidos a sus nudos arden como lámparas
o los dedos de innumerables manos enterradas
cuyas palmas el destino no escribió; (p. 320).

.....

En la hora del crepúsculo, en la cumbre,
se abren estoraques aún no concluidos.
La mano ágil del viento los modela todavía.
Pero nada de amor. La sed no existe.
Nada de vivir, la vida
no existe (...) (p. 320).

.....

Aquí no hay agua. Ni sed.
No hay nada. El tiempo se ha perdido:
el viento es aire de otro tiempo (p. 321).

Porque Cote Lamus, finaliza expresando en un epígrafe: “Ese hueco, en verdad, por el que pasa el tiempo no logra nunca espacio” (p. 323). El ESTORAQUE es la vida y poética imagen nutrida de historia humana; arrasada, acabada, muerta que es transustancializada en Ser, en Seres que a la vez no son he ahí el logro del poema, de las imágenes, de la poesía; de su poesía.

Aunque todo está muerto, la mano, imagen de esperanza y abierta al espacio, representa la fuerza de un dolor contenido, angustiado y presto a explotar. La mano crea la palabra no dicha, busca la esperanza y se ubica en el espacio de la trascendencia. Brillantemente Cote Lamus, cierra la historia de “Estoraques”:

Empecé por abrir la soledad
como quien destapa una botella
y no encontré ningún camino;
di pasos atrás para buscar palabras y cantar
y no vi nada;
volví por la ciudad y sólo el viento,
el que viene y el que va, como perdido,
como buscando Dios, como arañando
los altos, los duros, los broncos estoraques (p. 325).

Porque, aunque “Los muertos, en verdad no tienen sombra”, los sueños del poeta retrotraen las manos porque en ellas está la posibilidad del futuro y la esperanza humana, perdidas volverlas a retrotraer al presente:

La verde llama del ciprés y el viento
no tienen que ver nada con los muertos:
la tierra fue el recurso de sus cuerpos
próximos a la sombra y a su último aliento.
Eran hermosos, en verdad, los muertos.
Se les vio caminar por este mundo
con los huesos seguros, con las manos
capaces para labrar el acto, con
los sueños a la altura de los cielos
y con la voluntad para ahuyentarlos... (p. 336).

Dice Cote Lamus en “Poema en otoño”:

El futuro está aquí y al alcance de mis manos
y la muerte allá, del otro lado del futuro (p. 338).

Mano y poemas, estoraque y sueños son espejo de ese acto poético: “recoger las palabras y los actos” (p. 337) del destino humano y hacerlos poesía y existencia, poema y trascendencia; sí, porque “La poesía es uno de los destinos de la palabra”, según Bachelard (1960).

Las siluetas en ESTORAQUES, son fenómenos del “sueño” que hacen retrotraer al poeta una vuelta hacia el pasado del hombre, hacia el pasado de sí mismo y de la cultura y reflexionan poéticamente sobre la vasta crisis existencial.

Los estoraques son árboles que están en la región Andina de Colombia, su madera es de alta calidad y de su resina se hace incienso, es un área natural única, de paisajes quebrados y erosionados por la lluvia y el viento.

El poema es una metáfora del tiempo que da el sentido de la historia del hombre.

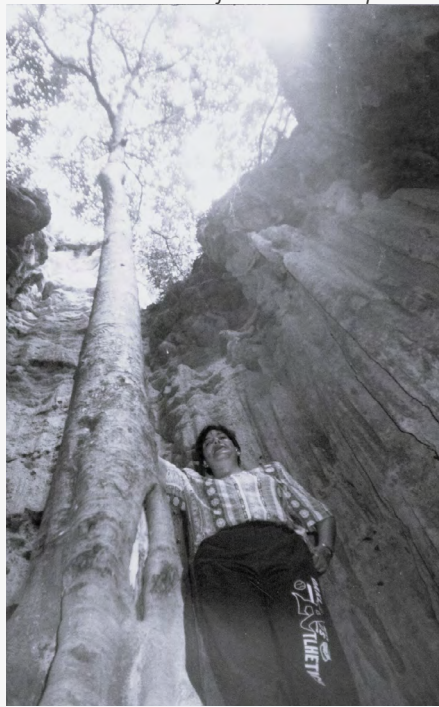
Nota: Profundidades de la vida del poeta en las figuras que descubrí.

Figura 69
La cueva de la gringa en los Estoraques.



Fuente: Pulido Castellanos (1995). Archivo fotográfico

Figura 70
El árbol hacia el cielo junto al estoraque.



Fuente: Pulido Castellanos (1995). Archivo fotográfico

2.3 Poesía y sueño en Cote Lamus

“El pasado es un sueño”

Marco Aurelio

Emperador romano

Figura 71
Cote Lamus “Lalo”.



Fuente: Revista Kaosmo's (2012)

Para Schubert (1810) el sueño era como un lenguaje y la metáfora del sueño, semejante a algunos aspectos de la poesía. Con mayor claridad que en los demás psicólogos de su tiempo, insistió en la imposibilidad de ahogar la vida inconsciente, y supo que los sueños más auténticos escapan a toda memoria y a todo freno. Cote Lamus reafirma esta teoría en “La justicia”:

Lo malo es sentir que pasa el sueño
a través de los ojos y del pecho
y no poder decir lo que sucede
(p. 149).

“La sensibilidad metafísica del poeta nos ayuda a acercarnos a nuestros abismos nocturnos” (Bachelard, 1994, p. 219). Los sueños nos sumen en el universo del vacío total, el hombre en ellos es impotente.

Los románticos cambiaron el conocimiento del sueño con sus noches y lugares misteriosos. Creían que “Sueño lugar privilegiado del misterio puerta abierta a las “Supersticiones”, a las “Profecías”, a sospechosas tentaciones “Metafísicas” o, peor aún “Místicas” (Beguin, 1994, p. 26). Un filósofo, generalmente, del siglo XVIII reducía el sueño a un fenómeno natural, para explicar manifestaciones vitales.

En esa forma fueron apareciendo supersticiones, a las cuales daban crédito. De otro lado, el sueño ha preocupado a estetas y psicólogos, a literatos y poetas; nuestro poeta no fue ajeno a forjar sueños a través de la metáfora onírica, no escapa a la angustia del ser y no ser, porque “Esta la realidad lejos del hombre”:

Evocar, ir corriendo tras los velos
de la noche con el tiempo presente
a las espaldas, como un espejismo
de unos ojos sin imágenes donde

Dios se hubiese mirado desde un sueño;
y soñar que soñamos el ahora,
la esperanza, la luz, la dulce espiga (p. 152).

El sueño en el poema expresa la vital mirada poética del tiempo presente. Aristóteles creía que los sueños eran producto de las impresiones dejadas en los órganos sensoriales, en el siglo XVIII se acentúa esta concepción.

Algunos sueños en la poesía de Cote Lamus surgen de las fantasías en vigilia como en “Imaginaciones”:

¡Cuántas veces en los viajes de aquí
allá pasan los sueños lentamente! (p. 153).

O en “El rey”:

Hay un sitio en tus sueños donde yo he jugado
a ser el rey.
Y es tu corazón (p. 341).

Es la vigilia en la que se sueña para equilibrar el yo y la existencia. Así como las noches profundas nos sitúan en el equilibrio estable de la vida, las imágenes oníricas lo hacen similarmente en el arte:

Yo también fantascaba.
Una noche construí un cuento:
imaginé un sueño grande como mi país
y en vez del mar extendí un nombre
que no acababa de entender.
En aquel sitio y en aquel nombre
yo jugaba a ser el rey (p. 342).

La asociación de la vigilia es objetiva, la del sueño es subjetiva. El sueño puede revelar algunos aspectos de nuestro ser opacados por la reflexión, los sueños enriquecen la poesía. Sueño, poesía y mito, se articulan en el poema expresando los anhelos profundos de poeta. “Ser un ángel también había querido” (p. 156).

Artísticamente hay relación entre el sueño y la vigilia, dos existencias se muestran; una vida vivida en el sueño, donde se establecen las fronteras entre el yo y el no yo; y la unión eros y thanatos.

Me busco el cuerpo porque pesa mucho,
llevar siempre la sombra tras del paso

y no poder decir si soy un hueco
donde pasan los sueños, uno a uno,
ensoñando o el vaso en que los bebo (p. 160).

Figura 72
Tercera obra “Los sueños” del poeta
Cote Lamus.



Fuente: Biblioteca Eduardo Cote Lamus, UFPS

Cote Lamus a través del libro “Los sueños” trata de revelar el “sueño” profundo de su vida. En “La justicia” el sueño revela su esencia de hombre, su yo íntimo; es su corazón el que se muestra en los versos, sus anhelos y sus angustias de carácter liberador. Es el “Sueño de su vida” el que se expresa en los versos donde el referente sensorial corpóreo, aparece con fuerza:

Yo padecía la luz, tenía la frente
igual que una mañana recién hecha;

Pero hay un fenómeno que se opone:

...

luego vino la sombra y me sembró
sin darme cuenta la señal amarga:
las palabras serían desde entonces
una visión del mundo derribado
en sueños; uno tiene que cantar
porque un nuevo Caín es ser poeta (p. 149).

“El estado de vigilia es el luminoso de la vida, y el dormir su lado de sombra” (Beguin, 1994, p. 129). el primero es vida, el segundo es muerte y destrucción. En el estado de vigilia el yo poético aspira a la felicidad, en el sueño hay una reflexión ambivalente: Cantar y ser Caín. Luz y sombra, vigilia y sueño son el movimiento de vaivén del espíritu y de la materia del poeta.

El sueño como una especie de nebulosa gobierna el destino de la palabra en el poema. El yo poético expresa su indefinición:

Liberto vago, sí, manumitido
de mí: la sombra soy de lo real;
pero tampoco puedo darme cuenta
de qué es lo que transcurre en mi contorno (p. 149).

En el poema “Los indudables sueños” Cote Lamus reitera en “astros” y “antorchas alumbrando”; cómo el estado de vigilia es la luz, la plenitud del

hombre y cómo “la sombra” implica el devenir del tiempo corriendo arriba, abajo hasta “la sombra” que es la muerte.

Lo abstracto de los poemas de ésta época en Cote Lamus, hacen un poco difícil su apreciación pero se observa que en ellos hay una síntesis apretada de la esencia de la vida y de la esencia de la palabra en el tiempo. Hay preocupación poética porque la palabra quede y trascienda como se canta “En el aire se borran las palabras”:

El viento va midiendo las palabras
que ruedan por el hombre como mundos.
.....
El silencio es el mar de la palabra...
.....
Por cuanto el verbo calla se abre un hueco
habitado por aves, por ausencias,
por las sombras sonoras de las letras
que pasan por el hombre como ráfagas (p. 151).

Si la palabra verbalizada se apaga, queda la naturaleza cantando y, en ausencia del cantor, del poeta, del hombre, revive el recuerdo del poema por la sonoridad de sus letras. El poema es santuario de grandes revelaciones del alma del poeta.

En “IMAGINACIONES” Cote Lamus quiere ser quién desde ecos y voces interiores imagina para hacer presencia de las experiencias del mundo en la palabra.

De todas maneras, suele haber algo de verdad en los sueños, como pensaba el novelista Eugenio Sue (1845).

De un lado a otro imaginando el tiempo
debajo del arado de las aguas
cual tambor redoblante busco días,
enanos o gigantes o pisadas
de fábulas; profundos siglos, siglos
que duermen en los huesos de animales;
.....
... Hundo azada entre la sangre
donde el amor se funda en nada, en nadie (p. 153).

Y en esa serie de “Imaginaciones” vigorosas parece el alma del poeta y el alma de la amada se reúnen a través de la palabra que se remonta al cielo del amor:

Rodeada de palabras va la amada
que cuenta en las estrellas las palabras
que caben en sus labios... (p. 153)

Sin esfuerzo el poeta se duele en soledad:

... ¡Cuánto amor
en la existencia para quedarse uno
tan sólo!... (p. 153).

El poeta se duele de la soledad, en el lenguaje poético, que es soledad del romántico. Es voz que dice, lo que dice el sueño. Hay melodías interiores en la imaginación, que pasan dolorosamente; es una necesidad de afirmar el problema subjetivo para seguir viviendo. Hay una relación entre la palabra poética y los sueños y los anhelos de Cote Lamus; así mismo existe la relación con sus contextos como lo asegura Soldmann en la génesis de la obra literaria.

La naturaleza doble del sueño, hecha de sombra y luz; de vida y muerte se “reflexiona” y también se da inconsciente en la poesía como una revelación.

Es una forma de comunicación interior que expresa nuestros abismos y vacíos interiores como lo hace Cote Lamus.

De ello, deviene una poesía que tiene mirada, mundo y poesía. Hay en esta etapa, maduración estética interior para plasmarla en el poema. El poeta enfrenta en el verso el tema de la muerte en “Que esto de morir es ya la sombra”:

No podéis decir: “Esto es una sombra
o un hombre, o la sombra de una sombra”.
¡Está en venta un cuerpo! ¡Se vende un cuerpo! (p. 154).

Es la manifestación más clara de la lucha del hombre contra el tiempo, canto brotado del abismo interior del poeta que hace poema el sueño, y sigue:

¿Quién lo compra? El mejor postor acepto.
Mirad, dice palabras, dice cosas;
yo le he oído decir: “El hombre vive” (p. 154).

Al sueño, el poeta Cote Lamus, pide palabras para revelar los secretos más hondos de su alma y continúa:

¡Calma! ¡Calma! No os afaneis, no dice
nada que os pueda torturar; él,
por ejemplo, creyendo en las estrellas
un día dejó los sueños en el aire.
Porque un río se contempló en sus ojos
la luz no le dió tiempo para ver
su rostro, ni las manos, ni sus días (p. 154).

“Y lo mismo que en el sueño, describimos (en esos versos) nuestro doble yo: el que sueña y el espíritu que contempla el sueño, el narrador y el oyente...” (Beguín, 1994, p. 200).

El sueño como el mito, no son menos reales que la misma realidad. El “sueño” es la expresión necesaria de las inquietudes existenciales del artista, del hombre, de Cote Lamus, es la poesía, vivida en el sueño a la manera de la de algunos poetas españoles.

Cuando yo dije “Monte”, entre las formas
increadas del pecho el corazón
balanceó la vida, y no sabía
que al decir o pensar alguna cosa
todo encuentra presencia: Yo transcribo
los sueños: los sueños y purifico.
Yo, un sueño, digo más: soy lo soñado (p. 177).

Deshilando las madejas del sueño en 1953, Cote Lamus crea versos cargados de lirismo donde “la esperanza”, “la luz, el pan rebelde” son los símbolos bisémicos del amor en “El corazón cuando la tarde es nada”:

.....
Con hojas teje su canción el bosque
celoso del sol, con sueños el que ama
cubre su libertad uncida, mientras
la nieve viene y va, siguen los sueños.

.....
La soledad es la única estación
del que ama porque se halla limitado
y la amada para él es imposible.

.....
Ella, caricia en su costado, sueña,
mientras él es la luz que la ilumina (p. 188).

La representación “soledad”, amada imposible; él, luz que la ilumina”, se constituyen en voz y poema como ensueño propio del Yo poético y soñador, que une sus sentimientos al mundo y a la naturaleza; proclamando, en síntesis, cómo en el bosque mientras pasa el tiempo, el sueño del amor sigue en búsqueda de la amada. Así la poesía ayuda a salvar al hombre de la pena.

En Cote Lamus; “los sueños”, “el sueño”, “la ensoñación” son sueño y ensoñación actuante que hace menos dolorosa la soledad como en el anterior poema y/o presencializa “La caída” de los seres amantes:

Caemos y caemos y caemos.
Caemos desde mí. Yo caigo desde
ti. Nada nos lo impide. Nadie. Todo,
para ir precipitándose, se acaba.
.....
-Estábamos bailando muy unidos
cuando de pronto el suelo nos faltó.
.....
Si tuviéramos piso temblaríamos.
.....
-Un sueño más un sueño más tu sueño
se han perdido. Verdad, nada sabemos (p. 193).

El arte del sueño es experimentar su carácter actuante en el poema. Los sueños como ensoñaciones, expresiones son de un universo sensible; ya alegre o ya triste, son compañía o soledad poética en la palabra. En el mundo de los sueños, el hombre; es hombre que se sueña y que va al “Encuentro con la altura” poema que cierra, en Cote Lamus, el tema del soñador en el tercer libro:

No sabes hasta dónde me he encerrado:
hasta más allá del final de la última
escalera que da a los sueños. Nunca
había estado conmigo tanto tiempo (p. 196).

Estas imágenes poéticas revelan una especie de mundo cósmico íntimo, como dice Bachelard (1960), donde el poeta sumido en sus introspecciones se encuentra en soledad, eje motivador del arte literario que nos hace entrar al mundo virtual del poeta, motivando otras búsquedas fenomenológicas de su imaginación creadora que pueden ampliarse en miradas a su mundo de ensoñación y poesía que reafirman su existencia como en los versos anteriores.

En el libro “Vida cotidiana”, esporádicamente, el poeta retoma el sueño para cantar el cosmos o para expresar su propia representación. En “La boca oscura” aparece el sentimiento especial de Cote Lamus por la naturaleza:

En cada viento llega una palabra,
igual que cada sueño tiene un nombre;
el movimiento de la primavera,
con su viaje de vuelta en el otoño,
deja atrás un lenguaje que ella olvida (p. 238).

Cada tiempo y cada estación traen una nueva forma de expresión, proyectando el dinamismo del lenguaje que en el canto pregonan la naturaleza:

.....
... Y es deber del canto
hermosamente relatar el árbol,
no el que vemos y bajo el cual soñamos,
sino la imagen que se lleva el río (p. 238).

Fenomenológicamente expresa cómo nace la imagen poética como don especial del creador. Es la imagen del árbol que se lleva el río, imagen impresionista captada por el poeta en sus momentos de ensueño que da, de viva palabra, más frescura sensitiva a su arte.

En el poema “Yo transcribo los sueños”, gracias a la belleza de la naturaleza contemplada se despierta su imaginación cósmica y onírica:

Cuando yo dije: “Monte”, entre las formas
increadas del pecho el corazón
balanceó la vida, y no sabía
que al decir o pensar alguna cosa
todo encuentra presencia: Yo transcribo
los sueños: los sueños y purifico.
Yo, un sueño, digo más: soy lo soñado (p. 177).

En esa naturaleza primordial el alma del poeta se encuentra en plenitud. Entre su subjetividad y el “Monte” existe una particular y secreta correspondencia, el hombre se encuentra allí porque en la estructura semiótica del poema la palabra “Monte” remite a sus más primigenios espacios; el campo, lo terrígeno, lo bucólico que vivió en sus tiempos de infancia y que despierta en él, su “imaginación cósmica”. El tiempo pasado se abre y hace presencia en el poema, en Cote Lamus, se cumple lo que dice Bachelard (1960) “...

la ensoñación nos enseña que la esencia del ser radica en el bienestar, un bienestar arraigado en el ser arcaico” (p. 20). El poeta sueña y es el sueño mientras sueña y dice: “Monte” representando todo un mundo de vivencias placenteras. Es un feliz retorno a su ser y a su mundo. La imagen del monte conjunta todo. Su ser; ser mismo.

El límite soy yo de mí conmigo: (p. 196).

Los obeliscos, columnas, “catedrales” que ha conocido en su vida se le presentan personificadas en los estoraques y encierran en sí mismas, misterios que llegan a la emoción poética de Cote Lamus para convertirlos luego en palabras connotativas y metafóricas.

Sus versos tienen la frescura de la emoción poética. Imágenes misteriosas en los poemas que, al contemplarlas en La Playa de Belén con sus estoraques, me dejó perpleja ante este escenario maravilloso de los “Estoraques” de Cote Lamus que irradian preguntas, misterio, interpretación, imágenes, enigmas del tiempo que ha dejado sobre las columnas naturales esculpidas, en montañas que, con el viento, la lluvia y el paso del tiempo formaron figuras mágicas de hombres de todos los tiempos, que dan sentido humano al poema.

En “Estoraques” el sueño tiene polifonía; es arma del hombre, sueño del muerto, ojos sin sueño; constituyéndose en isotopía que se articula a las imágenes que surgen de las siluetas que el poeta capta estéticamente en las moles de piedra que prefiguran seres humanos.

El poeta expresa el sueño entretejiendo imágenes y palabras:

El tiempo nada más en la piel del estorake,

.....

Aquí las ruinas no están quietas:
el viento las modela...

.....

Ese bote de lanza del jinete
contra algo inexistente, ese ademán
de contienda en esos ojos sin sueño,
ese violento paso del caballo...

.....

Hoy es un rostro, máscara mañana,
sueño primero, luego ni recuerdo, (p. 301)

.....

... Nada, más que el sueño
de pronto convertido en nada (p. 302).

El “sueño” en metáforas, presenta un proceso imaginativo en vigilia incorporando en la palabra y en microtextos, las huellas que el viento va dejando con el tiempo en montañas y cordilleras que ahora se han convertido en hombres o dioses, sombra de la existencia.

...

Nada queda de todo, todo es nada.

No se puede sentir la realidad

sino en los sueños... (p. 306).

Soñadas y meditadas las huellas de la vida, Cote Lamus se hace la reminiscencia, de una realidad ida. “Basta así la palabra de un poeta, la imagen nueva arquetípicamente verdadera, para reencontrarnos en los universos idos” (Bachelard, 1993, p. 193).

Cote Lamus, nos relata en “Estoraques”, la historia del hombre que hizo el tiempo, que nombró las cosas, las ciudades, emperadores, artistas, “la vida, el amor, la mente”, pero el viento lo arrasó todo.

El viento suena, suena el viento...

.....

Lejano todo, los países

extinguidos,... (p. 315).

.....

Aquí ya sucedió el juicio final.

Lo demás son huellas, son restos (p. 316).

Más aquello es otra cosa:

para nada cuenta el tiempo.

El hombre nunca estuvo, pero están sus sueños (p. 319).

.....

Toda la montaña es estoraques:

los templos pretéritos -acaso sin dios- donde la vida
no existió...

.....

y nada menos que el sueño, es decir, lo único
que de los hombres existe... (p. 319).

Son palabras “hijas de la noche”, como dice Bachelard (1960) y cobran sentido en el paradigma poético e identifican las angustias y preocupaciones existenciales del poeta. El sueño, ese mediador entre el poeta y el universo;

entre el poeta y el tiempo; entre el poeta y la palabra, es el que le sirve a Cote Lamus para imbuirse en el “estoraque” y mezclando ensoñación y realidad, palabra e imagen, crear plásticamente su poema que fue un logro, el más importante logro en su poesía.

El espacio de “Estoraques” fue escrito para ser leído desde “el sueño”, desde la huella, desde la remembranza y aún más desde la fenomenología misma del Estoraque de La Playa para quien tiene o ha tenido la fortuna de caminar por su misterio y acostarse en el “caminito” y mirar el cielo, perderse por el árbol hasta el infinito de la imagen real y literaria como lo hizo Cote Lamus en sus variados viajes a los estoraques. Ese sueño del estoraque en nosotros, es el “sueño” del mundo organizado, escrito por el poder del “sueño” y de la imaginación, que es mayor que una imagen venenosa.

A continuación, una mirada al poema “Pamplona” de Eduardo Cote Lamus, nos permite ver la presentación que hizo de la Ciudad Mitrada, ciudad a la que el poeta llevaba en su corazón:

2.3.1 Lectura isotópica del poema “Pamplona”

“Pamplona, “Ciudad estudiantil” del oriente colombiano se precia de ostentar varios títulos por sus características y hechos culturales e históricos. Entre otros, el de “Pamplonilla la Loca” por el derroche de oro que los españoles hicieron por los años de 1550 y tantos, más bien pocos. Y, como se independizó de los peninsulares, el cuatro de julio de 1810, y en su seno registra ser la patria de la familia Almeyda Zumalave, cuyos hijos Ambrosio y Vicente fueron los organizadores de la Guerrilla Almeyda en territorio cundino-boyacense para fortalecer el ejército Libertador, y, además, porque muchos pamploneses en diferentes fechas respaldaron la lucha independentista, el Libertador Simón Bolívar le otorgó el nombre de: “Ciudad Patriota”.

Pues bien, a esa “Nueva Pamplona”, fundada por los españoles don Pedro de Ursúa y Don Ortún Velasco, el 1 de noviembre de 1549, también se le denomina “Ciudad fundadora de Ciudades”, “Ciudad Mitrada” y “Atenas de Norte de Santander” este título, por ser cuna de grandes artistas y escritores: Eduardo Ramírez Villamizar, escultor y pintor, Oriol Rangel, músico, Beatriz Daza, ceramista, entre muchos más. De los escritores de renombre el fundador del Grupo y la Revista Mito, el escritor y poeta Jorge Gaitán Durán, Francisco “Pacho” Valencia, Guillermo Maldonado Pérez, Luis Luna Maldonado y patria chica de su hijo adoptivo el intelectual, estadista escritor y poeta Eduardo Francisco Cote Lamus.

Nacido en Cúcuta, el 18 de agosto de 1928, cumpliría 92 años de edad este año y el 3 de agosto de 2020 se recordó su muerte acaecida en el sitio “La Garita”, el 3 de agosto de 1964, hace 56 años. Sus cenizas las legó a Pamplona. Sobresale entre sus obras poéticas el Poema libro “Estoraques” de casi quinientos versos, uno de sus logros literarios. A la ciudad de sus amores le dedicó el poema “Pamplona” objeto de este acercamiento de lectura desde la perspectiva de las isotopías.

El escritor mexicano Cieri (1988) en uno de sus sabios aforismos aseveraba que: “El tiempo es como el viento, arrastra lo liviano y deja lo que pesa” (p. 30). Retrotraemos para esta lectura, esa oración porque en la mayoría de la obra literaria de nuestro poeta Eduardo Francisco Cote Lamus, estos dos ejes temáticos, cobran mucha importancia connotativa y simbólica, y, en el poema que nos ocupa también tienen su razón de ser.

En primera instancia, el poema “Pamplona” está estructurado en cuatro partes iniciadas con el verso: “Al fondo la ciudad” lo cual constituye la base de una primera isotopía temática y circular porque el poema termina como inicia.

1. Al fondo la ciudad
2. Como piel extendida frente al sol.
3. En cada punta un monte hace de estaca.
4. Las frescas venas muertas se resecan
5. Y roturan al pueblo como calles,
6. Y por el sitio donde entró el cuchillo
7. Se taja el boquerón que deja abierto
8. Paso al río y al tiempo
9. Por donde sale el agua y entran días
10. Con un ritmo de viento, cuyas alas
11. Se llevan cada instante
12. Los últimos temblores del pellejo
13. Tendido siempre al sol,
14. Desollado, humillado, hollado, vuelto
15. Hacia arriba, puro y sin protesta.
16. Al fondo la ciudad
17. Como un tambor en el hondón del valle
18. Donde redobla el tiempo, a latigazos
19. A la neblina
20. La gobierna el viento
21. Y los crueles badajos
22. De las otras campanas

23. Golpean el parche del tambor de tierra.
24. Al fondo la ciudad
25. Que quiere huir de sí por los caminos,
26. Por el de la Corcova que conduce al páramo,
27. Por el de los Garabatos que lleva a otro páramo,
28. Por el de Chíchira que significa
29. El lugar de salida de la luna.
30. Resuena el borbotón en la vaguada
31. Al fondo la ciudad
32. La miro desde mis primeros sueños
33. y desde los de ahora, en los que escribo.

Cuatro veces (versos 1, 16, 24, 31), reitera la ubicación topográfica de Pamplona para enfatizar este motivo que mira, “desde mis primeros sueños” (verso 30) ¿desde los de ayer, los sueños de su pasado, los de su infancia, los de escribir? y que visualiza desde los sueños de “ahora” (verso 33), en el presente de la escritura. El poema iniciaría con esos últimos versos. “Al fondo la ciudad. / La miro desde mis primeros sueños/ y desde los de ahora, en los que escribo.” “Al fondo la ciudad” es el eje articulador de su poema escrito a lo largo de treinta y tres versos heterométricos; de arte mayor y de arte menor, con uso de rimas libres y alguna que otra consonante y asonante, coadyuvan al ritmo del poema y a la emanación de la poesía que contiene.

Interesante vivir con sueños, es lo que mantiene vivo el juego dialéctico del tiempo en el poema; del día y de la noche, del ayer y del hoy de “Pamplona”, y del pasado y el presente del poeta en la creatividad literaria. La naturaleza doble de los sueños hecha de infancia y adultez, presenta la duplicidad de geografía y tiempo, tiempo e historia, y, tiempo como vida y muerte; ya desde la estructura superficial del poema o ya desde su estructura profunda mediada esta por lo implícito del arte literario. El tiempo connotativamente se “presencializa” en el poema en momentos de centurias desde su estructuración geográfica pasando por muchos hechos históricos; valga la redundancia, desde la prehistoria hasta la modernidad cuando la ciudad quiere “huir de sí” (verso 25) por los caminos.

Es el tiempo el que marca el devenir de Pamplona y su trascendencia. Y estructuralmente, el tiempo de escritura y también el tiempo del poema está definido por la luz solar y la noche: el día “Como piel extendida frente al sol”, en el verso (2) ratificado en el verso (13) que sería el mediodía o el atardecer: “Tendido siempre al sol” isotopía de claridad ,y, si atendemos a lo expuesto en el (verso 12), “Los últimos temblores del pellejo”, que también involucra

muerte, para terminar el día en los versos (28 y 29) la huida: “Por el Chíchira que significa / el lugar de salida de la luna”, noche-oscuridad.

Filosóficamente hablando, el tiempo en el poema como las aguas del río y como el viento, muestran las evoluciones, transformaciones y cambios en la naturaleza y en el hombre y en los cambios socio-culturales e ideológicos. Esa triada pasa y no da marcha atrás, pero deja huellas. De Pamplona han cambiado muchas cosas con el paso del tiempo, sin embargo, conserva algunas en su esencia de “Ciudad de las Neblinas” y de “Atenas de Norte de Santander”. Reiteramos que el poeta Cote Lamus ve y mira a Pamplona desde una postura de tiempo relativa “ayer” y “hoy”.

En su poema “Pamplona”, el tiempo es memoria, evocación, recuerdo del pasado. Cote Lamus sensible ante los cambios de la ciudad se ubica en el presente de su mirada que según filósofos es el único tiempo que existe y que es suma de instantes conllevando en su interior pasado y futuro, contradicción lógica y objetiva. El filósofo inglés J. M. E. McTaggart (1908), en una de sus teorías sobre el tiempo expone: “(...) el tiempo fluye por un camino definido que permite organizar hechos como si fuera una progresión del pasado al futuro” (p.125).

Es lo que captamos en este poema “Pamplona” del Maestro Eduardo Francisco Cote Lamus, que se puede leer desde diferentes perspectivas teniendo en cuenta la profundidad y densidad del mismo. La isotopía enfática del tiempo descansa en las palabras. “Sol, río, tiempo, días, instante, sol, “ritmo de viento”, redobla el tiempo, viento, salida de la luna”, todas con su armonía politonal expuesta a través del paisaje de la ciudad.

El poema es terrígeno e histórico, leyéndolo desde la perspectiva geográfica de la ciudad la imagen sobreentendida conduce a ubicar al poeta y su mirada desde la cima de uno de los montes de cualquier punto cardinal que la sostiene (verso 2): “Como piel extendida frente al sol”, con este bello símil el poeta alude al valle pamplonés en un tiempo pleno de luz. Esta isotopía geográfica del primero hasta el verso 15, se ratifica con los siguientes vocablos: “Al fondo la ciudad”, “sol, monte, pueblo, calles, sitio, río, agua, “boquerón”, viento, “pellejo” sol, tierra”, que adquieren fuerza simbólica y poética para expresar la topografía que se estructuró con el paso del tiempo desde una época milenaria, cuando este valle era el asiento de una laguna y la fuerza de las aguas, del viento y del tiempo abrieron el boquerón (verso 7) que da paso al río Pamplonita, antes Hulago o Tajamar nombres a los que nos lleva el recuerdo de sus antecedentes, hasta conformarse luego como pueblo con sus calles roturadas (verso 4) por “frescas venas muertas se resecan”.

En esta macroestructura, antítesis polifónica y pleonismo, pueden interpretarse varios hechos. Por un lado, aludir a las “frescas venas muertas se resecan”, remite a hombres indígenas o de quienes hicieron sus calles, muertos ya y olvidados, “resecos”, jóvenes muertos por el trabajo al que no estaban acostumbrados, o también, cómo esas “venas frescas” eran los abundantes riachuelos que en épocas de la conquista tenía este bello valle: el río Hulago, el río que nace en las montañas de Monteadentro al sur de la ciudad, un riachuelo paralelo al río en la Plazuela Almeyda, el Chorro de los Negros que bajaba del Batallón, un riachuelo que pasaba por los solares de las casas ubicadas entre las calles 6ª y 7ª. que nacía en los montañas aledañas a Brighton, el hilo de agua que baja del Buque cercano a la Universidad. Estas “frescas venas” de la “piel extendida frente al sol”, esta riqueza de agua motivó a los conquistadores a quedarse aquí porque vieron el espacio geográfico propicio para fundar la ciudad porque el agua es vida, la mayoría de esas “frescas venas” hoy canalizadas están “muertas” por la contaminación, “muertas” para la vista de los pobladores.

“En cada punta un monte hace de estaca” (verso 3). La piel sostenida por un palo ya grueso y fuerte o ya delgado y seco. Los montes de Pamplona en su tiempo prehistórico eran verdaderos bosques, poseía, flora y fauna ricas de clima frío, que hace pensar atrevidamente que con la civilización hispánica fueron perdiendo su belleza. Hoy son montes y cadena de montañas despojadas de su verdor arborífico. La ciudad perdió su verdor, sus árboles frutales, sus hojas de raíz, sus flores que adornaban altares y casas milenarias ricas en jardines y solares convertidos hoy en “resecos” edificios de cemento causa del acabose de la hermosa ciudad colonial que empezó su decadencia con la modernidad y el asfalto en la década del 50 del siglo XX.

Cada línea versal es un poema, una imagen que impacta y guarda muchos símbolos. Así, “La piel extendida bajo el sol./ Por su altura cercana al cielo, como en los páramos, el astro rey brilla y quema. “En cada punta un monte hace de estaca”/, se presiente una ciudad amarrada, limitada, sin posibilidad de extenderse. En los (versos 6 al 15) dice: “Y por el sitio donde entró el cuchillo”, el boquerón da paso al río y al tiempo, los días que entran “Con un ritmo de viento, cuyas alas/ Se llevan cada instante / Los últimos temblores del pellejo/ Tendido siempre el sol/ Desollado, humillado, hollado, vuelto/ Hacia arriba, puro y sin protesta”/. Esta enumeración clarifica cómo ese “pellejo”, esa “piel extendida bajo el sol” ha sido maltratada por el “viento” o sea el “tiempo” que viene y que va con un interminable movimiento, ha sido herido por el arma corto punzante. Ese “pellejo” valle, territorio, “pueblo” “ciudad”, en tiempos desde la conquista hasta la reconquista española, fue mancillado por los españoles, vivió la violencia, el saqueo, la muerte, la ignominia; y no

solo de parte de esos “momentos” también los de las guerras partidistas incluida la de los Mil Días que dejaron pobreza y miseria en la ciudad patriota.

Y el poeta sigue retrayendo sus sueños; abrieron el boquerón que da paso al tiempo, el Maestro Cote Lamus hace un perfecto paralelo y metaforiza el “río y el tiempo” en su movimiento y la piel y la tierra donde está asentada la ciudad, por esa abertura es (verso 9): “Por donde sale el agua y entran días”, sí, porque es la parte oriente de la ciudad por donde amanece, por donde sale el sol, imagen retomada luego en los (28 y 29): “Por el Chíchira que significa/ El lugar de salida de la luna”, y por donde las aguas del río Pamplonita huyen hacia el norte para regalar sus aguas a otros territorios.

El (verso 16) inaugura la segunda parte del poema y de la isotopía geográfica que describe topográficamente la ciudad hasta el (verso 23) con las siguientes palabras: “Al fondo la ciudad”, con el símil “como un tambor”, (valle) y, con un epíteto que subraya la cualidad de hondura tan reiterada en el poema: “hondón del valle”; la neblina, gobierna, viento y con la metáfora “parche de tambor de tierra”, pedazo de territorio.

Al emplear la personificación estéticamente manejada por Cote Lamus, da sentido de fuerza y de poder cuando dice (versos 19 a 23): “A la neblina/ La gobierna el viento/ Y los crueles badajos / De las otras campanas/ Golpean el parche del tambor de tierra”/. Esta isotopía intensifica su sentido de movimiento, con un ritmo sonoro dado por el fonema “r” en las palabras: “tambor, redobla, gobierna, crueles, otras, parche, tambor, tierra” más las vocales “o” de gran fuerza tonal de los términos “fondo, hondón, donde, latigazos, viento, los badajos, otras golpean”.

A lo anterior se añade el tiempo y el viento, como en “Estoraques” vienen y van, dando vida o muerte a lo que encuentran. El poema “Pamplona” con un vigoroso lenguaje a través del ritmo mélico-semántico de las palabras y /o de los sonidos lleva al significado de ruido, de estruendo, de paso del tiempo, de movimiento; ya sea de la naturaleza, la neblina fustigada por el viento y por los latigazos de los truenos se suman: “crueles badajos, otras campanas, golpean el parche del tambor”, ruido y estruendo en la naturaleza evoca esos otros ruidos históricos, los del llamado a la guerra, los de las armas, los de los templos y metafóricamente los “de las otras campanas” ¿que llaman a muerto? ¿O los ruidos marciales de los tambores de las bandas de “guerra” hoy bandas marciales de los colegios y del Batallón, en desfiles cívicos, patrióticos y/o religiosos y que algún arzobispo quiso quitar de las procesiones y no pudo? O de los ruidos más cotidianos que llamaban a escuchar noticias

mediante el bando en las esquinas de las calles y que perduraron hasta la tercera o cuarta década del siglo XX.

Los versos de Cote Lamus en este hermoso poema fluyen rítmicamente como fluyen las aguas del río, la entrada y la salida del sol y de la luna, el ritmo de viento y del tiempo, el ruido de tambores y campanas, y como fluye el movimiento que es vida, que es sueño, que es vigilia, que es huida. Son expresiones de sentimientos de dolor, de ver una ciudad acabada, una ciudad vivida, sentida y soñada desde su infancia aquí en Pamplona, tan distinta a como la percibe en su presente.

Del (verso 24 al 30), el yo poético reitera: “Al fondo la ciudad./ Que quiere huir de sí por los caminos/”. Ella, es el sujeto poético de su canto, desea algo. La isotopía lugareña la sostiene el poeta con una anáfora bien definida: Por el, por el ...por el camino, por los caminos de la ciudad; por el de la Corcova, por el de los Garabatos, por el de Chíchira; vías de escape de la ciudad o del poeta: ¿a qué le huyen?, a los problemas de la ciudad?, a evadir la polución? a la modernidad? Muchas preguntas surgen con esos versos.

¿Será una huida de la modernidad para recuperar la paz que da lo primigenio en los páramos, para recuperar la armonía y la tranquilidad “espirituales” en las veredas? para vivir plenamente en una naturaleza rica en fauna y en flora? Una paz que da el silencio de las horas y los días? Para el escritor silero, Camargo Ramírez (2017), en su novela “Memoria de un olvido” que retrata diversos contextos vividos por el poeta Eduardo Cote Lamus: “El páramo es vida, es la reserva del frescor para las ciudades. Sin ellos no hay ríos”, es a esa vida rural a la que lleva la huida de la ciudad, la huida del poeta que amaba la tierra tal vez como ninguno de sus coetáneos. Para afirmar esta apreciación se recuerda unas palabras en su texto poético “Rebeldía”, Cote Lamus dice: “Después me moriré. Seré de nuevo de la tierra y del agua, del vegetal, del fuego”. Por esto, aquello de poema terrígeno.

Pero esa huida de sí, esa huida de la ciudad, se encuentra con un ruido fuerte: “Resuena el borbotón en la vaguada” (verso 30). La imagen doble de agua y aire, que se eleva con violencia por el espacio de la huida; la lluvia fuerte cae verticalmente, representan ritmos de tensión, abruptos y agresivos. Entonces, ¿qué pasa? ¿la huida queda en el vacío? El viento y el tiempo tienen la respuesta y los poe-lectores también. “Pamplona”, del escritor Eduardo Cote Lamus es un poema que tiene muchas y ricas significaciones, variadas intensificaciones de sentido y de las imágenes literarias.

Por ende, lo que aparece entre líneas en los versos deviene de su estructura profunda, de la memoria personal y de las añoranzas del poeta Cote Lamus,

tan amante del área rural que inició en La Chamba y Miracielo entre Silos y Bábega, memoria cultural y familiar que le proporcionó; una especial sensibilidad artística para cantar su entorno, para expresar sus vivencias y las vivencias de sus ancestros campesinos apegados a la tierra, para darnos a entender su visión de mundo muchas veces pesimista como era propia de los intelectuales del Grupo Mito al cual perteneció y que marcó un hito en la Literatura colombiana y de Latinoamérica. Melancólicas reflexiones expresó en su poema “Pamplona” matizándolas estéticamente con logrados símiles, metaforizando con una piel extendida al sol la ciudad de sus amores, empleando los epítetos, personificaciones, reiteraciones, enumeraciones, anáforas, antítesis, el ritmo de sus versos, entre otros recursos literarios como la analogía: “Ciudad como piel”, ciudad pellejo vuelto hacia arriba, ciudad como un tambor que hacen de este poema uno de los hitos de nuestro vate colombiano.

Dice Auster Benjamín (2020) escritor estadounidense: “Los escritores somos seres heridos. Por eso creamos otra realidad” (p. 30). Es lo que hace nuestro bien añorado poeta. Y “Al fondo la ciudad./ La miro desde mis primeros sueños/ y desde los de ahora, en los que escribo”/.

Recordando a Beguín (1920) en su obra: “El alma romántica y el sueño” se puede ver que: “El estado de vigilia es el luminoso de la vida, y el dormir su lado de sombra” (p. 45) que también aparecen en este poema.

Estas breves apreciaciones pueden enriquecerse con otras lecturas, porque parodiando al escritor Gustave Flaubert pocos adivinarán cuán triste ha necesitado estar Eduardo Francisco Cote Lamus para resucitar en el poema a Pamplona” (Pulido, 2020, pp. 83 – 91).

Pamplona, sábado 18 de septiembre del 2020

Conclusiones

Eduardo Cote Lamus, hijo adoptivo de Pamplona, ciudad en la cual pasó muchos años de su infancia y donde se graduó como Bachiller en el Colegio Provincial San José, cumplirá 61 años de haber partido de este mundo al espacio sideral. Uno de sus grandes anhelos era trascender en el tiempo, a través de la palabra para no dar paso al olvido.

Su obra se gestó al calor de sus contextos socio-culturales; al calor del recuerdo de su terruño, de su familia, de sus amigos, de sus anhelos y preocupaciones existenciales y a través de temas tan universales como: La muerte, la corporeidad, la soledad, el amor, entre otros.

Sus viajes y su estancia en Europa, enriquecieron su visión de mundo y, fenoménicamente, su poesía se fue desarrollando poco a poco, en la búsqueda de la palabra “lúcida” y literaria, que semiotizara los simbolismos más caros a su creatividad, a su personalidad, a sus preferencias.

En el universo poético de Cote Lamus confluyen la voz interior que “narra” y canta desde una escritura sentimental, romántica y emotiva, los hechos de la cotidianidad que vivió vitalmente.

Desde Merleau-Ponty y otros teóricos y críticos, la imagen del cuerpo en Cote Lamus y especialmente la mano, fueron interpretados lo mismo que el sueño llegando a esclarecer el misterio de la palabra reiterada en la mayoría de los poemas. En el esfuerzo de la exégesis de su obra, se captó el sentido del mundo, de la existencia y de la creación poética de este dilectísimo hijo de Pamplona.

En la escritura y en el poema, en el símbolo y en la palabra; las imágenes poéticas se vuelven reflexión y ritmo, poesía que revela el yo poético que canta. De la corporeidad presencializada en su obra poética, se vio el sentido y significación de los simbolismos identificados en isotopías que, con hondura tierna, apasionada o angustiada, expresa en lenguaje “suavemente vigoroso” a través de lexemas y sintagmas versales. La poesía, en Cote Lamus, como forma privilegiada de transcendencia, sostiene al artista después de su muerte porque como dijo Aristófanes (400 a. C.): “La palabra eleva el alma hasta el cielo y transporta al hombre” (p. 20), constituyendo su Epifanía, su salvación.

El sueño y la vigilia son temáticas que conforman la región del espíritu y mundo del poeta, que hunde sus raíces en lo ancestral para dimensionarse y dimensionar su literatura. Los recuerdos de la infancia revisitada se

reaniman en muchos poemas y así el poeta cabalga por su entorno pasado, retrotrayendo los seres y lugares más queridos.

Su biografía nos acercó al proceso dinámico que conforma su interesante historia de vida y sus ejecutorias en el plano político, cultural, artístico, familiar. El primero fue una experiencia apasionante en búsqueda del poder al servicio de los demás. Con nobleza, con entrega y sencillez aceptaba las polémicas y los viajes, los agasajos y los ataques de partidarios y contrincantes.

Cote Lamus con su espíritu filantrópico propugnaba por acciones solidarias en beneficio de los pobres y campesinos. En el plano cultural luchó por la implementación del teatro, las tertulias y las instituciones culturales y educativas. Hay que recordar, como aparece en el Acta número 1 del 28 de septiembre de 1960, cómo fue él, quien seleccionó el Comité Ejecutivo pro-universidad del Norte de Santander, para dejársela a Pamplona, nombrando como presidente al presbítero Doctor José Rafael Faría Bermúdez.

En el plano de la creación poética, poco a poco alcanzó el estilo maestro. Los momentos de intensa “inspiración”, ocurrieron cuando observaba y recordaba los soberbios estoraques de la Playa en Norte de Santander, en que se aúnan en la realidad-realidad, las fantásticas imágenes de hombres, mujeres y animales como marchando con el tiempo, empujados por el viento y que unidos dejan en la imagen histórica, la huella de su destino.

Por todo ello, Eduardo Cote Lamus, quien contribuyó a jalonar los procesos pluralistas, intelectuales, artísticos e ideológicos del Grupo Mito, se dimensiona y trasciende como ser humano y como poeta; aquí, y allende los mares para gloria de su patria colombiana.

El 3 de agosto de 2025, la Universidad de Pamplona, rinde homenaje a este gran poeta y estadista colombiano con dimensión universal.

Bibliografía

DEL AUTOR

Cote Lamus, Eduardo (1950). *Preparación para la muerte*. Cúcuta Imprenta Departamental.

Cote Lamus, Eduardo (1953). *Cinco poetas hispanoamericanos*. Madrid: Editorial Cultura Hispánica.

Cote Lamus, Eduardo (1953). *Reflexiones sobre la poesía*. Madrid, noviembre.

Cote Lamus, Eduardo (1953). *Salvación del recuerdo*. Barcelona: José Janés Editor.

Cote Lamus, Eduardo (1955). *A Jorge Gaitán Durán* (poema) en *Los sueños*. Madrid: Ínsula.

Cote Lamus, Eduardo (1956). *Los sueños*. Madrid: Ínsula.

Cote Lamus, Eduardo (1959). *Diario del Alto San Juan y el Atrato*. Bogotá: Separata de Mito número 24, marzo, abril y mayo.

Cote Lamus, Eduardo (1959). *El Matacho*. Bogotá: En Revista de la Universidad de Los Andes, número 2, junio.

Cote Lamus, Eduardo (1959). *Estampa nocturna*. Bogotá: En Revista de la Universidad de Los Andes, número 2, junio.

Cote Lamus, Eduardo (1959). *La vida cotidiana*. Bogotá: Ediciones Mito, colección El Delfín.

Cote Lamus, Eduardo (1960). *Carranza o el orgullo de la poesía* (ensayo). Cúcuta: 9 de septiembre.

Cote Lamus, Eduardo (1960). *Gerardo Diego* (texto). Cúcuta.

Cote Lamus, Eduardo (1960). *La vida jubilosa de Jorge Guillén* (texto). Cúcuta.

Cote Lamus, Eduardo (1962). *Palabras en la muerte de Jorge Gaitán Durán*. Cúcuta.

Cote Lamus, Eduardo (1963). *Estoraques*. Bogotá: Ediciones del Misterio de Educación Nacional. Imprenta Nacional.

Cote Lamus, Eduardo (1976). *Obra literaria*. Bogotá: Publicado por el Instituto Colombiano de Cultura. Subdirección de Comunicaciones Culturales. Biblioteca Básica Colombiana. Bogotá: División de Edición del Departamento Administrativo Nacional de Estadística DANE, noviembre, pp. 11 y 437.

Cote Lamus, Eduardo (1983). *Antología Poética*. Antólogo Pedro Cote Baraibar. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. Subdirección de Comunicaciones Culturales. División de Publicaciones. Impreso en Editorial Linotipia Bolívar.

Cote Lamus, Eduardo (1990). *Diario del Alto San Juan*. Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek.

SOBRE EL AUTOR

Álvarez Gardeazabal, Gustavo (1977). *La poesía de Cote Lamus*. El colombiano. Bogotá, marzo.

Antología crítica de la poesía colombiana (1979). *El grupo de Mito: Eduardo Cote Lamus*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo. Tomo II.

Antología poética Eduardo Cote Lamus (1983). Bogotá: Editorial Linotipia Bolívar. Corporación Financiera de Oriente Instituto Colombiano de Cultura, junio.

Arango Ferrer, Javier (1978). *Eduardo Cote Lamus*. Horas de Literatura Colombiana número 25. Biblioteca Colombiana de Cultura. Colección Popular. Bogotá: Impresa Ltda.

Arango, Gonzalo (1964). *El viento* ensayo. Revista de Los Andes. Medellín, febrero.

Arévalo, Guillermo (1976). *A Eduardo Cote Lamus y su obra poética* (monografía). Estudios y Documentos Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá: número 5, junio.

Armas, Alfonso (1957). *Eduardo Cote Lamus*. Revista Bolívar. Bogotá: número 48, octubre.

Ayala Poveda, Fernando (1984). *Eduardo Cote Lamus*. Manual de Literatura Colombiana. Bogotá: Educar Editores.

Caballero Bonald, José Manuel (1964). *Ensayo sobre su poesía*. Madrid, febrero.

- Camacho Guizado, Eduardo (1964). *En torno a la poesía de Eduardo Cote Lamus*. Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bogotá: Año LVIII número 467, julio y agosto.
- Cardona Vallejo, Mateo (1994). *Un poeta de la selva*. Boletín 30 años de la muerte de Cote Lamus, Cúcuta.
- Carranza, Eduardo (s. f.). *Visión Estelar de la Poesía Colombina*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular número 126.
- Carranza, María Mercedes (1974). *Crónica obras*. El Tiempo. Bogotá, marzo.
- Carranza, María Mercedes (1984). *Cote Lamus un poeta de los años 50* en revista Golpe de Dados. Bogotá: número LXXI – volumen XII, septiembre y octubre.
- Carranza, María Mercedes (1985). *Carranza o el orgullo de la poesía* (texto). Revista Golpe de Dados. Bogotá: número LXXIII - volumen XIII, enero y febrero.
- Carranza, María Mercedes (s. f.). *La poesía tiene la palabra*. Revista Casa Silva, número 1 Bogotá.
- Claro Campo, E. (1964). *Estoraques*. Boletín Cultural y Bibliográfico. Bogotá: Volumen VII número 9.
- Cobo Borda, Juan Gustavo (1980). *La tradición de la pobreza*. Álbum de la Poesía Colombiana. Bogotá: Editorial Andes. Instituto colombiano de Cultura.
- Cobo Borda, Juan Gustavo (1988). *Mito*. Manual de Literatura Colombiana. Bogotá: Editorial Planeta Tomo II.
- Cote Baraibar, Pedro (1980). *Cote Gaitán Durán, dos vidas paralelas*. Exposición iconográfica. 30 paneles 100 x 80 cms. Cúcuta, octubre.
- Cote Baraibar, Pedro (1987). *La historia de una amistad* (conferencia). Cúcuta, abril.
- Cote Baraibar, Pedro (1988). *La revista Mito*. Revista Casa Silva. Bogotá: número 1, enero.
- Chaparro, Julio D. (1985). *La mano levantada*. El Siglo. Bogotá, marzo.

- Charry Lara, Fernando (1985). *Eduardo Cote Lamus*. Poesía y poetas colombianos. Bogotá: Editorial Presencia.
- García Maffla, Jaime (1974 y 1975). *El acto y la palabra que lo nombra en torno a la poesía de Eduardo Cote Lamus*. Universidad Humanística-Separata de Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá: números 9 y 8, diciembre y junio.
- González Joves, Jaime (s. f.). *El poeta del viento* (ensayo). Pamplona.
- González, Oscar (1984). *Eduardo Cote Lamus 20 años de su muerte*. Mundo Semanal. Bogotá, noviembre.
- Grillo Martínez, Manuel Pbro. (1990). *Bajo el signo de los tiempos*. Diario de la Frontera. Cúcuta: Domingo 16 de septiembre.
- Guillen, Jorge (1961). *Eduardo Cote Lamus* (ensayo). Bogotá, 27 de noviembre.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (s. f.). *Sobre una antología*. El Pueblo (Suplemento-Estravagario). Cali.
- Hermano, Gonzalo Manuel (1964). *Muerte del señor Gobernador Eduardo Cote Lamus*. El Aguilucho número 41, Pamplona, agosto.
- Holguín, Andrés (1974). *El Grupo de Mito*. Antología Crítica de la poesía colombiana. Bogotá: Tomo II, Capítulo X. Banco de Colombia.
- Lagos, Ramiro (1973). *El recuerdo de Cote Lamus y su musa*. El Siglo. Bogotá, noviembre.
- Méndez Camacho, Miguel (1975). *Homenaje a Cote*. El Pueblo (Suplemento Estravagario) número 29. Cali, agosto 10.
- Méndez Camacho, Miguel (1976). *A Eduardo Cote Lamus, Elegía azul*. Crónica de libros Biblioteca colombiana de Cultura colección popular número 9 Bogotá: Editorial Andes, pp. 65 - 71.
- Moreno Duran, Rafael Humberto (1989). *Mito Memorial y legado de una sensibilidad*. Boletín Cultural y Bibliográfico. Bogotá: Banco de la República número 18, volumen 26.
- Núñez Segura, José A. (s. f.). *Independientes rigorismo expresivo y sentido recóndito de lo poético esencial... Eduardo Cote Lamus*. Literatura Colombiana. Medellín: Editorial Bedout.

- Ovalles Salazar, Néstor (1989). *25 años de muerto cumple Cote Lamus, Sobrio homenaje póstumo a Cote Lamus*. Diario de la Frontera. Cúcuta, agosto 3.
- Ovalles Salazar, Néstor (1989). *El sentido del paisaje II*. Diario de La Frontera. Cúcuta, agosto 6.
- Ovalles Salazar, Néstor (1989). *Estoraques III*. Diario de La Frontera. Cúcuta, agosto 13.
- Ovalles Salazar, Néstor (1989). *La vida cotidiana V*. Diario de La Frontera. Cúcuta, agosto 27.
- Ovalles Salazar, Néstor (1989). *La vida cotidiana VI*. Diario de La Frontera. Cúcuta, septiembre 3.
- Ovalles Salazar, Néstor (1989). *Los sueños IV*. Diario de La Frontera. Cúcuta, agosto 20.
- Ovalles Salazar, Néstor (1989). *Otros textos valoración pública VII*. Diario de La Frontera. Cúcuta, septiembre 10.
- Panero, Juan Luis (1981). *Eduardo Cote Lamus*. Poesía colombiana 1880-1980 (una selección). Bogotá: Círculo de Lectores.
- Parra Delgado, Luis Roberto (1966). *Apuntes para una semblanza de Eduardo Cote Lamus*. Revista Gaceta. Academia de Historia Norte de Santander, Cúcuta.
- Parra Delgado, Luis Roberto (1994). *Eduardo Cote Lamus y su gestión política*. Revista Eduardo Cote Lamus 30 años de ausencia. Instituto de Cultura y Bellas Artes del Norte de Santander, la Casa de la Cultura de Cúcuta y el Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular Cúcuta. Cúcuta: Talleres Gráficos de La Opinión, octubre, pp. 29 - 37.
- Ramírez de Lara, Ligia (1994). *Eduardo Cote Lamus: 30 años de ausencia*. Instituto de Cultura y Bellas Artes del Norte de Santander, la Casa de la Cultura de Cúcuta y el Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular Cúcuta. Cúcuta: Talleres Gráficos de La Opinión, octubre, pp. 5 - 83.
- Ramírez Villamizar, Augusto (1964). *En la muerte de Eduardo Cote Lamus*. El Aguilucho número 4. Pamplona, agosto.
- Rodríguez Garavito, Agustín (1960). *La vida cotidiana*. Boletín Cultural y Bibliográfico. Bogotá: Volumen III, número 1, enero.

Sánchez López, Luis María (1978). *Eduardo Cote Lamus*. Diccionario de escritores colombianos. Barcelona: Editorial Plaza y Janés.

Valencia Goelkel, Hernando (1965). *Notas sobre la poesía de Eduardo Cote Lamus*. Revista de Casa Silva número 8. Bogotá, enero.

Valencia Goelkel, Hernando (1976). *Nota preliminar a Estoraques*. Crónicas de libros Biblioteca Colombiana de Cultura Colección Popular. Bogotá: Editorial Andes, número 9, pp. 73 - 95.

Valencia Goelkel, Hernando (1976). *Una exaltación de la anécdota*. Crónica de libros Biblioteca Colombiana de Cultura Colección Popular. Bogotá: Editorial Andes.

Varón, Policarpo (1994). Eduardo Cote Lamus: Lo excepcional. Revista Eduardo Cote Lamus 30 años de ausencia. Instituto de Cultura y Bellas Artes del Norte de Santander, la Casa de la Cultura de Cúcuta y el Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular Cúcuta. Cúcuta: Talleres Gráficos de La Opinión, octubre, pp. 29 - 37.

Vásquez Rodríguez, Fernando (1987). Eduardo Cote Lamus. 10 escritores colombianos. Bogotá: Departamento de Literatura. Universidad Javeriana.

Velandia, Luis Fernando (1967). Eduardo Cote Lamus (conferencia). El Aguilucho número 44 Pamplona, noviembre.

Velandia, Luis Fernando (1976). Eduardo Cote Lamus. Pamplona: Boletín Bibliográfico.

Villamizar Melo, José Luis (1967). Aproximación a la estética Coteana. Nombres y Voces. Biblioteca de autores nortesantandereanos. Cúcuta.

Wilches Bautista, Gustavo (1986). Eduardo Cote Lamus: El amigo. Un Tesoro escondido en La Neblina. Bogotá: Editorial SENA, julio.

Zubiria, Ramón (1958). Los sueños. Revista de la Universidad de Los Andes. Bogotá: número 1, marzo.

Referencias

Bachelard, Gastón (1993). La poética de la ensoñación. Santafé de Bogotá F. C. E., pp. 47, 156, 158, 193.

Bachelard, Gastón (1994). La poética de la ensoñación. Segunda edición. Reimpresión. Santafé de Bogotá, p. 219.

- Becerra Roa, Rubén Darío (1964). Itinerario fúnebre del poeta Eduardo Cote Lamus. Artículo publicado por el periódico El Centinela, San Cristóbal: 9 de agosto.
- Beguín, Albert (1994). El alma romántica y el sueño. Santafé de Bogotá, F. C. E., pp. 26, 129 y 200.
- Bucher, Jean (1979). Paúl Valery y la nueva crítica. Cali: Universidad del Valle.
- Carranza, María Mercedes (1994). Eduardo Cote Lamus: Un poeta de los años 50 en revista 30 años de ausencia del poeta. Cúcuta: Talleres Gráficos de La Opinión, p. 39.
- Cote Lamus, Eduardo (1976). Obra literaria. Bogotá: Publicado por el Instituto Colombiano de Cultura. Subdirección de Comunicaciones Culturales. Biblioteca Básica Colombiana. Bogotá: División de Edición del Departamento Administrativo Nacional de Estadística DANE, noviembre, pp. 11 - 437.
- COTE, Pedro (s. f.). La revista Mito en la poesía tiene la palabra. Revista Casa Silva N° 1. Bogotá, pp. 96 - 98.
- Dilthey, Wilhem (1975). Vida y poesía. México: F. C. E.
- Echeverría, Rogelio (1998). ¿Quién es quién en la poesía colombiana? Bogotá: Ancora Editores. Ministerio de Cultura.
- Eliot, T. S (1978). *Función de la poesía y función de la crítica*. Barcelona: Seix Barral.
- Flórez Moya, Cicerón (1994). *Eduardo Cote Lamus: El hombre cotidiano*. En boletín celebración 30 años de muerte. Cúcuta, p. 23.
- Friedrich, Hugo (1996). *Estructura de la lírica moderna*. Barcelona: Barral.
- García Mafla, Jorge (1996). *Poesía*. Revista Golpe de dados. Número CXLII, volumen XXIV, Bogotá, julio – agosto, p. 66.
- Gómez Ardila, Gustavo (2021). Cúcuta: En La Opinión.
- Gómez Mantilla, Saúl (2014). Sueños cotidianos Eduardo Cote Lamus 50 años. Cúcuta: Corporación Cultural Biblioteca Pública Julio Pérez Ferrero, Gobernación de Norte de Santander, Secretaría de Cultura del Departamento Norte de Santander y Fundación Museo Centenario Norte de Santander y ciudad de Cúcuta, pp. 4, 16 - 17.

- Goyes Narváez, Julio César (1997). Apuntes en el seminario de lírica. Santafé de Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, primer semestre.
- Heidegger, Martín (1994). Hölderlin y la esencia de la poesía. Traducido por Juan Daniel García Bacca. Segunda reimpresión. Barcelona: Antropos, pp. 33, 104.
- Kovadloff, Santiago (1991). Los poderes del poeta. Madrid: Cultura Hispánica.
- Merleau - Ponty, Maurice (1962). La prosa del mundo. Madrid: Península, pp. 12, 73 - 74.
- Merleau - Ponty, Maurice (1977). Sentido y sin sentido. Prólogo Fernando Montero. Barcelona: Ediciones Península, p. 46.
- Merleau - Ponty, Maurice (1979). Investigaciones sobre el uso literario del lenguaje. Curso del lunes. Madrid: Narcea, p. 121.
- Merleau-Ponty, Mauricio (1952). Posibilidad de la filosofía. Resúmenes de los cursos del Collège de Francia. Narcea. Bitácora, p. 148.
- Niño, Luis Fernando (2021). En los 57 años de la muerte de Eduardo Cote Lamus.
- Panesso, Fausto (1989). Alejandro Obregón... ¡A la Visconversa! Bogotá. Ediciones Gamma, pp. 32 - 33, 69.
- Parra Delgado, Luis Roberto (1994). Eduardo Cote Lamus y su gestión política en celebración 30 años de muerte. Cúcuta, pp. 28 y 30.
- Pound, Ezra (1975). El arte de la poesía. México: F. C. E.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (1990). Jorge Gaitán Durán y Eduardo Cote Lamus. Poesía colombiana. Pamplona: Universidad de Pamplona.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (1991). Pamplona y sus poetas. Revista Semana Santa, Pamplona.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (1997). La palabra como expresión de la corporeidad en Jorge Gaitán Durán. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, pp. 41, 104, 122.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (1997). Una memoria sobre la poesía, lo poético y el poema. Santafé de Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- Pulido Castellanos, Flor Delia (1999). Dimensión Humana y Poética de Eduardo Cote Lamus. Universidad de Pamplona: Impreso en el Centro de Medios, noviembre.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (1999). Elegía a Cote Lamus. Publicado en el periódico “El Pamplonés” de la Universidad de Pamplona y en el periódico La Opinión de Cúcuta.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (1999). Entrevista a doña Consuelo Navarro Cote de Villamizar. Pamplona, septiembre 17 y octubre 30.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (1999). Entrevista a Eduardo Ángel Mogollón. Pamplona, agosto 24.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (2013). Diapositivas: Acercamiento a vida y obra de Jorge Gaitán Durán y Eduardo Francisco Cote Lamus. Pamplona, abril.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (2014, 2020 y 2023). Diapositivas: Acercamiento a la vida y obra de Eduardo Francisco Cote Lamus. Instituciones Educativas de Pamplona y en la Universidad de Pamplona.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (2017). Perfil poético de Eduardo Francisco Cote Lamus. Pamplona, abril 29.
- Pulido Castellanos, Flor Delia (2020). Una lectura isotópica del poema “Pamplona” del poeta Eduardo Francisco Cote Lamus. Publicada en la Revista Polimnia octubre del 2020 N° 22. Academia Boyacense de la Lengua - Filial de la Academia Colombiana de la Lengua. Editorial Grafiboy: Tunja, pp. 83 - 91.
- Ramírez de Lara, Ligia (1994). *Eduardo Cote Lamus: 30 años de ausencia*. Instituto de Cultura y Bellas Artes del Norte de Santander, la Casa de la Cultura de Cúcuta y el Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular Cúcuta. Cúcuta: Talleres Gráficos de La Opinión, octubre, pp. 5 -83.
- Revista “El Aguilucho” N° 40 (1963). Colegio San José de Pamplona. Director Hermano Gonzalo Manuel, pp. 20 - 23.
- Rodríguez, Beto (2019). Las últimas horas de Eduardo Cote Lamus fueron de mustia alegría. Cúcuta: La Opinión 18 de agosto, pp. 8 - 9.
- Romero, Armando (1986). Las palabras están en situación. Un estudio de la poesía colombiana de 1940 - 1960. Bogotá: Procultura Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura.

Valencia Goelkel, Hernando (1995). Notas sobre la poesía de Eduardo Cote Lamus. Bogotá: Revista Casa Silva número 8, p. 80.

Velandia, Luis Fernando (1977). Boletín Cívico Pamplonés. Pamplona, pp. 23, 26, 34 y 35.

Cibergrafía o ciberenlaces

Alvarado Tenorio, Harold (s. f.). Ajustes de cuentas antología crítica de la poesía colombiana del siglo XX/ Eduardo Cote Lamus 1928– 1964. Recuperado el 30 de abril del 2024, en: https://www.antologiacriticadelapoesiacolombiana.com/cote_lamus.html

Álvarez Ríos, Horacio José (2019). Alejandro Obregón. La Voz del Arte. Recuperado el 11 de junio del 2024, en: <https://lavozdelarte.bigpress.net/texto-diario/mostrar/1364195/alejandro-obregon>

Archivo: Eduardo-Cote-en-Estoraques.JPG (s. f). Wikipedia La enciclopedia libre. Recuperado el 16 de mayo del 2024, en: <https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Eduardo-Cote-en-Estoraques.jpg>

Becerra Roa, Rubén Darío (1964). Itinerario fúnebre del poeta Eduardo Cote Lamus. Artículo publicado en Crónicas de Cúcuta (2016, 9 de octubre). Recuperado el 1° de septiembre del 2024, en: <https://cronicasdecucuta.blogspot.com/2016/10/1012-itinerario-funebre-del-poeta.html>

Cánticos proféticos: acercamiento a “Preparación para la muerte”, primer libro de Eduardo Cote Lamus (2010). El Libro Total –Prisma–. Recuperado el 15 de abril del 2024, en: <https://www.ellibrototal.com/ltotal/ficha.jsp?idLibro=5270>

Diario del Alto San Juan y del Atrato Eduardo Cote Lamus (2017). Goodreads. Recuperado el 15 de abril del 2024, en: <https://www.goodreads.com/book/show/40675458-diario-del-alto-san-juan-y-del-atrato>

Díaz Giraldo, Hernán (s. f.). Alicia Baraibar. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado el 18 de junio del 2024, en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra/alicia-baraibar-1127523/>

Eduardo Cote Lamus (2012). Revista Kaosmo's un espacio para el arte. Recuperado el 10 de abril del 2024, en: <https://revistakaosmots.blogspot.com/2012/12/eduardo-cote-lamus.html>

Eduardo Cote Lamus (s. f.). Casa de Poesía Silva. Recuperado el 05 de abril del 2024, en: <https://www.casadepoesiasilva.com/sin-categoria/eduardo-cote-lamus/>

Eduardo Cote Lamus: “Poema en Salamanca para Eduardo Carranza” (s. f.). Red Iberoamericana de Poetas y Críticos Cristianos Tiberiades Recuperado el 15 de mayo del 2024, en: <https://tiberiades.org/?p=5612>

Eduardo Cote Lamus: Político y Poeta (2012). Crónicas de Cúcuta. Recuperado el 24 de abril del 2024, en: <https://cronicasdecucuta.blogspot.com/2012/11/290-eduardo-cote-lamus-politico-y-poeta.html>

Entrevista a Pedro Cote Baraibar, Coordinador de Comunicación y enlace de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (2015). Video: 19/10/15 Orientación Vocacional - Flacso México, sede México. Recuperado el 18 de junio del 2024, en: <https://www.youtube.com/watch?v=KEolnDuyXSk>

Facebook - Banrep cultural Cúcuta (2020). Recuperado el 15 de abril del 2024, en: <https://www.facebook.com/BanpepculturalCucuta/photos/a.406052536570237/848840662291420/?type=3>

Facebook Elena Cote Baraibar (2016 y 2018). Recuperado el 20 de junio del 2024, en: https://www.facebook.com/photo/?fbid=750280871780154&set=ecnf.100003947436027&locale=es_LA

Facebook Ramón Cote Baraibar (2020). Recuperado el 20 de junio del 2024, en: https://www.facebook.com/photo/?fbid=122455562733804&set=ecnf.100049080831158&locale=es_LA

Hace 96 años nació el poeta nortesantandereano Jorge Gaitán Durán (2020). La Opinión Cúcuta. Recuperado el 9 de enero del 2024, en: <https://www.laopinion.com.co/historicos/hace-96-anos-nacio-el-poeta-nortesantandereano-jorge-gaitan-duran>

Historia de la Tertulia Literaria Hispanoamericana Rafael Montesinos. 1 y 2 (2012). Tertulia Literaria Hispanoamericana. Recuperado el 7 de mayo del 2024, en: <https://tertuliamontesinos.blogspot.com/2012/11/historia-de-la-tertulia-literaria.html>

Historia de la Tertulia Literaria Hispanoamericana Rafael Montesinos Capítulo 3 (2012). Tertulia Literaria Hispanoamericana. Recuperado el 7 de mayo

del 2024, en: <http://tertuliamontesinos.blogspot.com/2012/12/historia-de-la-tertulia-literaria.html>

Idiazábal, Maite (2008). El simbolismo de las manos. Revista Esfinge. Culturas, 3 de septiembre. Recuperado el 01 de abril del 2024, en: <https://www.revistaesfinge.com/2008/09/82el-simbolismo-de-las-manos/>

“La vida cotidiana” (2024). Tal día como hoy, 16 de agosto... Hablar y Decir. Recuperado el 15 de abril del 2024, en: <https://hablarydecir.com/tal-dia-como-hoy-16-de-agosto/>

¡Conoce sobre la vida y obra del reconocido escritor Eduardo Cote Lamus! (s. f.) “Los sueños”. Biblioteca Eduardo Cote Lamus UFPS. Recuperado el 15 de abril del 2024, en: <https://biblioteca.ufps.edu.co/bio>

Memorias de Eduardo Cote Lamus (2023). Video Bajo el Tiempo Serie de TV Promo 1. Recuperado el 28 de mayo del 2024, en: <https://www.youtube.com/watch?v=0z-DjphYdXo>

Ortega Edgar (2024), profesor de Saravena compartió la fotografía sepelio Doctor Eduardo Francisco Cote Lamus al WhatsApp de Flor Delia Pulido Castellanos, septiembre 1°.

Pedro Cote Baraibar (s. f.). Artist Gallery. Recuperado el 18 de junio del 2024, en: <https://pentaxphotogallery.com/PedroNY>

Pedro Cote Baraibar (s. f.). Fotógrafos y creadores de Imágenes. Contexturas.org. Recuperado el 18 de junio del 2024, en: <https://contexturas.org/fotografos/>

Pérez Arévalo, Guido (s. f.). Publicado Poema “Estoraques” Eduardo Cote Lamus. Recuperado el 27 de abril del 2013, en: https://www.guidoperezarevalo.org/La_Playa_de_Belen/Estoraques/Eduardo_Cote_Lamus/Cote_Estoraques.html

Qué ver en Frankfurt | 10 lugares imprescindibles (s. f.). Recuperado el 12 de abril del 2024, en: <https://elviajerofeliz.com/que-ver-en-frankfurt/>

Ramón Cote Baraibar (2024). Festival Internacional de poesía de Bogotá. Recuperado el 20 de junio del 2024, en: <https://www.poesiabogota.org/ramon-cote-baraibar/>

Recordando Ando....! Facebook compartió las fotografía Iván Eduardo Álvarez. Recuperado el 19 de mayo y el 18 de agosto del 2024, en: <https://www.facebook.com/share/p/xF7fkzhfPB8WTFKi/?mibextid=xfxF2iFoto> (Cote Lamus amigos y familiares) y https://www.facebook.com/groups/753553148450183/?locale=es_LA (El Gobernador Dr. Cote Lamus y Leonor Duplat Sanjuán, Señorita Colombia).

Reina Chamorro, Oscar (2012). Colegio Provincial San José – Pamplona. Recuperado el 17 de enero del 2024, en: <https://oscarreinachamorro.wordpress.com/2012/09/18/colegio-provincial-san-jose-pamplona/>

“Salvación del recuerdo” Cote Lamus, Eduardo (2006). IberLibro.com. Recuperado de <https://www.iberlibro.com/Salvaci%C3%B3n-recuerdo-Cote-Lamus-Eduardo-Jos%C3%A9/30828804008/bd>

Tumbas / Eduardo Cote Lamus (2012). De otros mundos Triunfo Arciniegas. Recuperado el 27 de mayo del 2024, en: <https://triunfo-arciniegas.blogspot.com/2012/11/tumbas-eduardo-cote-lamus.html>

zapia.com

Perfil



Flor Delia Pulido Castellanos

Pamplonesa, títulos: Maestra de la Escuela Normal del Instituto Superior de Educación Rural (I. S. E. R.) Pamplona; Licenciada en Ciencias de la Educación especialidad Español – Francés de la Universidad de Pamplona, Magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana Bogotá; Especialista en Pedagogía de la Lengua y la Literatura de la Universidad de Pamplona. Diplomado Internacional en Currículo, Pedagogía, Evaluación y Procesos de Acreditación Universidad de Pamplona, Diplomado en Escritura Creativa Universidad de Pamplona; Doctor Honoris causa de la Academia y Universidad Filobizantina, Miami Florida E.E.U.U., entre otros.

Publicaciones: “La palabra como expresión de la corporeidad en Jorge Gaitán Durán”, Centro de Medios Universidad de Pamplona, “Dimensión poética y humana de Eduardo Cote Lamus”, Centro de Medios Universidad de Pamplona. “Memoria Histórica de la Semana Santa en Pamplona, Colombia”, PUBLICOM Pamplona. “Homenaje a Jorge Gaitán Durán en los cien años de su Natalicio febrero 12 de 1924 - febrero 12 de 2024”, Sello Editorial Universidad de Pamplona; “Jorge Gaitán Durán - Jorge Eliécer Gaitán Ayala Vidas sobresalientes”, Círculo Rojo BAR (Biblioteca de Autores Regional).

ANEXOS

Palabras en la muerte de Jorge Gaitán Durán

Figura 73

Palabras de Cote Lamus en el funeral de Jorge Gaitán Durán Cúcuta, 1962.



Fuente: La Opinión Cúcuta (2020).

Momento de la velación de Jorge Gaitán Durán, se observa en la izquierda el poeta Eduardo Cote Lamus, quien hizo el discurso de despedida y en la parte central al lado izquierdo del cirio, está “Siete Machos” (Jacinto Hernández Contreras), un personaje popular de Pamplona, era limosnero en el atrio de la Catedral de Pamplona, se destacaba por hacer novenarios en los velorios y se vestía elegante de negro (como se ve en la fotografía), fue inmortalizado en la novela del pamplonés Guillermo Maldonado Pérez “Perorata del abogado de las animas”, como uno de los protagonistas imaginarios de la misma.

Texto del discurso luctuoso del Dr. Eduardo Cote Lamus:

Jorge:

Tus amigos más cercanos, tus colegas de Mito, tus amigos del alma han querido que a su nombre y a fuer de tu entrañable y tu paisano te despidan. Y vengo a decirte algo que sabes, algo que fuiste, y yo te pido perdón humildemente. Vengo a decirte que la muerte, de la que tanto hablan tus

versos, al caer sobre ti, se ha vengado de ti en nosotros porque al acabar contigo se acabó tu prodigiosa máquina de hacernos fabricar recuerdos, esos recuerdos que nos metías, ojos, oídos adentro hasta el alma. Hasta el último recuerdo que dejaste, ese en el que la muerte te cayó de un tajo, tiene tu sello, tu estilo inconfundible.

Pero lo importante es que detrás de tu gesto, brillante en ocasiones, rutilante acaso, orgulloso a veces, detrás de tus palabras luminosas y oscuras, significantes siempre, había todo un acto de sinceridad, sencillamente eso. Y para ti ser sincero quería decir ser libre. Por eso quisiste ser un hombre libre. Y sabes lo difícil que es llegar a serlo, lo duro del camino y el todavía más arduo gobierno de la libertad. Y tú la defendías como fiera, contra lo que fuera o contra quien fuera: desde la fachada de la existencia, ésa que mostrabas para hacerte invulnerable, desde la prensa, desde la amistad, desde tu poesía. Luchabas por la libertad, y a través de la libertad por la verdad, y viceversa, porque una y otra están indisolublemente juntas. Sabías que para conquistarlas se necesita un pensamiento lúcido, un conocimiento claro de las cosas, una pasión sin límites. De ahí que comprendieras que ser racional no es una dádiva gratuita sino un deber, una tarea moral para cumplir. Lo comprendiste como obligación y desde que caíste en cuenta le diste a tu obra ese fundamento ético que la caracteriza, porque ella, quitando bellezas, es una denuncia, y acaso por serlo sea tan hermosa.

Yo recuerdo aquellas conversaciones a través de las amplias avenidas de nuestras ciudades europeas que tanto amabas, o en los trenes de tercera o en los cafés o en las tabernas. Recuerdo que era otoño, verano o primavera; recuerdo que era invierno en Madrid, en París, en Segovia, en Barcelona. Yo recuerdo que llevabas metido muy adentro ese sentido del deber como necesidad intelectual hasta lugares a donde sólo una sensibilidad refinada y una inteligencia sutil pueden llegar. Para ti el escritor estaba comprometido; pero para ti, como poeta, tu compromiso no era sólo con relación al mundo sino a la sociedad y a todos los actos de cada uno de los hombres. Tú no andabas por las palabras como una selva virgen donde todo es nuevo, sino que precisamente ibas por ellas como por una calle transitada desde hace siglos en la que todo tiene su nombre, su rótulo, su número, su rostro, y las trabajabas sin tratar de cambiarlas; de ahí tu originalidad y la explicación de tu lenguaje. El lenguaje era tu compromiso, porque tu acción radicaba en encontrarlo en su verdadera justeza, es decir, en la realidad, pero tu lenguaje, Jorge, no era más que tu comunicación con el mundo; por eso lo sentías a veces tan escaso y pobre, y como todo estaba ahí, casi metido entre tus ojos, era difícil describirlo. Esa era tu deber y también tu derecho que con fiereza defendías.

Buscabas la realidad, la perseguías para sentir la tierra debajo de tus pies y llegabas al amor como a un puerto, como a un único puerto en medio de un mar absoluto adonde tenías que ir por obligación, itinerario forzoso de todas sus emociones y todos tus problemas. Para ti el amor era todo lo contrario de la fuga. No llegabas a él para sentirte lejos del mundo sino para ser un centro. Allí te encontrabas en toda tu miseria y toda tu grandeza: con la muerte y la vida, con el goce y la locura, con el asco y la belleza.

Por la forma de comprender el lenguaje, de sentirte solidario con las palabras tales como son, también eras solidario con lo mismo que criticabas. Denunciabas una sociedad de la que te sabías solidariamente responsable. Hablabas de violar el lenguaje y sabías a la poesía mortal o en estado de agonía y para salvarla se necesitaba utilizar la prosa, pero ésta, para ser válida y violenta, echaba mano de la poesía. Criticabas el estado de las cosas, pero lúdica y valerosamente te quedabas dentro de ellas. Muchos no comprendían tu actitud. Los unos y los otros. Alguien recordaba en estos días, hablando de tu muerte, que fuiste hasta el límite y allí te plantaste, como Sartre, como Camus. Porque el paso no diste, sino porque querías ser una situación de frontera donde el ser libre es peligroso, supiste la angustia del ser de nuestro mundo. Por eso hablabas de la complicidad, la forma como nosotros somos cómplices en medio de toda la injusticia: la de Hungría o la de Argelia. Y volvías siempre orgulloso afirmando tu libertad, tu libre albedrío, título de un poema que desechaste y como debe llamarse todo lo que hiciste.

Te nos has ido cuando apenas comenzabas a logarte, cuando las palabras ya no te esquivaban y después de pelear con ellas te daban lo que querías. Tu obra quedó trunca, sobre todo para nosotros, los que te conocíamos, como trunca quedó la de Marlowe, la de Garcilaso, la de Keats, la de Byron, la de Juan de Tasis Conde de Villamediana, la de Rimbaud tu gran maestro, la de Dylan Thomas. Pero más que tu obra frustrada, más que las palabras que no llegaste a pronunciar, más que la tragedia que para la literatura colombiana significa tu desaparición, más que los recuerdos que nunca terminaste, mayor que todo esto es la falta que nos haces. Si, aquí nos hace mucha falta, nos duele tu ausencia en lo más puro de nosotros mismos. De ahí, querido Jorge, que escribir sobre ti sea tan difícil; porque nos hemos muerto un poco con tu muerte y porque cargaremos tu muerte en el hondón del alma hasta que de nuevo nos veamos, me haces decirte otra vez la falta que nos haces.

Detrás de ti se cerraron ya definitivamente todas las puertas. Cruzaste la vida como el guijarro cruza el río con tres golpes de tambor. Ahora estás silencioso, porque en el fondo del río toda piedra es silenciosa. Eras amigo de verdad, es decir, ayudabas, consolabas. Cuántas veces fuiste -tú lleno de

vigor, de comprensión, de bondad, de inteligencia-, la solución para nuestros problemas. Y lo decías: decías que solucionabas los ajenos pero que no podías con los propios. Algunos de esos te los conocíamos, y eran muchos y más graves lo que no dejabas ver, por eso había necesidad de entreabrir tu corazón para ayudarte.

Ahora te encuentras indefenso: no te salvarán tu acción, tu inteligencia, tus contradicciones: de ti no queda para defenderte más que las palabras, las que con afán buscabas para violentarlas, aquellas que en la soledad de tu existencia hallaste casi metidas dentro de tus ojos de tan reales. Quién lo diría. Lo más sutil y diminuto viene en tu defensa. Cabe aquí el final de un soneto de Du Bellay traducido por tu maestro don Francisco de Quevedo:

***“huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece y dura”.***

Adiós, Jorge. Tus amigos a quienes quisiste, aquí, bajo este sol, te despedimos. Tú, el gran amigo, lleno de silencio como la piedra en el río, como el silencio que queda después de que guijarro de tres golpes para cruzar el río. Y al meter en tierra tus despojos escribo con esta doble cruz tu despedida: la que está sobre tu tumba y la que tenemos en la mano, para jurar aquí que no te olvidaremos”.

Del sufrimiento a la salvación a través de las manos

“Atenazar con las manos las angustias para decir “Yo siento”

“Serán las manos poseyendo mi presencia”.

“Muestra el sufrimiento y colócalo en mis manos”.

“Mis manos esperan la llegada de tu rostro:

quieren saber tu alma, tu cara luminosa”.

.....

“cuando llegues,

los cereales bendecirán el pan entre tus manos” (p. 98).

“A veces la sabia nace entre mis manos

que brotan de todas partes”.

“Arde, Arde, tiempo lento de tus manos.

Y mi cuerpo está aquí y mi alma está aquí”.

“Estoy muy solo, amada: ven, amada, rubia amada,

porque sé que tus ojos, que tus manos, no son mis enemigos” (p. 140).

“Amor, dame la mano, ven, me siento
tan solo, detenido entre mi cuerpo
y no puedo salir” (p. 192).

“Déjame buscar tu nombre en el olvido
y hallar el camino que cruzaron mis manos” (p. 115).

“Tengo las manos abundantes de deseo
volquemos sangre para llenar las manos,
atémonos las venas hundiendo nuestros cuerpos” (p. 109).

“Ven para que junte las manos como un salmo,
pero, Señor, devuélveme las manos”.

ES LA EPIFANÍA

“NOS TOCARA LA FRENTE LA MANO DE DIOS”

Soneto que el poeta Eduardo Cote Lamus, dedicó a doña Lola Villamizar Lamus (Q. E. P. D.), madre de la periodista y docente en la Universidad de Pamplona, Lola Viviana Esguerra Villamizar, quien me lo donó el 10 de junio del 2021, después de encontrarlo en un libro de su señora madre fechado en 1945.

“Estimada parienta: Dedico este soneto que no está en el libro, pero que te lo dedico:

Una noche miré yo el firmamento
y coger quise una estrella con la mano,
pero todos mis esfuerzos fueron vanos
y se perdió como la arena al viento...

Yo no desmayé y reanudé mi intento
la mente despejada el brazo cano
y con aguerrido ademán que amo
volví a la liza en sin igual aliento.

Pero cada vez que a ello me acercaba
esta muy parpadeante se alejaba
dejando sus buenísimos reflejos.

Con la fuerza que en mi alma se encontraba

cogí la estrella con rota aldaba
y al volver a mirarla... estaba lejos”.

Eduardo Cote Lamus

Cuento

El matacho

El pueblo era tan chico que no daba para un tonto, para ningún bobo de verdad. Además, no era del lugar; había llegado, junto con sus padres, muy niñín y en la época en que se recolectaba la cosecha. Como era niño, todos esperaban que con el tiempo despertase. Alguien decía que, por el cambio de clima, pero la tesis más aceptada era la del mal de ojo. Vinieron luego los días malos: el padre fue cosido a puñaladas en una reyerta, borracho, y sin saber la causa de la pelea ni conocer al adversario. Lo que ocurrió a la madre también fue muy sencillo: entró una vez en casa de Doña Juana y se lo dejó allí de por vida, para que cuando creciera le hiciese los mandados. Después se fugó con el hijo del sacristán, el que le vendió a un campesino las torres de la iglesia con campanas y campanario.

A la escuela no se le mandó porque casi ni hablaba. ¡Para qué! Como no era posible que se aseara, no se le insistió. Nunca se le compró ropa nueva. Doña Juana quiso que fuese monaguillo, pero al pobre no le respondía la memoria y no lo logró retener un solo latinajo; además, cuando supo el sacristán de quién se trataba, no quiso oír más del asunto.

Para nada servía. Se pasaba horas, días enteros, sentado en la vara del gallinero hasta que se descubrió que las gallinas ponían menos, y no porque Matacho se robara los huevos, sino porque sencillamente ponían menos las gallinas. Después de una larga conversación con el señor cura, llegó Doña Juana -la interpretación fue suya- a la conclusión de que era un castigo de Dios por las borracheras del padre y por la mala conducta de la madre.

El destino de Matacho era ese: ser el bobo del pueblo, el que recogiera toda una serie de cosas inservibles para enterrarlas en el solar como un tesoro; el que pasara por la vida como por una calle, sonámbulo, apabullado por la gente, apaleado por todos, siempre con una herida en su cabeza pelada y con la cara deforme por los golpes; el que desesperado corría detrás de quienes le gritaban: ¡Matacho! ¡Cabeza de papacho!, y que seguía corriendo, camino arriba, loco, porque pensaba que los árboles lo insultaban, y en esa carrera desbocada llegaría un día a tropezar violentamente, y en esa carrera desbocada llegaría un día a tropezar violentamente con la muerte. A veces,

cuando se sentaba en algún escaño de la plaza a ver pasar las horas, se comprendía que su destino era ese, el que él había aceptado: ser el bobo del pueblo. Nada más.

Doña Juana tenía un trigal, pero las aves estaban hambrientas aquel año y el espantapájaros ya no las asustaba. Por el contrario, había formado nidos en el viejo sombrero del hombrecito de paja. Si no se remediaba aquello, ni una sola espiga quedaría con grano. Fue entonces cuando Doña Juana tuvo una idea luminosa que puso en práctica en el acto. Ahí estaba Matacho, para eso serviría.

A la mañana siguiente Matacho prestaba guardia, alerta contra los pajarillos, en el sitio más prominente del trigal. Se le vistió con los miserables ropajes del espantapájaros depuesto. Una escoba vieja le atravesaba las hombreras rotas de la chaqueta. El sombrero, que aún tenía un nido, le quedaba pequeño a su gran cabezota. Los pantalones azules de dril, decolorados por el tiempo, iban de remiendo en remiendo hasta caer al suelo. A guisa de estaca una piedra donde apoyarse. Y su cara, su larga cara de tonto, con los ojos saltones, inexpresivos, perdidos en quién sabe qué mundos.

El papel de espantapájaros lo aceptó con devoción, casi con alegría. Con seguridad no pensó que abandonaría las callejas del pueblo, algunas a medio empedrar y las demás convertidas en barriales en invierno. Lo único que expresaban los ojos de Matacho era asombro, un asombro que le dio a su mirada visos extraños y que con el pasar de los días se le fue volviendo como vegetal, se le fue haciendo tierra, de tierra tonta y buena. De ahí que ya no fuese a pernoctar a la casa de Doña Juana, sino que durmiera al pie de su gran piedra, vuelto un ovillo.

Cuando llegaron las aves una mañana, encontraron un espantapájaros de verdad, serio, que se movía. Y se fueron. Pero volvieron algunas, las más audaces, a llevarse un grano de trigo. El Matacho las persiguió, lanzóles piedras y su actuación, día tras día, se convirtió en un éxito. Semanas después, Doña Juana se sintió agradecida y una vez fue personalmente a llevarle al bobo las sobras de la comida, llena de piedad. Más los pajarillos siempre regresaban, hambrientos, con sus gorjeos desesperados. Algunos, desafiando el miedo, la ira y las piedras se acercaron, pero como si lo supieran, fueron primero donde Matacho como para pedirle permiso, le rondaron durante unos instantes, le contaron los trinos más hambrientos.

Y él sintió que también tenía hambre, que a él lo habían desposeído de todo, que no era más que un extranjero en el mundo, y que ellos -los pajarillos- como él, tenían derecho de comer algo. Y volvió la cabeza en dirección contraria de los pájaros y ningún grito ni pedrusco cayó sobre ellos.

Los dejaba comer unos minutos. Después los espantaba. Llegó a conocer en poco tiempo el canto de hambre, el de celo, el de juego y el gorjeo satisfecho. El día que descubrió esto sonrió por primera vez en su vida.

El policía venía a través de los campos en busca de un fugitivo. Era casi el crepúsculo y llevaba caminando todo el día. Vio de pronto al espantapájaros y pensó probar su puntería, asegurar su tino. Al hacerlo observó que el muñeco se caía y acercándose encontró al Matacho con un tiro en la frente, desangrándose. Pero le impresionó su sonrisa, una sonrisa de hombre bueno.

Estoraques



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).

El viento que viene y el viento que va
no son nada, en realidad, del tiempo.
El tiempo en otro sitio donde el hombre,
capaz de su destino, trazó el aire,
el arma de sus sueños, y la tierra
labró para guardarse en ella.

Esto fue en el terreno de los hombres.
Una ciudad allí cumplió la vida
sí en grandeza se quiere más arriba
de los propicios cielos fulgurantes
donde el dominio de los dioses todos
hizo imperios, circunvaló las sienes
de las colinas, encontró las leyes,
convivió con lo humano dando aliento
sin para a la victoria.

Esa colina es hija de los nobles
pensamientos del dios. Y si miramos

desde la cumbre del año más alto
vemos la loba alimentando a Rómulo
y la ciudad que fue surgiendo al mundo
coronada de hazañas y de templos.

El Palatino, cierto, es diferente.
Toda la historia cabe en la mirada
y las ruinas así nos lo demuestran.
De modo que podemos ver las piedras
puntualmente ordenadas por Augusto
quien también entendió que los poetas
eran la gloria y prez de su gobierno,
fue amigo de Virgilio, el que hizo cantos
a la reforma agraria:
otra no es la intención de la Geórgicas
en donde están aún los surcos frescos
y los trigos germinan todavía,
y en donde están medidas las cosechas,
la necesaria fuerza para el brazo
que lanza la semilla,
la propiedad, la ley de los viñedos
para que el vino estalle como luz,
embriague como luz, aunque su llama
sea roja.

Y por ahí también anduvo Horacio,
dominador de numeroso metro,
que afiló como a un hacha el epigrama
y cultivó palabras como nadie.

El Palatino está dentro del tiempo.
Su mole es como un puño alzado al cielo
en su ruina imprecando por los días
antiguos. El tramonto le golpea
su soberbia, y su piel, presa de luz
se incendia cada tarde en el crepúsculo.

Aquí el asunto es muy distinto.
Una que otra columna, cauces solos,
tierra como de sol sin sombra, sombras
como ascuas: los árboles no existen. Sólo sed

y un pueblo que da vueltas a la plaza
para ir hasta el cementerio o hasta río
sin agua. Del otro lado una muralla
con cruz, y del otro también, con cruces
donde la muerte sueña con los muertos.

El viento que viene y el que va
saben algo de todo esto: el tiempo, nó.
El tiempo está en Sumeria, en Babilonia,
en Tebas, en Nínive, en Egipto, en Creta,
en el Partenón, en los museos, en Jenofonte,
en los muros, en las ideas, en la política:
huesos de la civilización.

Aquí hay un reino de tierra y arenisca
maravillosamente sediento.



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).

II

Tampoco es esto Xochimilco, Chichen-Izá o Machu-Pichu, ni la obra de los antiguos nativos de nuestro continente porque una piedra bajo el sol es como un cuervo en llamas.

Su piel contiene apenas
la soledad necesaria para el odio.

En su ley nada la conmueve:
ni el dominio igual que su baldón
de impotencia, ni la ignominia de saberse
sin rostro, resuelta en el orgullo.

Pero no es la derrota.

Todo lo contrario, es el viento:
lo mezquino es el cuervo, porque
el cuervo es una hoguera negra.

Una piedra es ascuas bajo el sol:
el fuego en su piel es el castigo.
Acaso la sombra transitoria del cuervo
pueda hacerse solaz o carne de los dioses.

Pero, adentro, reside la batalla.
¿Quién puede pensar que en su interior
algún animal petrificado
hunda sus pezuñas atravesando la tierra?

Encallada, muchas veces en la cima de un monte,
aparece grandiosa en su caudal de templo:
el músculo amputado al dios,
el gesto de un rostro desaparecido,
la huella de un pie gigantesco,
el pensamiento redondo,
el labio que exige sacrificios,
el falo soberbio de las vírgenes
que bajan de una lúbrica estrella,
el cuenco de la mano, la macana, la mueca,
el pánico, el odio...

¡Ahora viene el hombre caminando!
El hombre sellado como una piedra.
La inscripción a cincel fue deslabrada
y un borrón por nombre conmemora
su libertad.
Si su silencio se midiera en islas
habría mar. Por eso la ceniza
en la frente es camino para continuar.



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).

III

El tiempo nada más en la piel del estoraque,
el tiempo como un perro que nunca llega al hueso,
el tiempo ladrando como perro, como un perro
derrotado por los sueños.

En la superficie el tiempo: Heráclito el Oscuro
hubiera aquí encontrado que su río es la sed,
hubiese aquí encontrado que es mejor
el limo que los días, el cristal que las imágenes,
la rueda del molino igual agua.

Aquí las ruinas no están quietas:
el viento las modela. Por ejemplo
lo que antes era escombros de palacio
lo convirtió en estatua la erosión
y lo que fue la sombra de la torre
es ahora la sombra del chalán.

Ese bote de lanza del jinete
contra algo inexistente, ese ademán
de contienda en esos ojos sin sueño,
ese violento paso del caballo
detenido por siempre, ese color,
fueron antes las bases de algún templo,
el comienzo de algún arco, el fin
de tanta fe entregada a un dios terrible.

Hoy es un rostro, máscara mañana,
sueño primero, luego ni recuerdo,
columna ardiendo en el viento en llamas,
tórridas manos sobre la garganta
del caballero ecuestre, río, ríos
de sombra al rojo blanco dominando
aquello que existencia fue sin duda.

En esta sucesión que nadie nota
algo que no se mueve ni transforma,
algo quieto a pesar de tanto caos,
algo que permanece, sin embargo
aunque desaparezcan estoraques
y nazcan otros, aunque aquellos bosques
de serpientes de pie como escuchando
la flauta del encanto comprendiera
que nunca han existido.

Pero es que aquí, también, todo se queda.
Es que acaso ¿razón tenía Parménides?
En fundamento todo permanece,
los elementos son iguales siempre
y la materia siempre es inmutable,
inmóvil es el ser no se mueve
(ser y pensar son una cosa misma)
y todo esto que vemos y sentimos
es no más que un asunto incomprensible.

No más que la alta hoguera de la estrella
sobre este mundo. Nada más que el sueño
de pronto convertido en nada. Nada

distinto al propio fuego en que se incendia
ebria, la luz, muy dentro de la tierra
o encima de la lámpara que lleva
todo nombre encendido. El estoraje
siempre tiene las luces apagadas.

Al polvo nada vuelve, todo queda
delante de los ojos y las manos
sin poder escoger huellas de arena,
sin poder encontrar en tanta forma
cosa distinta de nuestro fracaso.
Por esto Gorgias, Gorgias, yo te veo.
En la verdad te vi, en lo incomprensible
después de preguntar qué significan
esta vida, estos monstruos, estos sueños.



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).

IV

En llamas la ciudad y ardiente el viento
recorre enloquecido los recintos,
casas de citas, antiguos almacenes
de amor, fuego encendido, turbio fuego
que a los seres abrasa frente a frente
a la muerte. ¡Si fuese por lo menos
el fin, si por lo menos el comienzo!
Quiere quitarse llamas de la espalda
el viento. En la ciudad deshabitada
devastador ejército entra a saco:
aquí viola un recuerdo, allí un sueño
y más allá el estupro se convierte
en amo; dardos rompen el silencio
y cada sombra herida se hace grito
porque no hay sino sombras poseídas
por el viento, el que viene y el que va,
que nunca tiene paz, nunca sosiego.

La luz hierra los ojos como a un toro,
mueve entre brasas el herrete y marca
sin piedad en el monte un estoraje:
su cuño al rojo blanco cumple un fuego
lo que el destino castigó sin nombre,
sin consideración con esta tierra
para humillar al hombre que trabaja
el suelo y su existencia como nadie.
No hay mineral oculto en sus raíces
ni la vegetación sobre su lomo,
no hay árbol ni camino ni labranzas
y ni siquiera estrellas en lo alto:
huyó hasta el trueno, el rayo y el relámpago.
Nada queda de todo, todo es nada.
No se puede sentir la realidad
sino en los sueños. Tanto viaje humano
hasta el fondo del alma para verse
después de tanta huella igual que antes.

Sopla el viento la vida, la dirige
hasta la tierra, si, hasta la honda tierra

donde los muertos tienen la mirada
exactamente igual a la de muertos.
Hay que empezar a interpretar los actos
que nunca realizaron cuando vivos
y sus pasiones hoy desmoronadas
igual que los amores repartidos
en tanto lecho muerto, en tanto vientre
hueco, en tanto vacío, en tanta nada.

Aquí los muertos que sembraron sólo
para dejarlos solos con sus muertos
se cansaron de estar muriendo muertos
y empezaron sus uñas a arañar
la dura tierra que se les vino encima.
El trabajo empezó cuando su reino
prolongase debajo de los montes
luchando por el agua que bebieron
hasta impedir que la humedad se fuera
por las hondas raíces de las hojas
a conocer los aires y los cielos.

Después se dieron cuenta de que el agua
no existe: una mentira del tamaño
de un río es comparable con la vida,
que tampoco existió. No hay sino sed.
Lo que existe es la sed y el resto es nada.



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).

V

Hicieron los hombres el tiempo
para darle nombre a cosas
de las que poco sabían:
la vida, el amor y la muerte
y el destino de conocer
que los actos son las huellas,
los huesos, la piel, la conciencia.

Fue antes la montaña orgullo de la cordillera;
en su lomo retumbaban los relámpagos
como una crin de bronce en la nuca de un caballo.
El llano bebió el agua en la montaña
y entonces, de un tajo, le cayó la sed:
fue un látigo con sevicia concebido:
las raíces se pudrieron y una lepra
roedora de piedras, amedrentó los fósiles
que dormían: a ellos también, a latigazos,
se le volvió al polvo y solamente
algo del olvido se escucha entre su sombra.

Antes la montaña invocaba la lluvia
pidiendo pan para su cuerpo estéril,
semen para su vientre,
pero implacable el cielo la condenó a su suerte:
hasta el propio cauce se bebió su río.

Primero fueron grietas, luego cayeron corredores, pasillos,
túneles se abrieron y un arado feroz
tirado por dos bueyes vengativos
la tierra roturó en laberintos.

Luego comenzó la guerra de las cosas:
chispas no sacaban las armas sino tierra;
las espadas, como labios, se rajaron de sed
contra relámpagos de sequía, contra la bota implacable
que caía, pero nunca la tregua. Fue la cal
contra el aire, el barío contra el infinito,
galope de tierra contra muros invisibles,
la desesperación contra las estrellas;

pájaros que hacían las veces de flechas
y los árboles de arcos;
plumas semejantes a las sombras, antorchas, danzas
luchando con innumerables pies; hormigas, larvas,
átomos contra energía y la gran diversidad de las especies
esperando respirar aire de llamas.

La montaña en pedazos, cayó por fin vencida.
Una ciudad creció en testimonio
de batalla. El viento se encargó de fabricar
el orgullo de la derrota.

Rotos por el destino, los castillos
están despedazados: de las torres solamente
el fundamento y las columnas despavoridas
tiemblan en la noche. Tienen el eco muerto
los grandes aldabones y las calles sin nombre
caminan torpemente. Altas eran las flechas
que culminaban la ojiva y más altas
las frentes de sus habitantes. Las fuentes y los jardines,
las alcobas por el amor cohabitadas, los vientres sembrados
clandestinamente y las generaciones que apretaron
su sed bajo tierra para seguir muriendo a gritos
¿dónde se encuentran?
¿dónde esta civilización inexistente?



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).



VI

El viento que viene y va sopla en la tarde
atravesado por la luz de Mayo;
viene cantando de otras partes, canta
como si no volase por el mundo.
El viento suena, suena el viento.
El viento suena y en su frente
el tiempo, el tiempo de mañana,
el de hoy que es el de ayer: de siempre.
El viento en la ciudad, campana
de tiempo en el pasado, a fuego
lento el badajo, a pleno sol
el son por calles en derrota.

Se oye el rumor de muchos mundos,
de hombres que mueven sin sentido
los pasos, de huellas que cargan
peso de cuerpos sin destino;
se puede ver cómo ellos viven,
cómo pasan bajo las luces
de neón, cómo se transforman
de sombras iguales a sombras
iguales y a sombras de sombra.

Ahora un grito en la noche:
lamento mecánico sube
miedo, edificios arriba hasta
el alma, hasta el último piso
donde el viento y pavor lo arrastran
por ventanas, tejados, patios,
cortinas, muebles, huesos, nervios;
la sirena se mete dentro,
pasa veloz como sospecha
inquietando, metiendo el dedo
en la conciencia y cada vez
que suena llega hasta la boca
sabor de culpa porque todos
en la ciudad son los culpables:
por quien inquiere la sirena

con ojos de luz intermitente
y los demás, los que la escuchan.

La sirena persigue, clama,
es el anuncio de peligro,
es la voz de la soledad,
la flor de la angustia, palabra
igual en todos los idiomas
de la miseria, enfermedad,
del crimen.
Sobre un puente del río Main
está pasando una gaviota,
negra es el agua y blanco el barco
también de nombre *La Gaviota*.

Seguramente por allí
debió pasar cantando el río.
Y eso, que parece un castillo
sobre el muñón de los peñascos
¿no es el de Heidelberg? Detrás
¿no estarán los muros de Córdoba?
y ¿no será una de aquellas
la Torre de San Juan Abad?

Una campana entre ruinas
se revuelve en los campanarios,
como un caballo entre las llamas,
anunciando, sí, delirando
en pánico de bombardeo,
al borde de la misma muerte
tal relincho de fuego, como
feroz algara destruyendo.
Allí está la Gedächtniskirche,
que todavía es una llaga
de aquel Berlín bajo las bombas.

Eso que parece una calle
es el antiguo cauce del Támesis,
modesto río que cruzó
una ciudad de nombre Londres.
Nada en las ruinas tiene nombre.

Un árbol hubo aquí, ¿fue acaso
aquel maldito de Hiroshima,
monstruoso hijo del de la horca?
Será que aquí, en los Estoraques,
¿queda el lugar de punición
de las ciudades desaparecidas?

Ese mundo que se extinguió
tenía así que consumirse
porque al hombre le destruyeron
todo aquello que poseía:
la voluntad, la fe, el esfuerzo
de ser como su fantasía
y solamente le dejaron
la razón sobre su cabeza.
El viento suena, suena el viento.
El viento suena y la erosión
golpea en los ojos del tiempo
que aquí nunca vieron ciudades
sino a los árboles de arena.

Lejano todo, los países
extinguidos, el mismo tiempo;
lejano el día del exilio
como los pies sobre las uvas
cuando se bebe el vino. Lejos
del porqué que nunca se supo,
del cuándo, del ayer, del viento.

Si la peligrosa costumbre
de vivir sin destino, si
el descargar las propias culpas
nada más que sobre los actos,
sí tanta nada descubrimos
y en tanta nada nos hallamos
¿en dónde poder encontrar
lo verdadero?

Aquí ya sucedió el juicio final.
Lo demás son huellas, son restos,
testigos de lenguas cortadas
por las espadas de los ángeles.



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).

VII

Más aquello es otra cosa:
para nada cuenta el tiempo.

El hombre nunca estuvo, pero están sus sueños.
¿A dónde va la luz? ¿A dónde el viento?
La ciudad seguramente estaba amurallada.
Pero ¿quién hizo sus murallas?
Aquí el muñón de los castillos.
Mas la torre ¿de qué se defendía?
¿Qué fue lo que pasó?
¿Por qué esta ciudad es una tumba?

Dos columnas anuncian su reino.
Por la izquierda va subiendo el bosque
de ruinas. Al otro lado el vuelo de los pájaros
y por encima el sol casi crepúsculo.
¿Hubo aquí alguien?
Toda la montaña es estoraques:
los templos pretéritos -acaso sin dios- donde la vida

no existió, las grandes pagodas, la rutilante cúpula,
el vuelo audaz del arquitrabe,
la complicada seriedad de la archivolta
y nada menos que el sueño, es decir, lo único
que de los hombres existe. Arriba el látigo
de los arcos cruzados, el surtido de piedra, el arte
que innominado artesano cumplió, y abajo
el apoyo eficaz del arbotante, los muros con largos ventanales
y el pie de la columna resistiendo
el peso de siglos.

Aquí las columnas hacinadas
recuerdan no se sabe si los bosques de olivos
que uncidos a nudos arden como lámparas
o los dedos de innumerables manos enterradas
cuyas palmas el destino no escribió;
se puede pensar que son raíces
por entre las que pasa un dios
o sus bases las copas que se hunden
por respirar en tierra un cielo
de constelaciones de polvo.

En la hora del crepúsculo, en la cumbre,
se abren estoraques aún no concluidos.
La mano ágil del viento los modela todavía.
Pero nada de amor. La sed no existe.
Nada de vivir, la vida
no existe. ¿Y qué?
En este mundo los actos son columnas,
testimonios, materia de verdad.
El resto, es nulo.
Por si estuviera el dolo
¿quién lo permite?
Si el dolor o la razón o el sueño
¿se les ordenara?
Y los que piedra a piedra, brazo a brazo,
movidos por el látigo o el hambre
hicieron la muralla, ¿dónde se encuentran?
¿Ah de la ciudad! Y ¿quién lo dijo?

Entre el mañana y el ayer no más
que el rudo corazón dando la hora

y el paso de las nubes y los días
y el subfondo de actos enterrados.
Entre hierbas y templos y columnas
se recuerda: ¿quién no tuvo el sueño para huirse?
Y ¿quién no deseó en un instante
hacer con el olvido un arco
para matar lo sido?

Atrás, lo que de todo depende: un alma abierta
es decir, el otro cuerpo. El alma cae,
se abre, ilumina y cae.
¿Dónde el agua?
¿En qué civilización se encuentra el agua?

Por fuera, semejante al maíz es una llama
y por dentro el destino. Por fuera el hueso
y por dentro el castigo. ¿Qué vientre
los parió? y ¿cuál fue el semen?

Se desprende del sueño algo así como ventana:
fuego en las sienes, divinidad, silencio,
luz. Detrás comienza lo que somos
en el otro mundo.

Ese hueco, en verdad, por el que pasa
el tiempo no logra nunca espacio. Le pregunto
a lo que fue qué ha pasado,
a la piedra, al dolor, al propio nudo
del hombre.
Aquí no hay agua. Ni sed.
No hay nada. El tiempo se ha perdido:
el viento es aire de otro tiempo.



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).

VIII

Empecé por abrir la soledad
como quien destapa una botella
y no encontré ningún camino;
di pasos atrás para buscar palabras y cantar
y no vi nada;
volví por la ciudad y sólo el viento,
el que sube y el que va, como perdido,
como buscando a Dios, como arañando
los altos, los duros, los broncos estoraques.

(1961- 1963)
Cote Lamus, Eduardo, ESTORAQUES.
Bogotá, Ediciones del Ministerio de Educación.
Imprenta Nacional, 1963.
Fotos Estoraques: William Claro Delgado.
Foto pueblo: John León.
Publicación: Guido Pérez Arévalo



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).



Fuente: Pérez Arévalo (s. f.).

*Una pregunta, solo una pregunta:
¿Qué es la muerte?,
¿qué puede ser la vida?*

Eduardo Cote Lamus



ISBN (Digital): 978-628-7656-99-4